¿QUIÉN ES EL VERDADERO VILLANO? ¿EL MARIDO INFIEL?
¿O LA MUJER VENGATIVA?

LA PAREJA EN LA CABAÑA

ELLOS HARÁN LO QUE SEA **PARA SALIR.**

ELLA HARÁ LO IMPOSIBLE POR MANTENERLOS **DENTRO.**

DANIEL HURST

UN APASIONANTE THRILLER PSICOLÓGICO

JENTAS

Table of Contents

LA PAREJA EN LA CABAÑA

Daniel Hurst

La pareja en la cabaña

Título original: The Couple in the Cabin

Traducción: Carolina Ramos,

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1265-5

PRÓLOGO

Una robusta cabaña de madera situada al fondo de un jardín bien cuidado, en la parte trasera de una gran propiedad de la campiña inglesa. Suena bien, ¿verdad?

Pero ¿y si la cabaña fuera más de lo que parece a primera vista?

La cabaña en sí había costado bastante dinero, pero, como cualquier estructura hecha por el hombre, lo importante era la historia que había detrás de ella más que las tuercas y los tornillos que habían intervenido en su construcción.

La cabaña pertenecía a Dominic Brown. Había sido idea suya hacerla construir, dedicar su tiempo a hablar con los constructores y utilizar su dinero para financiar el proyecto. También sería utilizada sobre todo por él. Pero primero había necesitado permiso, y este había tenido que venir de su mujer, Grace.

Dominic había planteado la idea de construir una cabaña en el espacioso jardín trasero de la pareja, sugiriendo que sería el lugar perfecto para «trabajar desde casa», lejos del ruido y las distracciones del hogar, y un sitio donde podría dejar sus papeles sin frustrar a su pareja, que siempre le decía que intentara ser un poco más ordenado. Aunque Grace acogió la idea con cierto entusiasmo, no le convenció tanto cuando supo cuánto costaría todo aquello.

La cabaña no iba a ser una estructura de mala calidad ensamblada a bajo precio. No, Dominic quería que estuviera a la última. Necesitaba electricidad para poder conectarse a internet cuando estuviera dentro. Necesitaba un calefactor para poder calentarse en invierno mientras trabajaba allí. Y quería que fuera lo bastante grande para no sentirse incómodo. Suficiente espacio para un escritorio y una silla, pero también para que pudiera levantarse del todo, estirar las piernas de verdad, sentirse como en casa. Y quizá incluso espacio para un televisor y una diana para los momentos en los que necesitaba relajarse.

Grace tuvo que preguntarle si en realidad era un lugar para trabajar o para escaparse un rato «a solas», pero Dominic insistió en que todo lo que necesitaba era por motivos puramente profesionales. Y también insistió en tener todas las comodidades que describía. Aunque era consciente de que sería caro, tenía un buen trabajo y no gastaba mucho dinero en otras cosas, así que ¿por qué no podía permitirse ese lujo?

A Grace le pareció que podría tratarse de una crisis de los cuarenta que se manifestaba en su marido de una forma poco habitual. Algunos hombres que entraban en la cuarentena y se sentían invadidos por el temor a su mortalidad, de repente, se veían obligados a gastar mucho dinero en algo que les hiciera sentirse jóvenes de nuevo, si es que no lo parecían. Lo habitual era un coche deportivo, aunque en realidad podía ser cualquier cosa, desde ropa nueva y ostentosa hasta dientes nuevos y llamativos, de esos que podían verse desde bastante lejos en una noche oscura. Fuera lo que fuera, la cuestión era que debía hacer que la persona se sintiera mejor por el hecho de que ahora se encontraba potencialmente a mitad de camino de su existencia en este planeta y los últimos restos de su juventud no eran más que un sueño lejano.

¿Era la cabaña la forma que tenía Dominic de expresar su miedo a la muerte? ¿Era su única oportunidad de animarse y distraerse de lo que le esperaba? ¿O, como los coches deportivos, los trajes y los dientes que tantos hombres tenían antes que él, iba a resultar ser otro costoso despilfarro de dinero?

Grace tenía sus dudas, económicas y filosóficas, pero al final aceptó la idea de su marido de construir una cabaña en el jardín trasero.

Una vez le dio su aprobación, dejó que se ocupara de todos los asuntos relacionados con el permiso de obras, que era un requisito legal. También dejó que se encargara de avisar a los vecinos de al lado de que habría algunas molestias durante un breve periodo de tiempo cuando empezaran las obras, lo cual no era obligatorio por ley, sino más bien un gesto de buena voluntad. Por suerte para Dominic, y quizá por desgracia para Grace, los vecinos no pusieron objeciones, y Frank y Maggie, la pareja de al lado, incluso pensaron que era una buena idea y se preguntaron si no deberían hacer lo mismo en su propio jardín. Así era esa zona. Las casas eran grandes, la tierra

abundante y los residentes solían tener más dinero que sentido común.

Dominic se sintió como un niño la mañana de Navidad cuando por fin terminaron su cabaña, y se puso a trabajar enseguida para llenarla de todas las cosas con las que había soñado. Lo único que lamentó fue no tener espacio para una pequeña nevera en la que podría haber guardado unas cervezas, pero eso no era el fin del mundo. Cuando tenía sed, solo había que dar un corto paseo por el jardín para volver a la casa principal.

Una vez establecida su nueva «oficina», Dominic trabajaba en ella cuatro días a la semana, y solo tenía que abandonarla en las ocasiones en las que tenía que ir a su oficina real en la ciudad y relacionarse con sus colegas cara a cara en lugar de a través de la pantalla del portátil. También encontraba tiempo para ir a la cabaña los fines de semana, poniendo alguna excusa sobre «algún papeleo que había que terminar», pero en realidad solo le gustaba entrar, cerrar la puerta, encender la televisión y tener un poco de paz.

Aún le faltaban un par de décadas para jubilarse, igual que a su mujer, pero aquella cabaña era sin duda un lugar donde sentía que pasaría aún más tiempo cuando dejara atrás el mundo laboral. Lo que no sabía era cuánto tiempo pasaría en la cabaña cuando las cosas empeorasen en un futuro próximo.

Y así fue.

La cabaña que una vez fue tan prístina y perfecta y el orgullo y la alegría de su propietario acabó convirtiéndose en el símbolo de todo lo que iba mal entre Grace y Dominic.

El día que llegó la policía, todo el papeleo importante que Dominic solía guardar ordenado en bandejas y carpetas estaba esparcido por la cabaña, desechado y, en algunos casos, destruido. Una botella de vino rota yacía sobre el escritorio; sus bordes afilados eran peligrosos para cualquiera que se acercara a ellos, por no hablar de los fragmentos de cristal que había en el suelo de madera y que era un peligro pisar. Incluso había sangre, puntos rojos esparcidos por los papeles blancos que había en el suelo, tal vez de un corte causado por el cristal, pero que podían deberse a algo más.

Algo peor.

La cabaña parecía una zona de guerra. Algo terrible había ocurrido allí dentro. Y le correspondía a la policía averiguarlo.

Tal vez la cabaña del fondo del jardín pudo haber sido una buena idea en algún momento.

Pero, al final, se convirtió en nada más que la escena de un crimen.

Y lo que es peor: se convirtió en el lugar donde Grace y Dominic descubrieron la verdad el uno sobre el otro.

1

GRACE

ANTES DE QUE LLEGARA LA POLICÍA

Estoy en el coche de un desconocido. Un hombre que he conocido hace solo tres horas me lleva a casa. Para mí, esto es muy espontáneo. Pero no es lo que piensas. No me he buscado un amante y no me precipito a una aventura de una noche. Lo que existe entre el hombre del volante y yo no es más que una cortés amistad, y es una amistad que empezó en el bar del que acabamos de salir.

Allí estaba yo, de pie con varios de mis colegas, charlando en el último y más bien aburrido acto de networking de nuestra empresa, cuando empecé a preguntarme si había cometido un error al aceptar que me reservasen una habitación de hotel para pasar la noche en lugar de irme a casa una vez terminadas mis obligaciones profesionales.

Mi jefe nos había dado a todos la opción de alojarnos en el hotel contiguo al bar por cuenta de la empresa, y yo, que no era de las que rechazaban un regalo, había aceptado agradecida. Lo mismo habían hecho varios de mis colegas, y como todos planeábamos salir hasta tarde, parecía que nos esperaba una noche divertida. Pero enseguida me di cuenta de que ya no tenía veintiún años. Ni siquiera tenía treinta y uno. Tengo cuarenta y uno, así que una noche de juerga fuera de casa ya no era tan excitante como antes.

Temía haberme precipitado al aprovechar la oportunidad de una habitación de hotel gratis, y me había encontrado pensando en mi marido en casa y en cómo preferiría meterme en la cama con él esa noche en lugar de estar sola. Llevo once años casada con mi pareja,

Dominic, y en todo este tiempo diría que solo hemos pasado una docena de noches separados. La mayoría de ellas también han sido recientes, como resultado de que uno de los dos ha tenido que trabajar hasta tarde, principalmente él, o ha asistido a algún evento corporativo, como en el que yo estaba esta noche.

Los dos trabajamos de nueve a cinco en oficinas, o «moviendo papeles», como lo llamaba mi abuelo, pero él era obrero de la construcción, así que todo lo que no fuera llevar la ropa manchada de barro y las manos callosas no le parecía un trabajo. La única diferencia entre el trabajo de Dominic y el mío es que mis jefes siguen teniendo la norma bastante arcaica de que sus empleados estén en la oficina todos los días, mientras que los de Dominic se han adaptado más a los tiempos y le permiten realizar la mayoría de sus tareas profesionales desde la comodidad de su propia casa. No hay mucho que agradecer a la reciente pandemia, pero como dice mi marido: «Ha cambiado el mundo para siempre, y una de esas formas es que ahora la gente puede tener reuniones en pijama».

Ni Dominic ni yo ganamos mucho dinero por lo que hacemos, pero aun así nos considero bastante acomodados para nuestra edad, como resultado de que elegimos no tener hijos —que es, sin duda, la opción más barata— y de unas cuantas herencias generosas que nos han llegado después de que nos despidiéramos con tristeza de algunos apreciados familiares a lo largo de los años. Mi querido abuelo —que era el padre de mi madre y que trabajó mucho tiempo en la construcción— me dejó una suma considerable, demostrándome lo mucho que me quería, aunque nunca sentí que necesitara pruebas para saberlo. Y los abuelos de Dominic, muy amables, también le dejaron dinero, fondos que nunca podrán sustituir a las personas que los dieron, pero que nos ayudaron a comprar nuestra casa actual, un lugar que antes no nos habríamos podido permitir.

Somos propietarios de una hermosa vivienda que tiene todo lo que sospecho que la mayoría de la gente sueña en una casa, y eso es espacio. Dormitorios de sobra. Baños de sobra. Armarios de sobra en la cocina. Y mucho espacio en el jardín, aunque una gran parte de él se llenó con una cabaña de madera de la que aún no estoy convencida y dudo que alguna vez lo esté.

Pero la vida es algo más que casas y dinero. Sé que lo que hace que

merezca la pena vivir son las personas, y en Dominic he encontrado un buen hombre. Un compañero leal, cariñoso y divertido con el que estoy deseando envejecer. Pero era mi hombre el que había seguido dominando mis pensamientos en el evento de trabajo, y ni el champán gratis ni las charlas amistosas con la gente con la que estaba lograban que dejase de pensar en él.

Y entonces conocí a Clark.

Me lo presentó Kelly, mi colega, que siempre se toma en serio las oportunidades de establecer contactos y había estado deambulando por el bar charlando tanto con nuestros clientes actuales como con los clientes potenciales, con los que debería haber estado hablando yo.

—Es de tu zona de la ciudad —me dijo Kelly, entregándole su tarjeta de visita al hombre que acababa de presentarme antes de alejarse como si acabara de actuar como una especie de casamentera, aunque en este caso se tratara más de conseguir ventas que de tener relaciones físicas.

No quise ser descortés, así que entablé conversación, retomando el hilo con el que mi colega me había dejado colgada al preguntarle a Clark de qué parte de la ciudad era exactamente.

—Vivo en Fundation Street —me respondió—. En la parte bonita, no en la problemática, aunque los problemas parecen acercarse cada día más.

Yo sonreí y le dije que sabía a dónde se refería, aunque no le confesé que lo sabía porque había oído el nombre de la calle en las noticias un par de veces en relación con unos cuantos robos que habían tenido lugar. Luego me preguntó dónde vivía y me di cuenta de que tenía que restarle importancia.

—En Royal Lane. Pero también tenemos algunos problemas. Creo que ya no hay ningún lugar en esta ciudad que esté libre de delitos, ¿verdad?

Exageré, porque en realidad mi barrio estaba libre de delitos, más por pura suerte que por algún tipo de vigilancia vecinal. El hecho de que solo hubiera unas pocas casas en Royal Lane, y de que todas estuvieran en el campo, significaba que, presumiblemente, no era tan

fácil llegar a ellas para los posibles ladrones como a calles más residenciales como en la que vivía Clark. Pero se había dado cuenta de mi intento de ser educada con bastante facilidad.

—Siempre me he preguntado quién vivía en esas casas —reflexionó—. O, mejor dicho, siempre me he preguntado a quién debería envidiar.

Me reí entre dientes antes de cambiar de conversación, pues no quería que se sintiera más celoso de donde yo vivía de lo que ya estaba. Como se suponía que era un evento de trabajo, dirigí la charla hacia el tema de lo que hacíamos en nuestros respectivos puestos.

Resultó que él era vendedor, lo cual era útil porque yo era compradora, así que estuvimos hablando un rato sobre las posibles formas de colaboración entre nuestras respectivas empresas antes de que él dijera, con razón, que lo último que alguien quería hacer en un evento de ese tipo era hablar de trabajo.

Hablamos de temas más interesantes, desde dónde habíamos pasado nuestras últimas vacaciones hasta si el champán gratuito que todos bebíamos era barato o decente. Él me contó que acababa de volver de un viaje a Italia, mientras que yo mencioné que había estado en Grecia en verano. Y los dos estuvimos de acuerdo en que el champán no estaba tan mal, la verdad.

Estuve disfrutando de la compañía de Clark y también respeté el hecho de que no hubiera intentado coquetear conmigo, a pesar de que tenía una edad similar a la mía y de que no vi ningún anillo de casado en su mano izquierda. Por eso no me mostré reacia cuando se ofreció a llevarme a casa solo un momento después de que le dijera que me arrepentía de haber accedido a dormir fuera.

—No, no hace falta —le dije—. Puede que me quede en el hotel. Me parece una tontería desperdiciar la reserva.

—Seguro que a tu jefe no le importará. Nunca se enterarán si no utilizas la habitación.

—Cierto. Pero, si decido volver a casa, puedo coger un taxi.

—Perfecto. Aunque, como te digo, yo pasaré por allí de camino a casa, así que estaré encantado de dejarte. Solo tienes que decírmelo. Puede

que me vaya dentro de media hora o así.

Clark me sonrió antes de dirigirse a una mesa de bufé y servirse un par de los canapés que yo había estado evitando toda la noche por la cantidad de calorías que imaginaba que contenían. A partir de ahí, intenté olvidarme por completo de él y de la oferta que me había hecho mientras volvía a charlar con algunos de mis compañeros de trabajo, pero, a medida que pasaban los minutos, me encontré sin quitarle ojo de encima por miedo a perderlo de vista entre la multitud.

Al fin y al cabo, era mi billete de vuelta a casa.

Sabía que lo único que tenía que hacer era decirle que aceptaba la oferta y en poco tiempo podría estar de vuelta en mi casa, en mi cama. Era eso o quedarme fuera e intentar conseguir un taxi, algo que podía ser más fácil de decir que de hacer en esta ciudad que aún no ha aceptado Uber y que, en cambio, se ha aferrado obstinadamente a las empresas locales que parecen considerar a los pasajeros como inconvenientes más que como clientes. Si no, me quedaba la opción de la solitaria habitación de hotel. No eran grandes opciones, y por eso seguía pensando en Clark y en la oferta de un viaje gratis.

Tras considerarlo un poco más, pensé que era mejor para mí subirme a un coche con alguien con quien había estado hablando y con quien me llevaba bastante bien que con un taxista desconocido. Y mejor volver a casa que pasar toda la noche en una habitación de hotel que no me resultaba familiar. Así que me decidí.

Al final, me excusé con mis colegas por tener que irme pronto, me metí en la boca un par de los tentadores canapés —porque no había podido resistirme a ellos eternamente— y luego fui a ver a Clark y le dije que me encantaría aceptar su oferta si seguía en pie. Y, para justificar un poco más mi decisión y aliviar un poco mi sentimiento de culpa por haberme marchado antes de ese evento de trabajo, le dije que tenía que venir a mi despacho y presentarme lo que estaba vendiendo en breve, para que al menos mi jefe pensara que, después de todo, había hecho una valiosa red de contactos.

Sonrió y se terminó el agua mineral antes de que saliéramos del bar, y después de sentarme en el asiento del copiloto en un coche bastante bonito —que me hizo pensar que era mejor en su trabajo de lo que

parecía—, nos pusimos en camino. Ahora, tras muchos giros a izquierda y derecha por los caminos rurales cercanos a mi casa, estamos a unos cinco minutos de mi hogar, y el viaje ha sido agradable. La conversación ha sido tan natural y fluida entre nosotros como lo fue en el bar, y cuanto más nos alejamos de aquel local ajetreado y ruidoso, más me alegro de haberme arriesgado y haber aprovechado la oportunidad de volver a casa.

Sé que Dominic se sorprenderá al verme. Le dejé claro que estaría fuera toda la noche, y nunca he sido de las que cambian de planes en el último momento, así que no espera que sea tan imprevisible como para entrar por la puerta principal cuando no debo. Pero lo he sido, y aunque estoy tentada de enviarle un mensaje de texto y decirle que estoy a punto de llegar de improviso, decido no hacerlo porque siento una traviesa curiosidad por saber qué estará haciendo mientras cree que tiene la casa para él solo.

Por otra parte, mi marido tampoco ha sido nunca demasiado imprevisible.

Mientras que a algunas esposas les preocupa llegar sin avisar y encontrar a su pareja haciendo alguna travesura, a mí no me preocupa. Eso se debe a que sé exactamente lo que va a hacer mi marido. Estará en la cabaña de nuestro jardín trasero, la que tanto insistió en que necesitaba construir para tener un lugar tranquilo donde trabajar durante la semana. Ese montón de madera nos costó una pequeña fortuna, casi tanto como una ampliación de nuestra casa, pero para Dominic fue dinero bien gastado, porque apenas ha salido de allí desde que la construyeron. Apuesto a que está allí ahora mismo, sentado en su sillón frente al pequeño televisor que insistió en tener allí, con una cerveza fría en una mano y el mando a distancia en la otra. Para mí, eso no sería aprovechar al máximo el hecho de tener toda la casa para él solo, pero, por otra parte, Dominic tiene todo lo que necesita en su cabaña.

No puedo evitar sonreír al pensar que es un hombre muy sencillo. Supongo que debería alegrarme de que no esté siempre hablando de viajar a lugares exóticos o sintiendo el anhelo de desarraigar nuestras vidas con alguna tonta aventura diseñada para gente con la mitad de nuestra edad. Se conforma con sentarse al fondo del jardín y disfrutar de un poco de paz y tranquilidad, y por mucho que me burle de él por

ese hecho, también lo quiero por ello.

—¿Cuál es? —me pregunta Clark, mientras aminora la marcha y mira por el parabrisas la hilera de casas oscuras que tenemos delante.

Al escuchar su pregunta, me doy cuenta de que ya hemos llegado. Ha tardado mucho menos de lo que habría tardado un taxi y, además, sin los olores desagradables de siempre.

—La de la izquierda —le digo, señalándole el camino—. Pero puedes dejarme aquí. Muchas gracias.

Me quito el cinturón y cojo el bolso del suelo mientras él detiene el coche, y se asegura de darme su tarjeta de visita antes de desearme buenas noches. Cojo la tarjeta y vuelvo a darle las gracias antes de salir del vehículo, y de camino a la entrada, siento que todo va bien en el mundo.

Pero no es así.

Ni mucho menos.

Las cosas están a punto de desmadrarse muy deprisa.

2

DOMINIC

—¿Sabes?, he estado pensando. Estoy bastante segura de que hemos practicado sexo en todas las habitaciones de esta casa.

Sonrío ante las palabras que acaba de pronunciar la mujer que tengo entre mis brazos, antes de olerle el pelo y besarle la cabeza.

—Creo que podrías tener razón —respondo, intentando no parecer demasiado engreído, pero es imposible no sentirme al menos un poco satisfecho conmigo mismo.

Cualquier hombre que consiga intimar con una mujer como Kamilla, mi descarada amante, es afortunado, pero ¿un hombre que consigue intimar con ella en varios sitios? Eso es ser más que afortunado.

—Todos los dormitorios. Los cuartos de baño. La cocina. El comedor. Y ahora, el salón. Sí, creo que son todas —dice, asintiendo con la cabeza después de haberlas marcado todas en su mente.

—¿Cuál es tu favorita? —le pregunto con descarada curiosidad.

—La cocina. Las encimeras tienen la altura perfecta. ¿Y la tuya?

—Me gustó el baño. Ha sido la mejor ducha que me he dado nunca.

Kamilla se ríe de mi respuesta mientras yo me pierdo momentáneamente en una ensoñación sobre aquella ducha de vapor que ambos compartimos hace unas semanas otra noche en la que mi mujer no estaba en casa.

Mi mujer.

Grace. Mi otra mitad. La mujer a la que engaño.

Me siento mal por ello, claro que sí. Culpa. Remordimiento. Vergüenza. Sí, lo siento todo. Pero, incluso con todo eso, sigo sin poder detenerme. No puedo dejar de ver a Kamilla, y no he podido hacerlo desde que la conocí.

Mi trabajo —bastante aburrido— lo puedo hacer casi siempre desde casa, pero una de las raras veces que tengo que ir a la oficina cada semana acabó dando lugar a un encuentro fortuito con una mujer que cambiaría mi vida de forma bastante inesperada. Supongo que podría decirse que era un sonámbulo antes de conocer a Kamilla. Cumplía con mis obligaciones. Hacía lo que se esperaba de mí. Pero entonces la conocí y todo cambió. Fue como si me hubieran despertado y recordado que podía haber cosas más emocionantes en el mundo que ver un poco la televisión antes de dormir. Antes de ella, la construcción de mi cabaña en el jardín era lo más estimulante que me había ocurrido en mucho tiempo, y eso es mucho decir.

Nos conocimos al cruzarnos en la oficina una tranquila mañana de martes. Enseguida me fijé en la atractiva rubia que se dirigía hacia mí y supe que nunca antes la había visto allí, así que intenté mantener la calma antes de sonreír y preguntarle si era nueva. Me dijo que sí y me explicó que acababa de incorporarse a la empresa como «temporal». Eso significaba que su empleo no era permanente. Era eventual, flexible y abierto a todo tipo de posibilidades.

Todo lo que mi matrimonio de once años no era.

Charlamos un rato mientras yo daba la bienvenida a Kamilla a la empresa y le decía que no dudara en preguntarme si necesitaba ayuda con cualquier cosa. Ella me dio las gracias y me dijo que era muy amable antes de separarnos, y yo seguí con mi día sin pensar más en ello. Vale, eso es un poco mentira. Pensé mucho en Kamilla después de nuestro encuentro, aunque sobre todo en forma de ensoñaciones melancólicas que supuse que nunca llegarían a nada.

Eso fue hasta que empezó a enviarme correos electrónicos y a pedirme todo tipo de cosas.

Al principio, pensé que sentía verdadera curiosidad por la nueva empresa a la que se había incorporado y que aceptaba mi oferta de ayuda, pero, tras varios mensajes entre nosotros, quedó claro que solo

buscaba cualquier excusa para seguir en contacto conmigo. Sin embargo, no iba a quejarme por recibir la atención de una mujer guapa, así que me aseguré de seguir respondiendo y enseguida nuestra correspondencia se volvió menos formal y un poco más coqueta.

Además de ser inesperados, los correos electrónicos también me entretuvieron mientras permanecía sentado en mi cabaña la mayor parte de la semana, alejado del resto del mundo. Los mensajes también me hacían esperar con impaciencia el único día de la semana que podía ir a la oficina a verla, y una vez allí, Kamilla y yo no hacíamos más que estrechar lazos.

Fue en una de esas ocasiones cuando me ofreció invitarme a una copa para agradecerme toda la ayuda y los consejos que le había dado por correo electrónico, y yo aproveché la oportunidad. Seguía pensando que no pasaría nada porque aquello era la vida real, no una película, pero una copa se convirtió en varias y, antes de darme cuenta, estaba besando a una mujer que tenía la mitad de mi edad.

¿He mencionado que Kamilla solo tenía veinticuatro años?

No está mal para un hombre de cuarenta, ¿eh?

Claro que está mal. Claro que no debería haberme liado con una mujer que no era mi esposa. Pero ocurrió, y ha seguido ocurriendo, y no sé si voy a ser capaz de detener esto, sobre todo cuando ella sigue hablando de todas las habitaciones de la casa donde me dejó alucinado.

—¿Y si lo hacemos en el jardín trasero? —me pregunta, sorprendiéndome una vez más con su sentido de la aventura.

Grace apenas se atreve a intimar conmigo bajo el edredón de nuestra cama el día de mi cumpleaños, pero aquí está Kamilla, sugiriendo que lo hagamos en el césped, bajo nada más que las estrellas del cielo. Aunque está claro que soy una persona que se arriesga, teniendo en cuenta la aventura secreta en la que me he embarcado, el sexo al aire libre parece demasiado atrevido incluso para mí.

—No estoy seguro. Le apliqué un tratamiento al césped la semana pasada y podría irritarnos la piel —le digo a Kamilla, y ella se ríe antes de decir que es una respuesta muy «de viejo».

Finjo estar dolido, pero en realidad no lo estoy. Porque, aunque ella bromea sobre mi edad con bastante frecuencia, me he dado cuenta de que le gustan los hombres más mayores, así que el hecho de que yo sea casi dos décadas mayor que ella no es un problema a sus ojos. Y, desde luego, no lo es para mí.

—Estoy pensando en algún sitio nuevo donde podamos hacerlo —continúa, mientras me pasa las manos por el pecho desnudo—. No me gustaría que las cosas se volvieran rutinarias entre nosotros.

La sola mención de la palabra «rutina» me recuerda a cómo le he descrito mi matrimonio varias veces, pero también es una insinuación de mi amante de que le gusta que las cosas sean divertidas y aleatorias, así que optar por ir a lo seguro podría no ser la mejor forma de conservar su interés a largo plazo. Por eso me devano los sesos buscando otro lugar en el que no lo hayamos hecho antes.

Y se me ocurre.

—¿Sabes?, no lo hemos hecho en mi cabaña —le digo—. Eso técnicamente está en el jardín.

Kamilla levanta la cabeza y me mira, interesada en lo que acabo de decir.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Vamos, muchachote.

Me coge de la mano y me lleva a la puerta, y aunque le sugiero que vayamos un poco más despacio para que podamos ponernos algo de ropa antes de salir, no tiene ningún interés en taparse. Para ser justos, necesitamos estar desnudos para lo que pensamos hacer, así que supongo que no tiene sentido que nos vistamos, ya que solo perderíamos tiempo. También sé que mi jardín trasero no da a ninguna de las casas de mis vecinos, así que no tengo que preocuparme de que me vean correteando por el césped, desnudo como el día en que nací, con una mujer igual de desnuda que, sin duda, no es Grace. Los vecinos más cercanos son Frank y Maggie, pero ambos estarán dentro ahora, casi seguro que sentados frente al televisor porque, al igual que mi matrimonio, el suyo también es deprimentemente predecible.

Sintiéndome tan enérgico como un hombre de la mitad de mi edad,

abro la puerta trasera y siento al instante el aire frío sobre mi piel desnuda. Por instinto, pongo las manos sobre mi entrepierna para cubrir mi pudor, además de para mantenerme caliente, pero Kamilla no tiene ese problema para moverse con libertad y casi salta en mi jardín trasero mientras avanza en dirección a la cabaña.

Estoy a punto de cerrar la puerta trasera antes de seguirla, pero antes cojo la llave de la cabaña de su gancho, así como la botella de vino medio llena de la encimera de la cocina. También me aseguro de echar un vistazo al reloj de pared de la cocina y, al hacerlo, veo que marca las diez y media.

La noche aún es joven y Grace se aloja en un hotel, así que no volverá hasta mañana. Eso significa que aún me quedan varias agradables horas en compañía de Kamilla.

Y pienso aprovechar al máximo cada segundo.

Al cerrar la puerta tras de mí, veo que Kamilla ya está esperando junto a la cabaña, y me susurra que me dé prisa cuando empieza a temblar. Le agradezco que baje la voz porque, aunque Frank y Maggie no pueden vernos en mi jardín, podrían oírnos si tienen alguna ventana abierta.

Corro por el césped con la botella de vino en la mano. Mis pies descalzos se hunden con facilidad en la hierba a medida que avanzo antes de llegar a la cabaña y meter la llave en la cerradura. No había planeado volver a entrar hasta mañana por la mañana, cuando debía empezar otro día de trabajo, pero no puedo decir que me decepcione entrar ahora.

—Así que aquí es donde pasas la mayor parte del tiempo, ¿no? —dice Kamilla cuando entramos en mi cabaña, y siento el suelo de madera bajo mis pies—. Es bastante espaciosa, ¿verdad?

—Sí, es genial —le digo, sintiéndome orgulloso de mi creación.

Ojalá Grace estuviera tan entusiasmada con este lugar como parece estarlo Kamilla. Por otra parte, Grace solo ve esta cabaña como una especie de «santuario masculino». Mi amante, en cambio, ve este lugar como algo que tanto un hombre como una mujer pueden disfrutar mucho juntos, y lo demuestra agarrándome y atrayéndome más hacia

dentro.

La puerta de la cabaña sigue entreabierta mientras caemos sobre la alfombra, que ofrece un poco más de comodidad que las tablas de madera sobre las que se asienta, pero ninguno de los dos piensa en cerrar la puerta mientras lo retomamos por donde lo dejamos en la casa.

Ojalá lo hubiéramos hecho.

Ojalá nos hubiéramos parado a pensar un segundo.

De ser así, nos habríamos ahorrado los dos todo lo que iba a venir después.

3

GRACE

Abro la puerta principal de mi casa y entro intentando no hacer ruido por si Dominic ya está arriba durmiendo. Es lo bastante tarde como para que se haya ido a dormir, y no quiero despertarlo si está descansando. Pero todas las luces de la casa siguen encendidas, así que supongo que sigue despierto en algún sitio.

Espero por su bien que así sea, porque, si está en la cama, le echaré la bronca por malgastar electricidad.

Cierro la puerta en silencio mientras oigo el ruido sordo del motor del coche de Clark alejándose en la distancia, pensando en lo caballeroso que ha sido y en que el mundo no está tan lleno de hombres malos como algunas personas podrían hacerte creer. Luego cuelgo el abrigo en el gancho junto al de mi marido y me quito los tacones, sintiendo al instante el aire fresco en los tobillos doloridos tras varias horas dando tumbos con ese calzado tan ajustado.

Mi plan ahora es encontrar a Dominic y ponerle al día de cómo me ha ido la noche antes de coger un vaso de agua de la cocina y meterme en la cama, porque tengo obligaciones laborales a las que presentarme por la mañana y no quiero estar demasiado cansada. Pero, nada más empezar a moverme por mi casa, empiezo a detectar que las cosas pueden no ir bien por aquí.

Lo primero que me confunde es ver un sujetador tirado en el suelo del salón.

No lo reconozco, y tras cogerlo y comprobar el tejido, sé con certeza que no es mío.

Entonces, ¿de quién es?

El sujetador no es la única prenda que hay aquí. Veo también una camiseta, una que sé que pertenece a Dominic porque la he metido en la lavadora innumerables veces. Está sobre un brazo del sofá, no muy lejos de un calcetín negro y un cinturón que reconozco como uno que compré para mi marido las pasadas Navidades.

¿Qué está sucediendo? ¿Por qué parece que Dominic se ha desnudado a toda prisa?

¿Y a quién demonios pertenece este maldito sujetador?

Llamo a mi marido, ya sin preocuparme de si está dormido o no, pero no obtengo respuesta. Lo único que obtengo es más misterio mientras entro en otras habitaciones y encuentro más ropa.

Una blusa blanca que no es mía. Otro calcetín negro. Y entonces veo el par de zapatos que hay cerca de la puerta de la cocina, unos tacones que yo nunca me pondría, sobre todo porque no podría caminar con ellos. Pertenecen a otra mujer, igual que el sujetador y la blusa, y puede que también haya por aquí un par de bragas suyas si busco bien.

Cada vez me parece más evidente lo que está pasando aquí.

Dominic tiene a otra mujer en casa.

—No, esto no puede ser —susurro. Mi voz suena muy baja en medio del silencio, pero es todo el volumen que puedo reunir en este momento mientras proceso la conmoción de llegar a casa y hacer un descubrimiento como este.

Nunca, jamás, ni por un segundo en mi matrimonio, consideré que pudiera ocurrirme algo así. Dominic es un buen hombre. Un buen marido. O, al menos, yo creía que lo era hasta hace treinta segundos.

Necesito todas mis fuerzas para evitar que mi cuerpo tiemble mientras un horrible cóctel de miedo, pánico, angustia y náuseas se arremolina en mi interior.

—¡Dominic! ¿Dónde estás? —grito. Lloro sintiéndome herida, pero ahora hay rabia burbujeando en la superficie. Solo se está cociendo a fuego lento, pero, cuanto más tiempo pasa, más siento que va a

desbordarse.

Me dirijo a la escalera y subo los escalones de dos en dos sin soltar el misterioso sujetador, con esa tela de encaje aún entre los dedos y los tirantes colgando a mi lado, rozándome la piel, haciendo que se vuelva más fría a cada segundo.

Supongo que ambos están en el dormitorio. Dos amantes enredados entre las sábanas. Divirtiéndose. Riéndose a mi costa. Pero no se reirán cuando entre y los pille in fraganti.

¿Qué haré cuando llegue?

¿Gritar? ¿Insultar? ¿Atacar?

Supongo que haré lo que me parezca bien en ese momento y me ocuparé de las consecuencias después.

Pero para mi sorpresa, por no decir un poco de alivio, la cama está vacía. No hay ninguna señal de que el edredón haya sido revuelto. No están aquí. Tampoco están en el cuarto de baño ni en ninguna de las habitaciones de invitados.

Parece que toda la casa está despejada, y si no fuera por la ropa que hay por todas partes, no sabría que alguien ha estado aquí. Pero está claro que ha sido así. Dominic ha estado aquí, y tiene una invitada misteriosa a la que está claro que le gusta desprenderse de la ropa.

Entonces, ¿dónde están?

Me paseo por las distintas habitaciones volviendo sobre mis pasos, arrastrando los pies por la alfombra y con los puños apretados mientras busco a los amantes. Y, mientras lo hago, durante un breve momento tengo la idea —posiblemente ingenua— de que las cosas podrían no ser tan malas como parecen.

¿Y si esto tiene otra explicación? ¿Y si mi marido no está con otra mujer? ¿Y si las prendas femeninas que he encontrado son suyas?

¿Y si es uno de esos hombres a los que les gusta vestirse de mujer a escondidas?

Es una tontería, pero tengo la esperanza de que sea la explicación de todo esto. Sería muy raro que mi marido fuera travesti y requeriría que tuviéramos una conversación un poco seria al respecto, pero sería preferible a que resultara ser un adúltero.

«Por favor, que sea eso —pienso mientras sigo buscándolo—. Por favor, que sea algo distinto de lo que me temo que es».

Aún no estoy cerca de obtener ninguna respuesta, pero intento comprender por qué, si Dominic tiene una aventura, parece haber dejado las pruebas por todas partes para que yo las encuentre. Al fin y al cabo, no tenía que ser Sherlock Holmes para tropezarme con esta escena del crimen y descifrarla. ¿Puede haber sido tan descarado como para traer aquí a una mujer, mantener relaciones sexuales y luego salir un rato, dejando atrás las pruebas? Entonces recuerdo que él cree que yo no estaré en casa hasta mañana, así que supongo que eso explica su osadía. Pero, aun así, me parece un poco descuidado por su parte dejarlo todo así.

A menos que todavía esté por aquí.

Puede que no esté en casa.

Pero puede que esté en el jardín trasero.

Me apresuro a mirar por la ventana de nuestro dormitorio y, cuando lo hago, distingo la silueta de la cabaña en la oscuridad. Otra de las cosas que me molestan es que siempre es lo primero que veo cuando abro las cortinas por la mañana y miro hacia fuera. Pero ahora mismo me da la oportunidad de ver si hay alguna actividad allí, y la visión de la puerta entreabierta de la cabaña me sugiere que acabo de localizar a mi hombre desaparecido.

Está ahí dentro.

Pero ¿está solo?

A pesar de querer conocer desesperadamente la respuesta a esa pregunta, me muevo despacio mientras bajo las escaleras con las piernas temblorosas, porque me temo que todo está a punto de desmoronarse. Si Dominic está haciendo algo que no debería, ya no puede ocultarlo, así que no necesito precipitarme.

Tuve el factor sorpresa en el momento en el que decidí volver a casa antes.

Ahora solo tengo que intentar controlarme.

Salgo al jardín trasero y miro la cabaña, cuya visión me atormenta aún más que de costumbre. Primero me quitó mucho dinero, luego mucho espacio y ahora podría estar a punto de quitarme también mi matrimonio.

Camino hacia ella descalza por el césped y con los ojos en la puerta abierta, y a medida que me acerco, empiezo a oír cosas.

Una respiración agitada.

Una risita.

Y luego un gemido.

Por desgracia, solo uno de esos sonidos parece proceder de mi marido. Los dos últimos proceden sin duda de una mujer, y a pesar de estar aún a unos metros de la cabaña, ya sé lo que voy a ver en cuanto mire en su interior.

Mi cerebro me ofrece enseguida una salida para evitar el trauma de esta situación, sugiriéndome que vuelva dentro y actúe como si no pasara nada. Incluso podría recoger mis pertenencias y salir de casa, llamar a un taxi para que me lleve de vuelta al bar y pasar la noche en el hotel en el que debería haberme quedado todo el tiempo. Si hago eso, Dominic nunca sabrá que he estado aquí y no tendré que enfrentarme al hecho de que mi marido es un embustero.

«Hazte la tonta. Finge. Olvídalo».

Pero eso es imposible.

No puedo huir de esto más de lo que puede hacerlo mi marido.

Al llegar a la puerta, los gemidos se hacen más fuertes, y aprieto los dientes mientras agarro el picaporte y miro dentro.

Y allí están los dos.

Desnudos.

Él, encima de ella.

Sea quien sea.

Dios mío, parece joven. Tiene alrededor de veinte años. Es rubia, y eso me escuece porque Dominic siempre me ha dicho que le gustaban morenas. El muy mentiroso… Pero está claro que no ha mentido solo en eso. Me ha mentido en todo y me ha dejado en ridículo en el proceso.

Sigue sin verme. Ni ella tampoco. Su joven y enérgica amante. Ambos tienen los ojos cerrados mientras se besan y sus cuerpos se mueven en sincronía, con un ritmo que Dominic y yo no mostramos desde los primeros años de nuestra relación.

Creía que los días en los que mi marido era tan apasionado habían quedado atrás. No sabía que tan solo necesitaba la pareja adecuada con la que ser apasionado. Supongo que yo no podía hacer que lo fuera, pero está claro que esta mujer sí puede.

¿Es culpa mía? ¿No le he mostrado suficiente afecto? ¿No le he hecho feliz? ¿Soy yo la mala?

No, claro que no. Soy la esposa leal que se ha mantenido fiel.

Y él es el sucio cerdo que acaba de romperme el corazón.

Es como si él pudiera oír de algún modo cómo se desgarran las cuerdas de mi corazón dentro de mi pecho en este momento, porque Dominic abre los ojos de repente y mira hacia la puerta, y cuando lo hace, se lleva el susto de su vida.

—¡Grace! —grita sin aliento; y su torso desnudo y sudoroso deja de moverse, al igual que el torso que tiene debajo también deja de retorcerse.

Dos pares de ojos me miran: los de mi marido y los de su amante.

Ambos sorprendidos en el acto.

Ambos vulnerables.

Ambos incapaces de explicar las cosas.

Y, después de que yo cierre con rapidez la puerta y gire la llave, ambos encerrados en la cabaña.

4

DOMINIC

¿Cómo ha ocurrido?

¿Cómo me han pillado?

—¡Grace! Espera, puedo explicártelo —grito, mientras me aparto de Kamilla y corro hacia la puerta. Agarro el picaporte e intento abrirla, pero la puerta está cerrada. Grace debe haber echado la llave. Eso significa que ahora estamos atrapados aquí.

Pero tiene que dejarme salir.

Tiene que dejarme decirle que esto no es lo que ella cree que es.

Es entonces cuando me doy cuenta de lo absurdo de la situación. Mi mujer acaba de pillarme desnudo con otra mujer en la cabaña de nuestro jardín trasero. Una mujer con la que no debería estar en una cabaña que rogué que construyeran. No hay manera posible de que pueda salir de esto. No hay excusa débil que pueda ofrecer. No hay manera de que pueda decir «no es lo que parece».

La realidad está más clara que el agua.

He estado teniendo una aventura y me han descubierto.

¿Qué hará Grace ahora? ¿Se divorciará de mí? ¿Se quedará con la mitad de mi dinero? ¿Me dejará atrapado en los márgenes de la sociedad, como uno de esos despreciables divorciados que engañaron, lo perdieron todo y acaban viviendo solos en un albergue de mala muerte sin nadie que los visite porque arruinaron todas las relaciones que tuvieron con su comportamiento absurdo y moralmente corrupto?

Oh, Dios, ¿es ese mi destino? Dudo que Kamilla venga a visitarme si es así. Le ha encantado venir aquí, a esta gran casa, pero puede que no le haga tanta gracia verme en cualquier horrible lugar en el que acabe viviendo después de que los abogados del divorcio hayan clavado sus garras en mí y en mis finanzas. He oído historias de terror sobre lo caras que pueden salir las separaciones matrimoniales. Ahora voy a formar parte de las estadísticas. Soy un perdedor. Seguro que las perderé a las dos, a mi mujer y a mi amante, pero el hecho de que tenga dos mujeres en las que pensar me dice todo lo que necesito saber sobre lo mucho que me merezco esto.

He sido un tonto. Tuve una buena mujer. Lo tenía todo. Claro que era aburrido, pero era seguro. Y lo arriesgué todo por una aventura con una mujer joven que probablemente encontrará a otro hombre mayor que ocupe mi lugar, uno al que una ex vengativa no le haya vaciado la cuenta bancaria.

—¡Grace, abre la puerta!

El miedo, el pánico y la ansiedad amenazan con apoderarse de mí mientras intento justificarme, pero mejor aquí que en una reunión de mediación que se factura por horas.

—¡Grace! ¡Vamos, abre la puerta, por favor! ¡Tenemos que hablar!

Esta última parte se queda corta. Tenemos que hablar o, mejor dicho, yo tengo que hablar. Necesito encontrar una serie de palabras que haga que no me odie tanto como seguramente lo hace ahora mismo. Algún surtido de letras pronunciadas en el orden correcto que haga que no desprecie mi ser y sienta la necesidad de castigarme aún más.

Le diría que cometí un error. Que soy un idiota. Un tonto. Un hombre que perdió la cabeza por un breve momento, pero un hombre que puede cambiar. Un hombre que puede ser perdonado.

Perdón. Eso es lo que necesito ahora.

Pero no puedo conseguirlo mientras esté atrapado aquí.

—¡Grace! ¡Por favor! ¡Abre la puerta!

Sigo llamando a mi mujer, pero no contesta, así que me dirijo a la

ventana e intento comunicarme con ella a través del cristal. Es difícil ver en la oscuridad, sin embargo, puedo distinguir su silueta en el césped, a unos metros de la cabaña. Pero no puedo ver la expresión de su cara, aunque puedo imaginar cuál es. Estará enfadada o triste. Tal vez una combinación de ambos. También tendrá la llave en la mano, la llave que necesito que vuelva a meter en la cerradura de esta puerta para que podamos salir de aquí.

—¡Grace! ¡Vamos, Grace! ¡Abre la puerta!

Otra súplica desesperada queda sin respuesta antes de que me dé cuenta de que se acaba de encender la luz aquí dentro. Me doy la vuelta y veo a Kamilla de pie junto al escritorio, con un brazo cubriéndole torpe pero estratégicamente el pecho desnudo y el otro cubriéndole la entrepierna. La lámpara de mi mesa ilumina poco porque nunca he necesitado mucha luz, ya que trabajo en mi mesa de día. Pero es mejor que nada y, desde luego, mejor que estar en completa oscuridad.

Entonces Kamilla me hace una pregunta:

—¿Qué demonios hace tu mujer aquí?

—¡No lo sé! ¡Se suponía que se quedaba en un hotel!

—Bueno, ¿adivina qué? No está allí.

Kamilla parece aterrorizada, y tiene todo el derecho a estarlo, porque ¿quién querría estar atrapada en casa de la mujer con cuyo marido te has estado acostando?

—Mira, todo irá bien. Hablaré con ella.

—¿Cómo? ¡Nos ha encerrado!

—Nos dejará salir.

—¿Lo hará?

—Sí, está en estado de shock. Necesita calmarse.

Imaginar lo que se le habrá pasado por la cabeza a mi mujer cuando ha entrado aquí y nos ha visto es suficiente para hacerme sentir

asqueroso, por no hablar de avergonzado. Pero no puedo pensar en eso en este momento. Tengo que centrarme en mejorar la situación antes de que empeore.

—¡Ni siquiera podemos vestirnos! Toda nuestra ropa está en la casa —se lamenta Kamilla, y tiene razón. No tenemos nada que ponernos aquí porque estábamos tan consumidos por la pasión que salimos al jardín sin una sola prenda de ropa.

El hecho de que no pueda cubrir mi dignidad significa que voy a tener que intentar calmar a mi mujer mientras estoy desnudo, lo que parece que hace aún más difícil una tarea imposible. Si esto fuera una película, ahora mismo me estaría riendo de mi personaje. Pero esto es la vida real, mi vida, y rápidamente se está convirtiendo más en una tragedia que en una comedia.

No tengo elección. Lo único que puedo hacer es poner una mano sobre mis partes íntimas y la otra en la ventana mientras golpeo el cristal e intento que Grace me responda.

—¡Lo siento! De verdad que lo siento. ¡Déjame salir para que podamos hablar!

Todavía puedo ver la silueta de mi mujer en el césped bajo la pálida luz de la luna, pero no se mueve y su quietud empieza a ser desconcertante. La quietud de ahí fuera es igual de inquietante. Al menos, si me gritara y me insultara, sabría a qué atenerme con ella. Pero de momento no recibo nada de ella.

Nada más que la puerta cerrada entre nosotros.

Vuelvo a intentarlo: aprieto el picaporte y lo retuerzo todo lo que puedo, además de tirar de él. Pero no consigo abrir la puerta, lo cual es normal teniendo en cuenta que está cerrada con llave. Al fin y al cabo, pagué un buen dinero al constructor para que se asegurara de que este lugar estuviera a salvo de posibles intrusos y ladrones. Es una pena que la seguridad sea ahora lo que me mantiene atrapado aquí dentro.

¿Y si Grace no nos deja salir?

¿Y si quiere atormentarnos un rato?

Sabiendo lo que sé sobre la cabaña y su construcción, no es el lugar más fácil del que salir.

A pesar de mi desesperación por abrir esta puerta, mi compañera de cabaña no parece estar tan ansiosa por ser liberada.

—¿Qué me va a hacer? —reflexiona Kamilla, con cara de mucho miedo—. ¿Se pondrá violenta? ¿Me atacará?

—No, claro que no.

—Pero ella debe odiarme. ¡Yo también me odiaría si hubiera encontrado a mi marido teniendo sexo con otra mujer!

—No se va a poner violenta. Solo está enfadada. Tenemos que abrir esta puerta para que puedas irte a casa y luego hablaré con ella.

—¿Cómo voy a irme? ¡Tengo que recoger toda mi ropa de tu casa! ¿Se va a quedar mirando cómo la recojo? ¿O me va a ayudar? ¿Me pasará mi sujetador mientras la felicito por el papel pintado del salón? Esto es ridículo.

Kamilla tiene razón. Esto es ridículo. Pero ¿qué quiere que haga al respecto? Es casi como si me estuviera culpando por lo que ha pasado, pero yo no he planeado que nos pillase más de lo que ella lo ha hecho.

—Mantén la calma. Todo saldrá bien —digo, pero soy muy poco convincente porque, cuanto más tiempo estamos atrapados aquí, menos seguro estoy de que todo vaya a salir bien.

—¿No tienes una llave de repuesto o algo así? —pregunta Kamilla, mirando mi escritorio y la estantería que hay sobre él.

—Sí, pero está debajo de la maceta de allí, ¡que no nos sirve de mucho aquí!

—¿Y la ventana? ¿No puedes abrirla?

—No se puede abrir. Es más seguro así.

—¿Qué tenemos que hacer para salir? ¿Romper el cristal?

Sacudo la cabeza porque eso ni siquiera es una opción.

—Está reforzado. Triple acristalamiento para que nadie pueda entrar.

—¿Qué? ¿Por qué lo has hecho tan seguro?

—¡Porque aquí guardo documentos de trabajo importantes! No puedo permitir que me los roben, ¿verdad?

—¡Solo son unos aburridos papeles! No hacía falta construir Fort Knox.

Tal vez Kamilla tenga razón, pero ¿qué puedo decir? Teníamos el presupuesto para construir este lugar a prueba de ladrones, y lo acepté. No sabía que acabaría siendo yo a quien las puertas y ventanas reforzadas frustrarían más.

—Pero ¿cómo vamos a salir si ella no abre la puerta? —me pregunta Kamilla, con su voz antes grave y sexy ahora aguda y quejumbrosa.

—No lo sé. Nunca pensé que me encerrarían aquí.

Discutir entre nosotros no nos va a ayudar, así que me vuelvo hacia la ventana y espero poder conversar con Grace en su lugar. Pero, cuando me asomo, no la veo por ninguna parte.

Se ha ido.

—¿Grace? ¡Grace!

Golpeo la ventana, pero, a pesar de ello, no vuelve a aparecer. ¿Dónde está? ¿Ha regresado a la casa? ¿A qué demonios está jugando? No puede tenernos encerrados aquí toda la noche.

Entonces lo recuerdo. El famoso refrán. Es una frase tan antigua como el tiempo, pero también es una frase que mi difunto padre solía utilizar mucho cada vez que mi madre le echaba la bronca por hacer algo que no debía, que solía ser llegar tarde del bar o no ayudar en casa cuando había prometido que lo haría.

—No hay peor furia que la de una mujer despechada.

Sé lo que significa. Es un dicho para mostrar que no hay ira tan fuerte como la de una mujer que ha sido traicionada románticamente. Y eso es lo que le he hecho a Grace. La he traicionado, y ahora es una mujer

despechada, capaz de cualquier cosa.

Como mantener a su marido y a su amante bajo llave durante el tiempo que considere oportuno.

—Dios mío —me digo cuando pienso en lo testaruda que puede llegar a ser mi mujer hasta por las cosas más insignificantes. Ahora tiene algo por lo que ser testaruda.

Esto es malo. Muy muy malo.

Grace ha sido herida. Pero ella también tiene todo el poder.

Lo que ocurra a continuación tan solo depende de ella.

Pero ¿qué será?

5

GRACE

Agarro la llave con tanta fuerza que empiezo a hacerme daño. Pero no puedo evitarlo. Mi ira es tal que ni siquiera la incomodidad del metal clavándose en mi piel es suficiente para que deje de apretar. Ni me va a permitir siquiera plantearme volver a meter la llave en esa cerradura y liberar a las dos personas atrapadas en el interior de la cabaña.

Se lo merecen.

Ellos se lo han buscado.

Lo que ocurra a continuación está totalmente justificado.

Que lo crea o no es lo de menos. Esta llave y lo que he hecho con ella hasta ahora no son solo un símbolo de mi dolor, sino también de mi futuro. Lo que decida hacer con ella, sea bueno o malo, tendrá consecuencias. Y son consecuencias con las que los tres que estamos esta noche en este jardín tendremos que vivir.

Sigo de pie sobre el césped mirando las dos formas en la ventana de la cabaña, formas que no se mueven de la misma manera. La femenina se mueve mucho más, agitando los brazos mientras golpea la ventana, mientras que la masculina está más quieta, más considerada.

O, tal vez, más resignado a su destino.

Me pregunto si Dominic ya le habrá dicho a su amante que no es posible que salgan de esa cabaña. Sé que es imposible porque Dominic pasó mucho tiempo contándome cómo la estaba haciendo supersegura para que nadie pudiera entrar. En todo ese tiempo, durante la fase de desarrollo de la cabaña, no creo que se planteara que la preocupación no era que alguien entrara, sino que alguien saliera.

Por supuesto, yo tampoco me lo planteé porque nunca había pensado encerrar a nadie dentro de la cabaña, y mucho menos, al hombre con el que me casé. Pero, gracias a lo mucho que insistió en que esta estructura tenía que ser impenetrable para cualquiera que no tuviera la llave de acceso, ahora nos encontramos en este interesante aprieto.

Su amante, la mujer que ahora odio más que a nadie en este mundo, sigue golpeando las ventanas, así que, o bien aún no sabe que está perdiendo el tiempo, o simplemente elige ignorar a Dominic y lo que él pueda haberle dicho sobre el vidrio reforzado. Cómo me gustaría que hubiera elegido ignorar a mi marido y punto, porque si lo hubiera hecho podríamos haber evitado este lío.

¿Cómo se conocieron estos dos? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué circunstancias los unieron? Estoy intrigada, no es que en realidad me importe. ¿Se encontraron en una cafetería? ¿Se le cayó algo a ella y él la ayudó a recogerlo, comportándose como un verdadero caballero sin segundas intenciones? Tal vez se encontraron uno al lado del otro en una cola, y ella le preguntó la hora antes de fijarse en su bonito reloj y pensar que podría intentar atrapar a un ingenuo sugar daddy con el que divertirse un poco. ¿O fue él quien entabló la primera conversación, intentando torpemente no mirar su impresionante escote mientras murmuraba algo sobre el tiempo, a la vez que se preguntaba si había alguna posibilidad de que una mujer como ella se encaprichara de un tipo como él?

Podrían haberse conocido de un millón de maneras y, fuera como fuera, fue mala suerte para mí. Pero apuesto a que ellos lo consideraron buena suerte y puede que incluso se lo agradecieran al destino una vez que estuvieron revolcándose uno encima del otro a mis espaldas. Pero, teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir, seguro que ahora deben considerar el hecho de que el cruce de sus caminos no fue más que una completa desgracia. Se conocieran como se conocieran, ambos debían saber que llevar las cosas tan lejos era un error.

Ella sabía que se estaba involucrando con un hombre casado, ¿verdad? ¿O él le ocultó que estaba con otra persona? ¿Se quitó el anillo de casado cuando la vio por primera vez o se lo quitó discretamente durante el intercambio inicial? ¿Sabía ella lo mío? ¿Está tan sorprendida como yo?

No, ella debía saber que Dominic tenía mujer. No podía no haber visto todas las fotos de la boda en la pared de la casa. Bueno, no a menos que se dejara llevar quitándose la ropa y haciendo que mi hombre hiciera lo mismo, y considerando el tamaño del campo de escombros que sus ropas hicieron alrededor de mi casa, esa es una posibilidad.

Pero ¿quién lo sabe? Yo no. Mi imaginación y mi paranoia están tan desbocadas ahora que estoy considerando todo tipo de cosas horribles sobre el hombre con el que me casé. Como... ¿y si él fingió ante ella que yo había muerto? ¿Será eso? ¿Jugó la carta del viudo para despertar su compasión?

Seguro que no. Dominic no sería capaz de hacer algo tan despreciable, ¿verdad? No lo sé; está claro que es capaz de todo.

Está claro que no es el hombre que yo creía.

Mientras sigo de pie y observo las figuras en la ventana de la cabaña intentando llamar mi atención, espero que la mujer encerrada dentro supiera en lo que se estaba metiendo cuando decidió acostarse con Dominic. De ese modo, no tengo que sentir ni un ápice de simpatía por ella, igual que no siento ninguna por mi marido, y eso hace que sea mucho más fácil mantenerlos a ambos bajo llave.

Decido aumentar un poco más la miseria de la pareja, así que me doy la vuelta y me alejo de la cabaña, paseando despreocupadamente por el césped y volviendo a la casa como si no me importara nada. Espero que puedan verme el mayor tiempo posible, pero la realidad es que aquí fuera está oscuro y puede que me pierdan de vista mucho antes de que llegue a la puerta de la cocina y vuelva a entrar en mi casa.

Mi casa. La que está llena de la ropa desechada de la mujer que se ha estado acostando con mi hombre. Todas sus cosas siguen ensuciando mi espacio.

Es hora de hacer algo al respecto.

Me pongo manos a la obra, moviéndome por la casa y recogiendo sus cosas con rapidez. Los tacones. La blusa. La falda que me da asco. Todas las cosas que ella se quitaba con tanta alegría son ahora las que yo recojo con tanta tristeza.

Me aseguro de que lo tengo todo, no vaya a ser que se me escape algo y lo vea más tarde y me vuelva a dar un disgusto. Tardo un rato en asegurarme, e incluso me pongo de rodillas y compruebo debajo de los sofás que no haya ninguna prenda de encaje. Por suerte, no hay nada y, cuando estoy segura de que tengo todas sus cosas, vuelvo al jardín y las tiro en medio del césped. Luego vuelvo a la casa y recojo la ropa de mi marido, pero no me limito a las pocas cosas que tiene tiradas por el suelo en el piso de abajo. No, eso sería insuficiente. Me aseguro de subir también a nuestro dormitorio, en el que tantas veces hemos dormido juntos, y una vez allí empiezo a vaciar el armario y las cómodas que le pertenecen.

Sus camisas. Sus calcetines. Sus estúpidos trajes. Todo lo que cae en mis manos sale del lugar al que pertenece y acaba en un gran montón en medio de la cama. Luego lo envuelvo todo con los brazos y cargo con la ropa lo mejor que puedo escaleras abajo hasta depositarla junto a sus cosas sobre el césped frío y ligeramente húmedo.

Voy y vengo de la casa durante los siguientes veinte minutos, recogiendo más cosas que pertenecen a Dominic y dándoles un nuevo hogar afuera. Ya he terminado con la ropa y he pasado a otras cosas más personales para él, o al menos eso espero. Como sus libros, incluido su favorito, El Señor de los Anillos, una edición especial en tapa dura que le regalaron sus abuelos y que ha leído varias veces a lo largo de los años. También me fijo en sus recuerdos deportivos, como la foto firmada de su jugador de fútbol favorito en acción por la que pujó y ganó en una subasta benéfica en un evento del trabajo hace un par de años. Y, por supuesto, tengo que ir a por su colección de discos, el surtido de música que ha acumulado a lo largo de su vida y que incluye todo tipo de canciones y artistas que le recuerdan algunos de los momentos más felices de su juventud.

Todo lo que posee está ahora tirado en el césped ensuciándose, igual que él estaba tirado en el suelo de la cabaña no hace mucho ensuciándose con una mujer con la que no tenía derecho a involucrarse.

Con el montón a mis pies, alto y ancho, vuelvo la vista hacia la ventana de la cabaña para ver si la gente del otro lado del cristal se ha dado cuenta de lo que he estado haciendo. El hecho de que pueda ver dos formas inmóviles que me devuelven la mirada confirma que me

han estado observando, y eso me hace sonreír.

Tienen los mejores asientos.

Dos entradas para el espectáculo que voy a montar para ellos.

Ymenudo espectáculo va a ser.

6

DOMINIC

—¿Qué está haciendo con todas nuestras cosas? —no deja de preguntarme Kamilla, y aunque sé que debería intentar responderle, lo único en lo que puedo seguir pensando es en que, en realidad, no son todas nuestras cosas.

Son todas mis cosas.

Lo único que ella tiene ahí fuera son algunas prendas de ropa, que se pueden reemplazar con facilidad. Pero, por lo que veo, casi todo lo que tengo está ahora en un gran montón en medio del jardín trasero, y lo que hay no será tan fácil de recuperar.

Toda mi ropa, incluidos algunos trajes que no deberían estar tirados sobre la hierba húmeda. Mis libros, una colección que seguro que incluye mi favorito y la única historia que pensaba releer a finales de año. Mi colección de música, discos que me recuerdan tiempos más sencillos y discos que había planeado guardar en mi cabaña y que desearía haberme traído aquí ya porque parece que ahora estarían más seguros aquí dentro que ahí fuera. E incluso mi preciada foto deportiva firmada, por la que pujé con éxito en una subasta; foto que iba a colgar en una pared de esta cabaña, pero no pude encontrar clavos en el garaje la semana pasada, así que también lo pospuse. Maldita sea.

Todas las cosas que necesito o aprecio, símbolos de mi personalidad e intereses, amontonadas unas encima de otras como si no valieran más que un montón de chatarra en un desguace. Y todo puesto ahí por mi esposa, una mujer a la que he despreciado y alguien que ahora claramente busca vengarse de mí.

Entonces, ¿cuáles son sus intenciones? ¿Es su forma de decirme que

me está echando? ¿Vaciando la casa de todas mis cosas? Eso creo. Bueno, está bien, Grace, lo has dejado muy claro. Quieres que me vaya y me lleve mis pertenencias para que tengas tiempo y espacio para pensar. Que así sea. Aunque preferiría intentar mejorar la situación enseguida, lo entiendo. Perdonarme no va a ser un proceso rápido. Si tengo que vivir en otro sitio por un corto tiempo, encontraré algún lugar. Conseguiré una habitación en un hotel barato y seguiré intentando arreglar lo nuestro desde allí hasta que nos dejes a mí y a todas mis posesiones volver a nuestra casa, donde pertenecemos.

Pero eso sigue siendo objeto de debate en este momento, porque, hasta que no salga de aquí, no puedo hacer mucho más que intentar desesperadamente cubrir mis partes más íntimas mientras miro por la ventana y me pregunto cuándo vas a abrir esta puerta.

—Sabía que deberíamos habernos limitado a las habitaciones de hotel —dice Kamilla, refiriéndose a dónde deberíamos haber tenido nuestra cita ilícita.

—Yo también. Pero te aburriste de ellas y me dijiste que querías hacerlo en mi casa —le recuerdo, sin mencionar que no necesité que me convenciera. Eso era porque estaba seguro de poder mantener todo esto en secreto. De mantener las dos relaciones a la vez. De tener a mi amante aquí mientras mi mujer estaba en otra parte. De silbar y comer a la vez. Pero ¿qué derecho tenía a pensar que esto iría tan bien? Hay una razón por la que no todo el mundo tiene una aventura y menos gente aún se sale con la suya.

Porque no es fácil.

Todavía puedo ver mis cosas ahí fuera en la hierba, pero no puedo ver a Grace, así que supongo que ha vuelto a la casa. ¿Está cogiendo más cosas mías? ¿Qué más podría quedar? Me pregunto si estará tan loca como para conducir mi coche por la parte de atrás y aparcarlo encima de todo, haciendo una gran declaración, pero dudo que haga algo tan dramático como eso, o al menos espero que no. Sin embargo, podría dar marcha atrás con el coche hasta el montón, para que sea más fácil meter todas mis cosas en la parte de atrás antes de que me obligue a sacarlo todo de aquí.

Kamilla vuelve a intentar abrir la puerta, pero dejo que se dé cuenta

de que sigue siendo una pérdida de tiempo tan grande como la última vez que lo intentó. Mientras ella se ocupa de eso, yo me dedico a pensar en el futuro para averiguar cuánto tardaré en volver a caerle bien a mi mujer. ¿Para mi cumpleaños en octubre? ¿Para Navidad? ¿Para Año Nuevo? ¿O se prolongará hasta los primeros meses del año que viene, hasta la época más profunda y oscura del invierno?

El invierno de mi descontento extremo.

Soy consciente de que, cuanto más tarde en conseguir que Grace me perdone, menos posibilidades tendré de que ocurra a largo plazo. Porque, cuanto más tiempo viva sin mí, más se dará cuenta de que no morirá si no estoy a su lado todos los días. Podría darse cuenta de que puede existir sin mí, ¿y dónde me deja eso entonces? En un motel de mala muerte, comiendo pizza para llevar e intentando averiguar cómo conocer a otras personas desesperadas y solitarias de mediana edad como yo.

También soy consciente de que, cuanto más tiempo tenga Grace para pensar en esto, más oportunidades tendrá de compartir su difícil situación con otras personas y conocer su opinión al respecto. Amigos, colegas, una anciana sabia en una parada de autobús. Estoy seguro de que todos estarán encantados de dar su opinión sobre mí y lo que he hecho.

—La cabra siempre tira al monte.

—Una vez tramposo, siempre tramposo.

—Que le den. Hay muchos más peces en el mar.

Me los imagino a todos diciendo eso y más. Pero aún no saben lo que ha pasado. Todavía no. Solo Grace sabe lo que he hecho, así que ¿y si pudiera salir de aquí y hablar con ella y hacer que nunca tenga que contarle a nadie más lo que ha sucedido aquí? Todo esto podría olvidarse si es así y esa perspectiva es muy atractiva.

Haré lo que sea para que así sea. Asesoramiento. Terapia. Dormir en la habitación de invitados durante seis meses. Lo que sea necesario. Solo necesito una oportunidad.

Para explicarlo.

Para hacerlo bien.

Para salir de esta maldita cabaña.

Vuelvo a golpear la ventana mientras Kamilla sigue intentándolo con la puerta, pero en todo ese tiempo Grace no reaparece fuera. Cuanto más tiempo pasa, más se está convirtiendo este lugar que tanto me gustaba en una prisión de la que nunca podré escapar, y apuesto a que a mi mujer le hace gracia que me atormente algo que me costó tanto construir. O, al menos, lo encontraría gracioso si no estuviera en casa llorando a lágrima viva.

¿Es eso lo que está haciendo? ¿Llorar y preguntarle a Dios por qué ha dejado que le pase algo tan horrible? ¿O se está tomando un buen trago mientras le manda un mensaje a su jefe para decirle que no irá mañana, pero que tiene la noticia más importante que probablemente escucharán esta década?

—No sé qué hacer —admito, tanto para mí mismo como para la mujer desnuda que tengo al lado, mientras me siento en la silla del despacho y siento el frío cuero del asiento contra mi piel pálida y expuesta. Nunca me había sentido tan indefenso. Estoy tan desnudo como el día en que nací y también me siento tan inútil como entonces.

Me quedo mirando los dedos de mis pies, que se retuercen durante unos instantes hasta que oigo que Kamilla por fin deja de intentar abrir la puerta. Cuando levanto la vista hacia ella, veo cómo me mira fijamente, y tiene una mirada que nunca antes le había visto.

Ya no me mira como si fuera el atractivo hombre mayor que podría hacer realidad todas sus fantasías. Ahora me mira como lo que yo temía ser antes de conocerla: un patético perdedor de mediana edad que ya ha pasado su mejor momento y teme que sus mejores días hayan quedado atrás.

Ella me ve como soy en realidad, y si no lo sabía antes, lo sé ahora.

He tirado por la borda el amor de una gran mujer por estar con una mujer que al final siempre se habría aburrido de mí.

—Haz algo —me dice Kamilla, y noto que su desdén hacia mí crece por momentos. Es como si se preguntara qué vio en mí al mismo

tiempo que mi mujer hace lo mismo fuera.

—No sé qué hacer —respondo manso.

Kamilla sacude la cabeza antes de mirar a su alrededor, y yo la observo sin esperanza, deseando que encuentre algo que pueda ayudarnos, pero sabiendo que no puede.

Sus ojos se posan en el enchufe que hay detrás de mí y en los cables que salen de él, y eso le da una idea.

—¿Tienes internet aquí?

—Sí, ¿por qué?

—Podríamos contactar con alguien. ¿Dónde está tu portátil?

Me parece una lástima apagar la esperanza en los ojos de Kamilla tan pronto como ha aparecido, pero es lo que tengo que hacer.

—En la casa. O al menos lo estaba. Probablemente ahora esté en ese montón del jardín.

—¡Por el amor de Dios, Dom! ¿Por qué no lo dejaste aquí? Podríamos haber mandado un e-mail a alguien.

—Siempre lo llevo a la casa por si alguien entra en la cabaña.

—Pero ¡si nadie puede entrar! ¡Has hecho este lugar impenetrable, por dentro y por fuera!

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Soy muy paranoico, así que me llevo el portátil a casa al final del día.

—¿Paranoico? Lo único por lo que deberías estar paranoico es por esa chiflada de ahí fuera. En serio, ¿con quién te has casado? ¿La conoces siquiera?

—¿Qué? Pues claro que sí. Y no es una chiflada. No la llames así.

—No está chiflada, ¿verdad? —pregunta Kamilla mientras mira por la ventana, y hay algo en su tono de voz acusador que me hace sentir miedo.

—No —murmuro, nervioso y alterado.

—De acuerdo entonces —dice Kamilla, sacudiendo la cabeza—. En ese caso, por favor, explícame por qué está a punto de prender fuego a todas nuestras cosas.

Salto de la silla y corro hacia la ventana tras oír eso, y al asomarme, llego justo a tiempo para ver las primeras llamas extendiéndose por el montón de nuestras pertenencias.

La ropa de Kamilla y todo lo que tengo.

Todo a punto de esfumarse.

Y a mi mujer se le ilumina la cara mientras sonríe de pie junto a la creciente hoguera.

7

GRACE

¿Qué tiene el fuego que lo hace tan fantástico? ¿Qué es lo que atrae a la gente hacia un infierno ardiente y hace que se detengan a mirarlo?

¿El peligro? ¿La destrucción? ¿La muerte que puede producirse en sus ardientes profundidades?

Niños y adultos por igual luchan por apartar la vista de las llamas, ya sea sentados alrededor de una fogata o reunidos en torno a una hoguera el 5 de noviembre. Es innegable que el fuego tiene algo fascinante. La forma en que los naranjas, rojos y amarillos se lamen unos a otros mientras devoran cualquier cosa con la que entran en contacto.

En este momento, estas llamas en particular están devorando todo, desde los libros de mi marido hasta la ropa interior de su chica, y yo estoy disfrutando mientras veo cómo arde todo. Siento un placer especial al ver cómo su sujetador se convierte en cenizas. Ya no es blanco y puro, ahora es tan negro y sucio como el corazón de la mujer que una vez lo llevó.

Pero me he asegurado de que este no sea un espectáculo para que solo lo disfrute uno. La pareja de la cabaña podrá ver mi triunfal exhibición de venganza, y como me doy cuenta de que me observan desde la ventana, espero que estén ardiendo por dentro tanto como sus cosas por fuera.

No pueden odiarme por esto. ¿Qué esperaban que hiciera? ¿Poner su ropa en una pila ordenada y entregársela con los cumplidos de la mujer en cuya casa acaban de explorar sus cuerpos?

No se trata de un hotel que ofrece un servicio de cinco estrellas y

busca una crítica de cinco estrellas.

Este es un hogar conyugal, un espacio sagrado.

Pero ahora es solo un lugar que huele a quemado.

Pienso en mis vecinos, Frank y Maggie, y me pregunto qué pensarán cuando huelan el humo. Sabrán que es demasiado tarde para hacer una barbacoa, así que puede que salgan para comprobar si todo va bien en la casa de al lado. Lo harán si creen que puede haber algún problema, ¿y cómo no lo va a haber cuando se ha declarado un incendio en mitad de la noche?

Aunque quizá ya estén dormidos, y si es así, puede que no tengan ni idea del placer piromaníaco que se está produciendo tan cerca de ellos. Eso será bueno, porque no quiero tener que explicarles a Frank o a Maggie por qué estoy quemando cosas a estas horas de la noche.

No quiero tener que explicar que estoy quemando todo lo que mi hombre compró.

Pero no está todo, ¿verdad? Todavía hay aquí algo que compró que no está en llamas. Algo que aprecia tanto como todo lo que hay en esta pila ardiente, si no más.

La cabaña.

¿Y si le prendiera fuego?

El pensamiento es tan fugaz como algunas de las brasas que surgen de las llamas y arden en el cielo, porque, aunque sería maravilloso ver el pánico en las caras de la pareja al darse cuenta de que me dispongo a quemarlos vivos, sé que tal cosa es ultraextrema, incluso para una mujer despechada como yo.

Podría y me encantaría prender fuego a esa cabaña, aunque no con ellos dentro. Pero quemar esa horrible estructura hasta los cimientos sin ellos dentro significaría dejarlos salir, y aún no estoy preparada para hacerlo.

Puedo verlos a ambos observando el fuego desde la cabaña y, por supuesto, lo están viendo porque un incendio exige atención, ¿no es

así? Tal vez eso es lo que necesitaba hacer antes de que esto sucediera. Ser más como el fuego. Exigir la atención de mi marido y, una vez que la tuviera, mantenerla. Tal como están las cosas, he dejado que su atención sea captada por otra persona, y aunque puedo recuperarla con una serie de trucos como cerrar la puerta con llave y encender un fuego, sé que probablemente todo sea solo temporal.

A menos que se me ocurran formas de hacer que Dominic me mire.

El fuego es lo bastante potente para hacer lo que necesito, y no dudo de que quemará todo lo que hay en este montón si lo dejo el tiempo suficiente, pero quiero más atención, y eso significa que necesito un fuego más grande. Tras una rápida visita a la cocina, saco una botella de aceite del armario y, cuando vuelvo a la pila en llamas, le echo varios chorros, haciendo que el fuego silbe, escupa y, lo que es más importante, crezca.

Siento el calor en la cara al acercarme demasiado a las llamas, pero permanezco allí un momento, como un niño en la Noche de las Hogueras ignorando las advertencias de sus padres de que se aparte porque, durante ese breve instante, nunca se ha sentido más vivo en su pequeña vida.

Ahora sí que me siento viva mientras hago que el fuego crezca más y más, y solo el miedo a que todo el jardín acabe envuelto en llamas me saca de mi ensoñación y me hace pensar en apagar este infierno.

Me alejo de las tentadoras llamas, cojo el cubo de la fregona de debajo del fregadero, vuelvo al jardín y lo lleno de tierra, que arrojo sobre el fuego. Puede que haya actuado de forma precipitada varias veces esta noche, desde decidir volver a casa temprano hasta cerrar con llave la puerta de la cabaña y provocar un incendio, pero ahora actúo con sensatez mientras apago el fuego. Se apaga casi tan rápido como empezó, y me alegro de ello porque ya es tarde, estoy muy cansada y no es momento de cometer errores estúpidos.

Observo los restos carbonizados de los libros, así como el marco agrietado de la foto deportiva que ahora nunca colgará en la pared de la cabaña para que su orgulloso propietario se la muestre a sus amigos. También veo los últimos restos del sujetador de esa mujer y, como esperaba, ahora no es más que negro puro.

Al final, el fuego ya no existe, se desvanece débilmente como un mamífero moribundo que conoce su destino, pero resiste hasta el amargo final porque así se lo exige su instinto de supervivencia. Sin embargo, la muerte llega para todo, así que acaba apagándose, y cuando lo hace, el jardín vuelve a sumirse en la oscuridad.

Ya no puedo ver las caras en la cabaña.

Y supongo que ya no pueden verme.

Lo soluciono dirigiéndome a la ventana y acercándome lo suficiente para ver las formas desnudas al otro lado de ella. Apuesto a que anhelan un poco de calor de un fuego como ese en la piel. Deben estar pasando frío ahí dentro. La temperatura siempre baja por la noche, y lo estoy notando ahora que ya no me calientan las llamas.

Sé que hay un calefactor en la cabaña. Era lógico que Dominic lo instalara si quería trabajar allí todo el año. Pero también sé que la única forma de que funcione es conectándolo a la red eléctrica de la casa, y si se interrumpe el suministro, el calefactor quedará inutilizado, que es más o menos lo que sentí cuando llegué a casa y me los encontré a los dos juntos.

¿Debería desconectar la fuente de alimentación? ¿Los dejo sin electricidad?

No, o al menos no todavía. Les permitiré calentarse por el momento. No hay necesidad de forzarlos a buscar el calor corporal del otro todavía.

Ya han tenido bastante.

Salvo algún chasquido o crujido de la pila humeante detrás de mí, todo está tranquilo en este jardín. Sorprendentemente tranquilo, en realidad, y eso es porque ni Dominic ni su fulana me llaman ahora. Tampoco golpean la ventana ni la puerta. Solo me miran, con sus caritas tristes y solemnes buscando compasión.

¿Es esta su nueva táctica? ¿Hacer que me compadezca de ellos? ¿Hacer que parezca que ya nos hemos calmado y nos hemos desahogado, y que eso significa que es hora de abrir la puerta de la cabaña y seguir adelante con nuestras vidas?

Solo hay un problema con eso y es que no estoy lista para seguir adelante.

Sin embargo, estoy lista para hacer otra cosa.

Estoy lista para comunicarme.

Levanto despacio la mano derecha hacia la ventana y mantengo el puño cerrado frente a mí, girando los nudillos hacia ellos para que puedan verlo bien. Luego levanto muy despacio el dedo corazón de la mano hasta que queda en el aire.

Sí, les estoy insultando, y sí, es un gesto grosero. Pero es importante hacerlo porque permite a la pareja saber a qué atenerse conmigo. Ahora no hay confusión.

Sigo odiándolos.

Claramente.

A la amante de Dominic no le gusta lo que acabo de hacer y se enfada de nuevo, pero eso solo me hace repetir el mismo gesto con la otra mano hasta que estoy de pie justo delante de ellos, gesticulando como un colegial que acaba de aprender a hacer algo que no les gusta a los profesores. Una vez que me he desahogado, bajo las manos y les digo «Buenas noches», antes de darme la vuelta y volver a casa.

Los oigo golpear la ventana cuando entro en la cocina, pero no los oigo cuando la cierro. Tampoco los oigo cuando estoy arriba, en el dormitorio, desvistiéndome para irme a la cama, ni cuando me lavo los dientes en el baño y me doy cuenta de lo cansado y pálido que está mi reflejo.

No oigo nada procedente de la cabaña del jardín y, lo que es más importante, nadie más oye nada tampoco. Así que, ¿qué me impide tenerlos ahí mucho tiempo? Nada más que mi paciencia, supongo, y siempre me ha sobrado. Ahora bien, eso irá en detrimento de esa pareja, como también ha ido en detrimento de otras personas en el pasado.

Incluido el mío.

—

ANTES DE CONOCER A DOMINIC

8

GRACE

ANTES DE CONOCER A DOMINIC

Cualquiera supondría que un padre estaría emocionado ante la perspectiva del próximo cumpleaños de su hija, sobre todo cuando se trata de un cambio de década.

Cumplir treinta años es un gran acontecimiento y, desde luego, lo estoy deseando.

Pero no se puede decir lo mismo de mi madre, Diane.

Siempre he tenido una relación poco ortodoxa con la mujer que me dio a luz. Si tuviera que adivinar, diría que es porque a ella nunca le convenció del todo la idea de ser madre. Al menos, supongo que de ahí lo saco yo, porque a mí tampoco me entusiasma la idea de tener hijos. Mi padre, Alan, era más partidario de la paternidad, y lo sé a ciencia cierta porque oí a mis dos tutores discutir sobre ello muchas veces cuando era pequeña. Perdí la cuenta de las veces que me sentaba arriba en mi habitación a escucharlos discutir sobre un problema que parecía haberse agravado con mi existencia.

Problemas de dinero. Cansancio. Falta de libertad. Todo exaltado por la niña que habían traído al mundo juntos. Intenté no deprimirme y, para ser justos, mamá y papá trataron de fingir que no les ponía las cosas difíciles cuando estaba delante de ellos, pero yo sabía la verdad porque los escuchaba cuando no sabían que estaba espiando. Y la verdad era que yo ponía a prueba su relación cuando aparecía en escena.

Pero las cosas no fueron más fáciles una vez que la relación de mis padres terminó.

Papá murió cuando yo tenía diez años, lo que significa que casi cumplimos veinte años de estar solas mamá y yo. Una familia de tres se convirtió en una familia de dos, pero, por supuesto, una familia en la que falta uno de los padres siempre es desigual, desequilibrada, y los que se quedan atrás sienten el desequilibrio. Mamá nunca ha superado la muerte de papá, y aunque yo tampoco, ella lo ha llevado mucho peor que yo.

Solo empecé a comprender la profundidad de su pérdida cuando me hice mayor y aprendí todo sobre el amor y las relaciones entre un hombre y una mujer y lo que significa tener un alma gemela. En aquel momento no lo entendí del todo, pero ahora veo que perder a alguien es devastador. No es que lo sepa por experiencia propia. Todavía no he encontrado mi alma gemela. Ha habido algunos chicos, aunque esas relaciones nunca han durado. Pero aún tengo tiempo, o al menos eso espero.

El gran treinta se vislumbra en el horizonte, y yo sigo soltera. Aunque no pasa nada. Mi reloj biológico nunca empezó a correr, así que no me preocupa que se agote en la próxima década. Soy lo suficientemente feliz como soy. Pero sería más feliz si encontrara a alguien con quien compartir cosas.

Y, sin duda, sería más feliz si le gustara a mi madre.

He sido muy paciente con ella a lo largo de los años. Siempre he hecho todo lo posible por mejorar nuestra relación y acercarnos para que pudiéramos tener el tipo de relación madre-hija que tienen otras personas y hacer las cosas que ellas disfrutan. Como ir de compras juntas, tomar un café o una copa de vino juntas e incluso ir de vacaciones juntas. Son cosas que me encantaría hacer con mi madre, pero todavía no hemos hecho ninguna desde que soy adulta. Y por eso no espero que le dé mucha importancia a mi próximo cumpleaños, aunque sea importante. Una tarjeta y una sonrisa es lo mejor que puedo esperar a estas alturas, aunque creo que incluso eso será pedir demasiado.

Pero seguiré siendo paciente. Seguiré llamando a su casa para visitarla

y hacer el esfuerzo, y siempre lo haré. Nunca renunciaré a nuestra relación, aunque ella misma haya dejado claro que ha renunciado a ella. Y la razón es simple.

Me culpa de la muerte de papá.

Es algo horrible para un niño, pero esa es la carga con la que debo vivir cada día, sabiendo que mi madre, la mujer que debería amarme por encima de todo, me desprecia por la pérdida de su marido. Sé que gran parte de su rabia y frustración hacia mí se debe a que nunca me quiso, así que es obvio pensar que cree que su vida habría sido diferente si no me hubiera tenido.

Estoy segura de que imagina un universo alternativo, uno en el que siguió sin tener hijos y, como consecuencia, todo lo demás fue diferente. Habría tenido más dinero, más horas de sueño, más tiempo, y puede que imagine que también seguiría teniendo a su pareja. Pero quién sabe qué habría pasado si no me hubiera tenido a mí. Tal vez habría tenido problemas económicos, tal vez no habría tenido ni la energía ni el tiempo para hacer todas las cosas que quería hacer en la vida, y desde luego no se puede decir que papá habría vivido si yo no hubiera venido al mundo. A la gente le pasan cosas malas todo el tiempo, como accidentes, enfermedades, o simplemente podría haberse despertado un día y haber decidido que no quería estar con ella. Es injusto culparme de todo. Sí, la vida de mamá podría haber sido diferente si yo no hubiera nacido, pero también podría no serlo. Solo ella puede controlar su destino. No está bien echarme toda la culpa a mí.

Pero ¿a quién quiero engañar? Ambos sabemos que tiene razón. Las cosas habrían sido mucho mejor si yo no hubiera nacido. Me duele que ella lo sepa, pero sobre todo me duele saberlo yo misma.

Vamos, Grace, contrólate. No pienses así. No pienses en el pasado. Lo hecho, hecho está. No se puede cambiar. Todo lo que puedes hacer es mirar hacia delante. Vienen tiempos mejores. Tiempos mejores como los cumpleaños.

Faltan siete días para que cumpla treinta y me gustaría pensar que aún hay tiempo para que mamá me sorprenda. Invitarme a comer o llevarme a un tratamiento de spa en un hotel de lujo. Diablos, en este

momento, me conformaría con una llamada telefónica. Sería suficiente. Sería preferible a ir a su casa y llamar a la puerta para descubrir que no se molesta en abrir.

Pero, si a mamá no le apetece celebrar mi gran día, no pasa nada, porque encontraré a otras personas con las que celebrarlo. Tengo algunos amigos, sobre todo del trabajo, pero me valdrán. Perdí el contacto con todos mis amigos de la infancia porque dejé de ir a la escuela durante un tiempo después de la muerte de papá, y lidiar con su pérdida me hizo difícil conectar con la gente en mi adolescencia. Aunque no me siento sola, y por eso no busco a un hombre. Pero, si encontrara uno, no sería lo peor del mundo, supongo. No tendría que preocuparme de con quién pasar mis cumpleaños. Un novio me invitaría en ocasiones especiales, eso seguro. Cena y copas. Me regalaría una bonita joya. Quizá incluso me sorprendería con una escapada romántica a una ciudad europea. Entiendo por qué a la gente le gusta tener pareja. Crea más opciones. Más cosas que hacer. Más posibilidades de divertirse. O, al menos, así es hasta que llega un hijo y lo estropea todo, como en el caso de mamá.

Tal vez hoy vuelva a casa de mamá y haga otro intento de mejorar las cosas entre nosotras. Otro intento de demostrarle que mi presencia en su vida no es algo malo. O tal vez lo deje y me ahorre la decepción. Seguiré estando sola mientras pasan los días hasta mi cumpleaños y luego veré quién quiere venir a tomar algo conmigo. Una de las chicas de la oficina lo hará, estoy segura, y eso es todo lo que necesito.

Alguien con quien compartir algo. Una copa. Una noche. Un recuerdo.

Poco me imaginaba entonces que mi trigésimo cumpleaños iba a ser la noche en la que conocería a alguien con quien acabaría compartiendo muchas cosas en el futuro.

Los buenos tiempos.

Y lo malo.

La vida de otra persona estaba a punto de cambiar porque yo iba a entrar en ella.

Y ese alguien acabaría odiándome también.

9

DOMINIC

La visión de mis cosas ardiendo en el fuego que Grace inició fue irritante por varias razones, pero una de ellas fue que en realidad podría haber utilizado algo del calor de ese fuego para mantenerme caliente aquí. Esta cabaña se está enfriando, y voy a tener que intentar encender el calefactor porque cada vez es más evidente que Kamilla y yo vamos a estar aquí un tiempo. Pero digo intentar porque no estoy seguro de que vaya a funcionar cuando pulse el interruptor. Temo que Grace haya desconectado la corriente y haya dejado sin suministro eléctrico la cabaña, y si lo ha hecho, será entonces cuando empiece a preocuparme de verdad. Ni siquiera el hecho de que la luz del escritorio siga encendida me da mucha confianza en que no se vaya a ir la luz en breve.

Al final, Kamilla decide darle ella misma al interruptor del calefactor.

—¿Cuánto tarda en calentarse? —me pregunta, mientras se queda tiritando junto al aparato que acaba de encender, y suelto un suspiro de alivio cuando oigo el leve murmullo que me indica que está funcionando.

—Suele ser bastante rápido. Un par de minutos como mucho —respondo, aún nervioso por la posibilidad de que mi mujer nos deje la fuente de calor para vengarse. Es un alivio maravilloso cuando Kamilla exclama que puede sentir cómo se calienta, y mientras me uno a ella para calentarme, agradezco que Grace haya desechado hasta ahora la oportunidad de empeorar aún más nuestra miserable noche.

Al menos todavía.

Mientras Kamilla y yo nos frotamos las manos delante de la estufa

para quitarnos el frío de la piel, me consuela pensar que el amanecer, dentro de unas horas, seguramente ayudará a poner fin a esta terrible experiencia. Grace solo necesita descansar y procesar las cosas, pero, cuando se despierte a la fría luz del día y piense de verdad en lo que está haciendo, entrará en razón y nos abrirá la puerta. ¿Cómo podría no hacerlo? Cuando lo haga, le perdonaré todo, desde el encierro hasta la hoguera, porque me alegraré de salir a la luz del sol. Pero por ahora sigue siendo de noche, y por eso no terminan de alejarse algunos pensamientos más inquietantes, capaces de tragarse los más optimistas y dejarme mirando el cielo en busca de esa tenue luz en el horizonte.

—Es imposible que esté durmiendo, ¿verdad? —me pregunta Kamilla, mientras sigue calentándose junto al calefactor—. Quiero decir, tendría que estar muy mal de la cabeza para poder cerrar los ojos y quedarse dormida después de lo que ha hecho esta noche.

—Estoy seguro de que está despierta —respondo, esperanzado pero no seguro—. Solo se está calmando. Se sentirá mejor por la mañana.

—Pensé que se sentiría mejor después de quemar todas nuestras cosas. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Tres, cuatro horas desde que nos encerró aquí?

No estoy muy seguro de la hora exacta porque un reloj es una cosa más que no llevaba cuando entré aquí, pero la estimación de Kamilla me parece correcta.

—Deberíamos intentar descansar —digo, pensando de forma práctica, porque esa suele ser la mejor manera de intentar comportarse durante una mala situación—. Puedes tumbarte en la alfombra que hay aquí, junto al calefactor. Será más cómodo que la silla. A menos que quieras eso.

Kamilla no parece muy entusiasmada con las dos opciones que acabo de darle, y era de esperar, porque ninguna de las dos promete una buena noche de sueño. Pero es lo mejor que tenemos, y ambos lo sabemos.

—O podríamos tomar una copa —digo, señalando la botella de vino que he traído y que ahora mismo está sobre mi mesa, no porque tenga mucha sed o sea especialmente aventurero, sino porque al menos nos

da algo para relajarnos.

Pero, antes de que pueda coger la botella y darle un trago, Kamilla plantea una buena cuestión:

—¿Qué vamos a hacer con el tema del baño?

No tengo una buena respuesta para eso más que sugerir que ambos intentemos aguantar nuestras necesidades hasta la mañana, cuando se nos permita salir de aquí. Pero es más fácil decirlo que hacerlo, teniendo en cuenta todo el vino que hemos bebido esta noche. Ante ese pensamiento, decido no beber más.

—Tengo esto —sugiero, encontrando una taza en un estante que dejé aquí la última vez que estuve en la cabaña.

—Estupendo. Es perfecto para usarlo como retrete —responde Kamilla, sacudiendo la cabeza porque es cualquier cosa menos eso—. Realmente sabes cómo hacer que una chica pase un buen rato.

Kamilla no me quita la taza —supongo que aún no está tan desesperada— ni yo la necesito, así que la vuelvo a dejar en el escritorio. Pero sigue ahí, delante de nosotros, como un recordatorio constante de que es nuestra mejor opción para hacer nuestras necesidades en algún momento de las próximas horas si lo necesitamos.

—Venga, vamos a intentar descansar —digo, con la esperanza de que el sueño pueda hacer todo esto un poco más tolerable—. Solo tenemos que llegar a la mañana y esto habrá terminado.

—No estoy segura de que vaya a ser así —responde Kamilla, no compartiendo mi optimismo.

—¿Por qué dices eso?

—Piensa en ello. Lo que tu mujer ha hecho aquí es ilegal. Quiero decir, lo que hemos hecho es moralmente incorrecto, pero lo que ella nos ha hecho es un acto criminal. Nos mantiene prisioneros contra nuestra voluntad. Debería ser arrestada por esto, y lo será cuando salga de aquí y le cuente a la policía lo que nos ha hecho.

—Eh, espera, no hay necesidad de meter a la policía en esto.

De repente, mi insensato acto de adulterio podría no solo preocupar a la familia y los amigos, sino también a los legisladores y las fuerzas de la ley locales. No, gracias.

—A eso me refiero —continúa Kamilla—. Grace debe saber que estaría tentada de denunciarla a las autoridades por esto. ¿Y si ella nos mantiene aquí para que eso no pueda suceder?

—No puede hacernos desaparecer a los dos sin una explicación, ¿verdad? Soy su marido. La gente haría preguntas sobre mí si desapareciera. Tiene que dejarme salir.

—Vale, tiene que dejarte salir. Pero ¿qué pasa conmigo? Nadie sabe que he estado aquí esta noche.

—Cierto.

—¿Te pondrás de mi parte y no de la suya?

—¡Por supuesto!

—¿De verdad? ¿O harás cualquier cosa para recuperar a tu mujer?

—Haré lo correcto para las dos.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que estoy en una situación muy incómoda, por si no te habías dado cuenta, y que voy a tener que ser muy cuidadoso de cara al futuro. Por supuesto que quiero sacarte de aquí para que puedas irte a casa, pero también tengo que intentar controlar las emociones de mi mujer y no hacer nada que pueda enfadarla más de lo que ya está. Y que saques el tema de la policía no va a ayudar, ¿verdad?

—¡Lo siento si ser retenida contra mi voluntad y que una loca me queme la ropa es suficiente para que quiera ir a la policía!

—Deja de llamarla loca.

—¡No, no lo haré porque eso es lo que ella es! ¡Está loca! ¡Loca, loca, loca!

La luz del escritorio se apaga de repente, junto con el calefactor y cualquier otra cosa que necesite electricidad para mantenerse en marcha, y es como si Grace hubiera reaccionado ante la airada perorata de Kamilla. ¿Es eso? ¿Ha oído mi mujer lo que ha dicho? Creo que todavía está en la casa. A menos que no lo esté. A menos que haya vuelto a salir y haya estado escuchando nuestra conversación todo este tiempo desde el otro lado de la puerta de la cabaña.

—¡Grace! ¿Estás ahí? —grito mientras corro hacia la puerta, y pongo la mano sobre ella, como si tocarla pudiera ayudarme a salvar esta distancia.

Pero no obtengo respuesta, y todo está tranquilo hasta que Kamilla empeora aún más las cosas gritando y llamando a mi mujer con todo tipo de nombres una y otra vez.

Le suplico que se calme y trato de explicarle que esto no va a ayudarnos a salir de aquí, pero, incluso mientras lo hago, empiezo a temer que mi amante tenga razón. Grace está loca. Me explico. Le di un poco de margen por habernos pillado in fraganti. El cierre de la puerta e incluso la quema de la ropa podrían haber sido actos impulsivos. Un crimen pasional, como tal. Pero esto ya dura demasiado, y cortar el suministro eléctrico a la cabaña es la gota que colma el vaso. Esto va más allá de ser un pequeño castigo para dos personas que han hecho algo que no debían.

Ahora que nos ha dejado sin calefactor, esto empieza a ponerse peligroso.

Empieza a ser una amenaza para la vida.

No me extraña que Kamilla esté hablando de la policía. Sin duda, estarían interesados en saber lo que Grace ha estado haciendo aquí esta noche. Pero no pueden enterarse porque aún no ha terminado, y no sabemos cuándo terminará.

¿Cómo acabará esto?

No tengo ni idea.

Solo sé cómo empezó todo.

10

DOMINIC

LA REUNIÓN

No había planeado salir esta noche. Iba a terminar de trabajar, volver a casa, comer algo y acostarme temprano. Pero uno de mis colegas me recordó, con razón, que tenía treinta años, no noventa, y que debería preocuparme menos por mi sueño reparador y más por pasármelo bien mientras aún soy joven. O, al menos, esa es la excusa que esgrimo mientras permanezco junto a esta barra en un concurrido local del centro de la ciudad.

La verdad es que nunca he necesitado mucha persuasión para abandonar una noche de descanso y recuperación en favor de la fiesta con los amigos, por lo que no es ninguna sorpresa para mí mismo o para cualquiera que me conozca que ahora esté fuera hasta tarde, bebiendo mucho más de lo que debería en la noche de un día laborable, habiendo abandonado hace tiempo el pensamiento de mi cama y los beneficios que ocho horas ininterrumpidas de sueño podrían hacer por mí mañana.

Mientras estoy aquí y pido otra copa con varios de mis compañeros de trabajo charlando ruidosamente a mi alrededor, soy consciente de que hay otra razón por la que no me apresuré a decir que no a la oferta de compañía de esta noche. Porque, si no lo hubiera hecho, ahora estaría solo, de vuelta en mi «piso de soltero», el lugar en el que vivo solo desde que terminó mi última relación hace dos años y donde he pasado demasiadas noches preguntándome si alguna vez encontraría a la mujer adecuada y sentaría la cabeza.

No me compadezco demasiado de mí mismo porque, a pesar de mi

inexistente vida amorosa de los últimos tiempos, todo lo demás está en orden. Tengo un buen trabajo, buena salud y buenos amigos. Sé que tengo suerte de tener esas cosas y no las doy por sentadas. Pero me falta esa persona especial que venga y lleve mi vida al siguiente nivel. Romance. Pasión. Amor. No lo admito ante mis amigos porque me llamarían blando y sensiblero, pero la verdad es que nada me gustaría más que conocer a una mujer que pudiera darme todas esas cosas, y por eso he estado atento esta noche a cualquiera en este bar que pudiera ser mi futura esposa.

Por desgracia, hasta ahora he tenido poca suerte, aunque puede que se deba sobre todo a que no he hablado con ningún miembro del sexo opuesto desde que estoy aquí. Pero la noche aún es joven. Solo son las nueve, y una copa más debería darme el coraje suficiente para acercarme al menos a una de las encantadoras damas de este lugar.

Resulta que me paso casi toda la hora siguiente charlando con uno de mis amigos del trabajo sobre lo estupendo que sería que tuviéramos unas vacaciones anuales más generosas en lugar de esforzarme por encontrar el amor. Se está haciendo tarde, el tiempo apremia y no estoy contribuyendo a acabar con mi soltería.

Parece que me iré a casa solo.

Otra vez.

Para cuando salgo del bar, mi ánimo está por los suelos, pero, sorprendentemente, allí es donde encuentro a alguien que muy pronto cambiaría el curso de mi vida para siempre, aunque yo no lo supiera en ese momento. Hay una mujer sentada sola en el borde de la acera fuera del bar. Lleva un vestido negro y tacones, y parece que ha salido a pasárselo bien esta noche, igual que yo. Pero, también como yo, no parece que lo haya logrado porque, a pesar del ruido del bar que tenemos detrás y de los motores de los coches que pasan por la calle de delante, el sonido que oigo es esclarecedor.

Esta mujer está llorando.

Intentando ser más un caballero que una especie de seductor, me acerco a ella para comprobar su bienestar.

—¿Estás bien? —le pregunto, mientras me coloco torpemente a su

lado y me asomo un poco sobre ella, pero no tengo otra opción, teniendo en cuenta que está sentada en el suelo.

La mujer me mira con lágrimas en los ojos y el rímel corriéndole por las mejillas, y si hay una imagen más triste en el mundo que esta en este momento, me sorprendería. Pero no hace ningún intento por disimular su angustia y, si acaso, empieza a alterarse aún más con mi pregunta.

—Lo siento. Solo quería ver si había algo que pudiera hacer para ayudar —digo, preguntándome qué puede haber pasado para que esta pobre persona haya pasado tan mala noche. ¿Habrá discutido con su novio? ¿Le han dado plantón? ¿O tan solo ha bebido demasiado y se ha emocionado por una tontería? No lo sé, pero me gustaría saberlo. Me gustaría ayudarla si puedo, y le repito ese deseo después de que no me responda la primera vez.

—Estoy bien —acaba diciéndome, pero posiblemente sea el uso más incorrecto que haya hecho una persona de esa afirmación, porque sigue sollozando y el rímel sigue corriendo por sus mejillas.

—Bueno, si no vas a decirme qué te pasa, voy a tener que sentarme aquí a tu lado y hacerte compañía con mis malas dotes de conversador hasta que lo hagas.

Me siento en el borde de la acera a su lado, no dispuesto a dejarla aquí sola en este estado porque no solo es inseguro, sino que sé que no estaría haciendo lo correcto al alejarme de alguien que está claro que necesita un hombro sobre el que llorar.

—No tienes por qué ser amable conmigo —me dice, intentando secarse las lágrimas, pero solo consigue que se le corra aún más el rímel.

Y, a pesar de su aspecto desaliñado, cuanto peor está, más simpática me resulta. Desde luego, es diferente a todas las demás mujeres que hay aquí esta noche, con su maquillaje impoluto y sin un solo pelo fuera de su sitio en la cabeza. Esta mujer es más real, más natural. Más honesta. La vida no es perfecta, y en lugar de que todo el mundo aquí pretenda que lo es, parece que he encontrado a alguien que está dispuesta a admitir la verdad. La verdad de que, a pesar de la cara valiente que ponemos cada día, todos necesitamos a alguien, pero no

siempre podemos encontrarlo.

—Tienes razón. No tengo por qué ser amable contigo —digo con una sonrisa—. Pero ¿de qué otra forma voy a conseguir que me invites a una copa en ese bar si antes no intento charlar un poco contigo?

La mujer suelta una carcajada y, por primera vez desde que la vi, veo que tiene una bonita sonrisa. Ahora mi objetivo es intentar que esa sonrisa sea más permanente y ayudarla a olvidar sus problemas, sean los que sean, y lo hago contándole todo sobre mi noche o, mejor dicho, sobre cómo a mí tampoco me ha ido según lo previsto.

—Se supone que ahora debería estar en la cama para llegar fresco al trabajo mañana. Pero, en lugar de eso, me he pasado las últimas horas bebiendo demasiada cerveza y haciendo algunos movimientos muy poco aconsejables en la pista de baile, y por eso, a pesar de mis mejores esfuerzos, sigo soltero. Y ahora tendré que intentar disimular la resaca ante mi jefe mañana, lo que no será fácil porque tengo las peores resacas del mundo. Y si crees que exagero, te invito a que vengas a visitarme a mi oficina por la mañana y lo compruebes por ti misma. Yo seré el que estará con la cabeza gacha sobre el escritorio a las nueve de la mañana, rodeado de bebidas gaseosas, tentempiés azucarados y un profundo sentimiento de arrepentimiento.

La mujer vuelve a reírse y ya ha dejado de llorar, así que aprovecho para presentarme y, con un poco de suerte, sonsacarle su nombre.

—Soy Dominic —digo, mientras extiendo mi mano hacia ella—. ¿Y tú eres?

—Grace.

—Encantado de conocerte, Grace. Tengo que decir que puede que seas la primera persona que conozco sentada a un lado de la carretera fuera de un bar.

—¿En serio? Apuesto a que conoces chicas así todo el tiempo.

Tomo su burla como una buena señal y me río antes de volver a abordar con suavidad el tema de su angustia. Y esta vez se muestra más receptiva a contarme lo que le pasa.

—Hoy es mi cumpleaños —me dice Grace, lo que no me parece un problema evidente.

—¡Feliz cumpleaños!

—No, no lo es.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—Te daré una pista. Llevo fuera desde las siete; ahora son casi las once, y eres la primera persona que me habla en toda la noche.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he pasado mi noche de cumpleaños sola. Nadie quería celebrarlo conmigo. Ni mis compañeros de trabajo. Ni los pocos amigos que tengo, a los que pedí quedar para tomar algo. Y ni siquiera mi madre. No me ha abierto la puerta cuando he ido a verla hoy.

No sé qué decir a todo eso, excepto que suena terrible. No puedo imaginarme a mi familia y amigos tratándome con tanta indiferencia el día de mi cumpleaños. Sin duda, eso explica por qué Grace está tan molesta.

—Lo siento mucho. Suena horrible. Pero estoy aquí, así que ¿qué tal si te invito a una copa de cumpleaños? Quiero decir, sé que soy solo un extraño, pero ¿no lo somos todos hasta que llegamos a conocernos?

—¿Harías eso por mí?

Grace parece genuinamente sorprendida de que alguien sea amable con ella, lo que solo hace que quiera animarla aún más.

—¿Estás de broma? Claro que sí. Venga, entremos y echemos un vistazo a la carta de cócteles.

—Creía que mañana tenías trabajo.

—Sí, pero hay cosas más importantes que eso, y celebrar un cumpleaños es una de ellas.

—Pero si ni siquiera me conoces.

—Sí te conozco. Sé que te llamas Grace. Sé que tienes una sonrisa muy bonita. Y también sé que acabas de cumplir veintiún años, aunque no que aparentas más de veinte.

Grace estalla entonces en carcajadas, que era mi intención con esa broma sobre su edad.

—No seas tonto, sabes que no tengo veintiuno.

—Quizá no, pero un hombre no puede preguntarle a una mujer su edad, ¿verdad?

—No me importa decírtelo. Hoy cumplo treinta años.

El hecho de que además de ser su cumpleaños también cambie de década solo hace que lo que ha vivido hoy sea aún más trágico, pero, mientras aún quede una hora del día, estoy a tiempo de darle la vuelta a la situación. No estoy pensando en tratar de acostarme con ella más tarde o tal vez hacerla mi novia un día, y mucho menos, en arrodillarme en el futuro y hacerle la pregunta una vez que esté abrumado por el amor y la felicidad. Lo único que pienso en este momento es en animarla.

Y, sorprendentemente, funciona. Grace sigue sonriendo el resto de la noche mientras bebemos, bailamos y, al final, nos besamos.

Y así fue como empezó todo.

El comienzo de nuestro romance.

El comienzo de nuestra relación.

En aquel entonces no había forma de que yo supiera cómo acabaría.

11

GRACE

Sé que desconectar la electricidad de la cabaña fue una medida dura, pero, después de intentar dormirme sin éxito, fue lo único que se me ocurrió hacer para darme un poco de felicidad. Había pasado demasiado tiempo tumbada en la cama pensando en Dominic y esa mujer al fondo del jardín y preguntándome si el calor del calefactor de la cabaña les estaba poniendo las cosas demasiado cómodas. O tal vez fue la idea de que ambos estuvieran allí, desnudos y acalorados, lo que me llevó a cortar la luz y hacer que el ambiente estuviera un poco menos caliente.

Vale, puede que hacerles pasar frío no sea la mejor manera de mantenerlos separados, porque bien podrían acurrucarse juntos para coger algo del calor corporal del otro ahora, pero prefiero que estén tiritando a que estén sudando. Y sé a ciencia cierta que el cuerpo masculino, o al menos ciertas partes de él, no tiende a funcionar tan bien con el frío en comparación con el calor.

Pensar en Dominic en la cabaña, cubriendo su pudor mientras tiembla y se estremece, es divertido, pero la diversión empezó a desaparecer a medida que avanzaba la noche y me resultaba imposible descansar. Lo intenté todo, desde tomar una taza de manzanilla hasta escuchar una aplicación que reproduce canciones relajantes, pero nada funcionó. Dormir es imposible, y quizá lo sea mientras tenga a esa pareja encerrada.

La oscuridad de la noche nunca es un buen momento para hacer examen de conciencia, porque todo parece muy sombrío cuando el cielo está oscuro y las calles tranquilas. Es mejor hacerlo de día, cuando la vida no da tanto miedo. O silenciosa. El silencio en esta casa es casi ensordecedor, y por eso decido levantarme y hacer un

poco de ruido, optando por darme una ducha y distraerme con los torrentes de agua caliente que golpean mis oídos, al menos durante unos minutos.

Esta es una ducha en la que Dominic y yo hemos hecho el amor en el pasado, aunque no desde hace muchos años. Eso es más culpa mía que suya, porque él aún me lo sugería en alguna ocasión, pero yo siempre lo rechazaba, riéndome de la idea como si fuéramos demasiado mayores para plantearnos algo así. Pero ¿lo somos? ¿O es que he dejado de aprender a divertirme?

—No —me digo en voz alta, mientras el agua caliente sigue recorriendo mi piel y desapareciendo por el desagüe junto a mis pies.

No es culpa mía. Puede que mi cerebro quiera sugerir todo tipo de formas en las que he arrojado a mi marido a los brazos de otra persona, pero que yo no quiera tener sexo con él en la ducha no es una de ellas. No es irrazonable que quiera mantener la intimidad en el dormitorio. Y no es irrazonable que quiera que mi marido se la guarde en los pantalones cuando yo no esté.

Me pregunto si le habrá dicho a su otra mujer que es más aventurera que yo. Puede que incluso lo usase como excusa: «Mi mujer solía ser muy divertida, pero me engañó. Cambió, y ahora me veo obligado a divertirme en otra parte. Si me dejara hacer lo que quiero, esto no habría pasado. Por lo tanto, no puede ser culpa mía, ¿verdad?».

No me extrañaría que dijera esas cosas ahora que sé lo que es capaz de hacer.

Sienta bien lavarse, aunque hay cosas que el jabón no puede quitar, y la idea de que estoy reteniendo a dos personas contra su voluntad es una de ellas. Apuesto a que a Dominic y a esa mujer les encantaría una ducha ahora mismo. También les gustaría tener ropa limpia y una cama cómoda. Pero no van a tener nada de eso. Los presos de Alcatraz no sufrían tantas privaciones, pero ellos solo violaban la ley. La pareja de la cabaña ha roto algo mucho peor, algo que puede que nunca vuelva a repararse. Han roto mi corazón, así como mi capacidad de confiar en otro ser humano. Eso no es legalmente un delito, pero debería serlo. Si puede haber penas por asesinato o robo a mano armada, debería haber un castigo asignado a las traiciones en las

relaciones, porque pueden ser tan devastadoras como cualquier acto de violencia física que acabe en derramamiento de sangre.

Permanezco en la ducha demasiado tiempo —la factura del agua no es una de mis mayores preocupaciones en este momento— antes de salir y envolverme en una toalla caliente. Me pongo un pijama limpio y me seco el pelo con rapidez antes de prepararme otra taza de té y consultar el reloj de la cocina.

04:05.

Aún faltan un par de horas para que amanezca. ¿Debería volver a la cama e intentar descansar un poco? No, ya sé que es inútil. Las imágenes de esa mujer con sus manos sobre mi hombre están grabadas en mi cerebro y lo estarán durante algún tiempo. Es entonces cuando me arrepiento de haber quemado todo lo que encontré aquí que le pertenecía, no solo su ropa, sino también su bolso con la cartera y el teléfono dentro. ¿Por qué me precipité? Podría haber aprendido mucho sobre ella si hubiera conservado la cabeza fría y me hubiera tomado el tiempo de buscar. Pero la ira se impuso a todo pensamiento racional y quemé todo lo que esa mujer poseía, por muy útil que me hubiera sido o por muy caro que le hubiera resultado.

Pero ¿de verdad importa cómo se llama? Los detalles no son importantes. El hecho es que es otra forma femenina, una figura sin nombre que ha entrado en mi casa y ha puesto mi vida patas arriba. Averiguar si se llama Kathy, Sue o Sarah no me importa mucho en este momento. Y, dependiendo de cuánto tiempo la tenga encerrada en esa cabaña, puede que llegue a averiguar su nombre de todos modos.

El informe de personas desaparecidas de la policía seguramente lo incluirá.

Que existiera algo así significaría que la había tenido encerrada en esa cabaña durante mucho tiempo, porque no se denuncia la desaparición de la gente con rapidez. Tiene que pasar tiempo, al menos el suficiente para que se note que algo va mal. Al menos veinticuatro horas, pero, dependiendo del caso, podrían pasar más antes de que la policía se interese lo suficiente como para investigar. Menos tiempo para una persona vulnerable como un niño, pero más para un adulto

responsable.

Dudo que aún estemos cerca de que alguien se ponga en contacto con la policía, a menos que esa mujer tenga una pareja esperándola en casa, algún pobre diablo que fue tan ingenuo como yo en cuanto a la persona con la que eligió tener una relación. Si la tiene, será él quien denuncie su desaparición, pero no si está soltera. Si lo está, podría ser un amigo o un compañero de trabajo quien acuda a la policía, pero eso podría llevar días. Cuántos compromisos tenga en las próximas setenta y dos horas determinará cuánto tardará alguien en darse cuenta de que no aparece.

Pero ¿y si no tiene planes para los próximos días? ¿Y si es una solitaria que ha roto con sus costumbres para estar con mi marido? ¿Y si nadie la echara de menos?

Ese pensamiento es bastante delicioso porque significaría que podría tenerla encerrada durante mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo? Lo bastante para hacerla pensar que nunca podría salir sería suficiente.

Supongo que esto era inevitable. La decisión de hacer que esto durara más de una noche. Intenté convencerme de que solo estaba actuando por rabia y que los dejaría salir después de unas horas, una vez que me hubiera calmado un poco. Pero ese no es mi camino, y lo sé.

Eso es porque no es la primera vez que encierro a dos personas.

Desde luego, no es la primera vez que encierro a dos tramposos.

Tengo historia cuando se trata de esto. Esa mujer que está en mi jardín trasero no lo sabe —y Dominic tampoco—, pero yo sí. Sé lo que se siente al girar una llave en una cerradura y tomar el control de la vida de otra persona. Los sentimientos de poder, control y satisfacción. Y los sentimientos de culpa, miedo y arrepentimiento. Aunque en realidad solo aparecen después, así que no me pararé a pensar en ellos por ahora.

Mi primer instinto fue cerrar esa puerta cuando les pillé anoche, igual que fue mi primer instinto la última vez que pillé a alguien haciendo algo malo.

De eso hace ya muchos años, pero es algo en lo que pienso todos los

días.

¿Cómo puedo olvidarlo?

Fue el momento en el que perdí la inocencia.

Fue el momento en el que me convertí en culpable para siempre.

12

GRACE

DIEZ AÑOS

¿Por qué tienen que meterse conmigo? Hay muchas chicas en este colegio. ¿Por qué soy la única de la que se burlan y a la que empujan por los pasillos?

No es justo. Lleva ocurriendo demasiado tiempo. Se lo he contado a mis padres y a mis profesores, pero nada ha cambiado. Mis profesores dijeron que hablarían con los acosadores, pero parece que no ha funcionado. Mamá me ha dicho que intente ignorarlos y que sea fuerte hasta que se solucione, pero tampoco ha funcionado. Y papá me ha instado a que me defienda y me pelee si siguen siendo malos conmigo, pero yo no soy así.

Solo quiero que me dejen en paz.

Pero siento que la única manera de poder estar sola es si me voy de aquí.

He pasado mucho tiempo soñando despierta con escaparme del colegio y huir a algún sitio donde las chicas malas de mi clase no puedan insultarme ni hacerme la zancadilla. La mayoría de mis ensoñaciones consisten en escaparme a un parque o a un patio de recreo donde nadie me conozca y pueda relajarme sin preocuparme de que alguien intente molestarme. Pero todos mis sueños terminan con alguien que me atrapa y me arrastra de vuelta al colegio, y entonces me meto en problemas con mis profesores y mis padres, poniéndome en una situación aún peor de la que estaba antes.

No quiero meterme en líos y por eso aún no he intentado escaparme del colegio. Pero no quiero que me sigan acosando, y por eso sigo imaginando cómo sería escapar de mi clase. Y ese es el motivo por el que, después de otro horrible encuentro con mis acosadores en el pasillo antes de la última clase antes de la hora de comer, decido ir a por todas.

Voy a escaparme de la escuela.

Y sé a dónde ir para que no me pillen.

No puedo volver a casa porque es demasiado arriesgado. Podría verme algún vecino, o uno de mis padres podría salir antes del trabajo y pillarme. Tampoco tengo llave, así que no puedo entrar. Me quedaría en el jardín trasero, y eso no estaría bien. Tampoco puedo ir a la ciudad porque sé que a otros chicos de mi colegio les han pillado antes cuando se han escapado porque sus uniformes les han delatado. Pero hay un sitio al que podría ir. Es un sitio muy tranquilo, lejos de otros adultos, y lo mejor de todo es que sé dónde está la llave para entrar.

Mi padre tiene un pequeño cobertizo junto a un lago donde le gusta ir a pescar los fines de semana. Creo que él lo llama huerto o algo así, pero yo no uso esa palabra porque no sé decirla bien. Así que lo llamo cobertizo. Es como el de nuestro jardín trasero, pero un poco más grande. No hay mucho dentro. Solo algunas cañas de pescar y algunos cubos de bichos que papá dice que necesita porque así atrae a los peces. No me gusta pescar. Creo que es muy aburrido. Pero me gusta ese cobertizo. Me gusta lo silencioso que es.

Nunca hay nadie más.

Ya he estado tres veces con papá, y nunca hemos visto a nadie más en todo ese tiempo. Creo que por eso a papá también le gusta. Dice que va allí para alejarse de todo, signifique eso lo que signifique. Una vez le pregunté si quería alejarse de mí, pero se rio y dijo que no. Luego le pregunté si quería alejarse de mamá, pero no dijo que no tan rápido.

Después me dijo que le prometiera que no le contaría a mamá lo del cobertizo.

Papá dice que el cobertizo es un secreto para mamá porque no quiere que sepa cuánto dinero pagó por él. Pero me contó el secreto porque

creo que quería animarme cuando me encontró llorando en mi habitación una noche que estaba disgustada por los acosadores. Me dijo que tenía que mantenerme fuerte y que, si lo hacía, me llevaría a un sitio guay, a un lugar que nadie más conocía. Sonaba muy emocionante, así que dejé de llorar y entonces me lo contó todo sobre el lugar secreto.

Fuimos allí el fin de semana siguiente. Papá le dijo a mamá que me iba a llevar al parque, pero en vez de eso me llevó al cobertizo. La primera vez que lo vi, me sentí un poco decepcionada porque no había caramelos ni columpios para jugar, pero estaba contenta de estar con papá y a él parecía encantarle el cobertizo. Me lo enseñó, pero no tardó mucho. Luego puso dos sillitas de camping fuera, junto al agua, y me dijo que me sentara a su lado antes de enseñarme cómo intentaba pescar.

Lo vi poner uno de esos bichos espeluznantes en el anzuelo de su caña de pescar antes de que desapareciera en el agua. Luego nos quedamos sentados esperando durante siglos a que pasara algo. Papá decía que a veces nunca pasaba nada, lo cual sonaba aburrido, pero ese día sí pasó, y me quedé asombrada cuando levantó la caña de pescar y vi un pez aleteando en el otro extremo.

Le pregunté qué iba a hacer con él y me dijo que iba a devolverlo al agua porque era lo que hacía siempre. Me alegré porque no quería que el pez muriera y, mientras se alejaba nadando, me pregunté qué les diría a todos sus amigos cuando volviera con ellos. Recuerdo que me pregunté si el pez tendría más amigos que yo. Pero yo no necesitaba amigos porque tenía a papá, que parecía muy contento con aquel pez, y yo me alegré por él.

Fue un día muy agradable, y he disfrutado las otras dos veces que he estado en ese cobertizo. Es agradable sentarse con papá y tener un secreto con él. Yo también tengo secretos con mamá, como cuando me da galletas de más después de cenar, así que es bueno que ahora tenga los mismos secretos con los dos.

He decidido que hoy voy a ir al cobertizo. No habrá nadie, y puedo usar la llave que hay bajo la maceta detrás del cobertizo para abrir la puerta y entrar. Apuesto a que podría quedarme allí toda la tarde y nadie me encontraría.

Papá dice que le gusta el cobertizo porque es una vía de escape.

Ahora va a ser mi escape.

Salgo a hurtadillas del colegio a la hora de comer. Es bastante fácil porque los demás niños están ocupados jugando y todos los profesores están de pie hablando, y nadie se da cuenta de que camino por el lateral del edificio hasta que me pierdo de vista. Ya solo tengo que saltar la verja y estoy fuera. La verja es bastante alta y me da miedo cuando estoy encima, pero mantengo la calma y consigo pasar. Me araño la pierna con uno de los bordes afilados, pero no lloro porque soy fuerte, como me dijo papá.

Ahora estoy fuera, y ya me siento mucho mejor solo por estar lejos de la escuela. Empiezo a correr calle abajo, esperando que no me vea nadie, antes de dejar la calle y correr por el parque, escabulléndome entre los árboles y los arbustos hasta llegar al gran campo en el que antes había vacas, pero ya no. Mamá y papá dijeron que el granjero había vendido las vacas, y eso me entristeció en su momento, pero ahora no estoy triste porque es más fácil atravesar el campo sin tener que estar pendiente de todos esos animales.

Veo a lo lejos los tejados de las casas de la urbanización. Es donde está mi casa, pero no voy a ir allí ahora. Cojo la dirección contraria, atravesando el campo hasta llegar al pequeño arroyo que conduce al lago. Corro por el puente que cruza el arroyo y oigo cómo mis pies pisan con fuerza el suelo de madera antes de ver el lago más adelante.

Es un día soleado y hay muchas moscas zumbando cerca del agua. Pero aquí no hay gente, y eso es bueno. Paso por delante de otros dos cobertizos de camino al de papá; siempre han estado vacíos cuando he estado aquí antes y ahora también lo están. El cobertizo de papá está al otro lado del lago, el más alejado del puente, y es el único que no se ve desde este lado del agua porque está protegido por unos arbustos. Eso lo convierte en un escondite perfecto y, a medida que me acerco, me entusiasma ser una de las pocas personas del pueblo que conoce este lugar. Seguro que a papá también le gusta por eso. Aquí no viene nadie más que nosotros.

Es nuestro secreto. Me lo contó para que me olvidara de los acosadores. Y ahora que estoy aquí sola, ha funcionado. Ahora no me

importan los acosadores porque no pueden atraparme aquí. Nadie puede. Tengo este lugar para mí sola.

Y entonces veo que la puerta del cobertizo está abierta.

Dejo de correr cuando me doy cuenta de que debe haber alguien dentro. ¿Quién será? ¿Papá? Tiene que ser él, porque es la única persona que vendría aquí. Pero no debería estar aquí ahora, sino trabajando. ¿Qué está haciendo? ¿Ha venido para pescar? Puede ser. Pero, si es así, no puedo dejar que me vea, porque sabrá que me he escapado de la escuela y me meteré en problemas.

¿Qué hago?

No puedo creer mi mala suerte. Ahora tengo que cambiar de plan. Tendré que ir a otro sitio. Pero ¿a dónde? No tengo ni idea, así que me escondo detrás de uno de los arbustos que hay junto al cobertizo mientras me lo pienso. Es en ese momento cuando oigo una voz dentro del cobertizo. Pero no es la de papá. Es la de otra persona. La voz de una mujer.

¿Es mamá?

No lo creo. No suena como ella.

¿Quién es?

Ahora me preocupa que alguien haya entrado en el cobertizo de papá e intente robarle todas sus cosas, así que decido acercarme sigilosamente a la puerta y espiar para comprobarlo.

Vuelvo a oír la voz de la mujer cuando me acerco a la puerta y entonces se ríe. ¿Se ríe porque cree que aquí no la van a pillar? Si es así, se equivoca, porque voy a pillarla ahora mismo y luego le diré a papá que en su cobertizo había alguien que no debía estar allí. Así no estará enfadado conmigo por dejar la escuela. Se alegrará de que estuviera aquí para atrapar a la otra persona.

Y de pronto oigo también la voz de papá.

Está aquí.

¿Qué está haciendo? ¿Y con quién está?

Llego a la puerta y veo que la llave está en la cerradura. Es la llave que debería haber encontrado debajo de la maceta, pero ya la habían usado antes de que yo llegara. Y, cuando miro dentro, veo por qué.

Papá está dentro del cobertizo.

Está besando a una mujer.

Una mujer que no es mamá.

Ninguno de los dos me ha visto junto a la puerta, y sigo observándolos para ver qué pasa, pero no dejan de besarse, así que al final tengo que hacer algo.

—¿Papá?

Ambos se detienen y me ven en el umbral de la puerta, y cuando lo hacen, los dos parecen asustados, como si acabara de pillarlos y no al revés. Soy yo quien ha salido antes del colegio. Entonces, ¿por qué los adultos están más nerviosos que yo?

—¡Grace! ¿Qué haces aquí? —grita papá.

Y de repente parece enfadado, lo que me da miedo. Por eso cierro de golpe la puerta del cobertizo antes de que pueda llegar hasta mí. No quiero meterme en problemas por esto.

Para asegurarme, giro la llave en la cerradura.

Papá y esa mujer están atrapados en el cobertizo ahora.

Podría abrir la puerta o dejarla cerrada.

Pero, haga lo que haga, creo que voy a tener problemas.

13

DOMINIC

Tengo mucho frío. Kamilla también. La veo temblar ligeramente mientras se sienta a mi lado, ambos de espaldas al calefactor, intentando absorber la última pizca de calor que pueda estar irradiando. Pero es una tarea inútil, porque hace más de una hora que se ha ido la luz en esta cabaña y el calefactor está frío al tacto, lo que significa que estamos perdiendo el tiempo sentados tan cerca de él. Aunque seguimos intentándolo, igual que yo sigo probando el pomo de la puerta de vez en cuando, además de llamar al exterior para ver si mi mujer está allí y si podría estar dispuesta a dejarnos salir.

De momento, no ha habido suerte.

Grace debe saber el frío que tenemos y aun así sigue atormentándonos, y por eso ahora empiezo a tener dificultades para decirle a Kamilla que se calle cuando llama loca a mi mujer. Esto está llegando al punto en que es indefendible desde la perspectiva de Grace. Mantenernos aquí toda la noche pasando frío está mucho más allá de lo que podría considerarse una respuesta apropiada a pillar a tu pareja engañándote. Sin embargo, esta pesadilla continúa, y mientras veo la primera luz del amanecer en el horizonte, me cuesta creer que estemos entrando en un nuevo día y que sigamos atrapados en esta cabaña al fondo del jardín.

Kamilla ha dejado de protestar por ahora, aunque eso es solo porque cerró los ojos hace media hora en un intento de dormir un poco. No estoy seguro de que haya conseguido dormirse del todo todavía, pero se ha negado obstinadamente a abrir los ojos, al igual que mi mujer se ha negado obstinadamente a permitir que este punto muerto nuestro termine. Pero, con cada vez más luz solar apareciendo, esto tiene que terminar pronto. Por toda la locura de las últimas horas en nuestras

vidas privadas, la normalidad mundana debe reanudarse. Kamilla, Grace y yo tenemos trabajos a los que ir. Es viernes, y debemos estar en nuestros puestos de trabajo a las nueve como muy tarde, enviando correos electrónicos, contestando llamadas telefónicas y haciendo cualquier otra cosa que tengamos que hacer hoy para seguir ganándonos la vida.

Todo eso significa que Grace no puede retenernos aquí mucho más tiempo. Tendrá que salir pronto para ir a su oficina, y no lo hará sin antes abrir esta cabaña y dejarnos salir. Lo difícil será convencer a Kamilla de que vaya a su oficina y no a la comisaría, pero espero poder hacerlo.

Esperemos que, a pesar de cómo ha empezado, este pueda acabar siendo un viernes bastante normal después de todo.

Pienso en cerrar los ojos e intentar descansar un poco también, y los párpados me pesan lo suficiente como para creer que dormir podría ser una posibilidad, pero no lo hago. El resplandor de la ventana es cada vez más claro, así que decido levantarme y echar otro vistazo al exterior, ahora que puedo ver mucho más que hace unas horas. Cuando me asomo, veo la pila quemada en medio del jardín.

Pero también veo a mi mujer.

Lo está limpiando.

Voy a golpear el cristal, pero me detengo porque despertaré a Kamilla si lo hago y no quiero que empiece a gritar otra vez. Esa vacilación me permite dedicar un momento más a observar a mi mujer mientras trabaja y, al hacerlo, veo con qué calma y precisión se mueve mientras echa el montón de cenizas en el cubo de la basura del jardín. Sorprendentemente, sus movimientos no son los movimientos apresurados y frenéticos de una mujer en guerra consigo misma, con su marido y su amante y con la realidad de lo que ha hecho. Por el contrario, son los movimientos de alguien que controla la situación. Si no la conociera, diría que solo está tachando otro trabajo de su lista de tareas pendientes de hoy:

Poner unos cuantos platos sucios en el lavavajillas.

Hacer una lista rápida de la compra para ir luego al supermercado.

Limpiar las cenizas de la pila de cosas que quemé en mitad de la noche.

Prepararme para otro día de trabajo.

Oh, y en algún momento de hoy, probablemente debería dejar salir a mis prisioneros de esa cabaña.

Es inquietante ver a Grace comportarse así. Está muy segura, actuando como si esto no fuera lo más salvaje que ha hecho en su vida. Pero por supuesto que lo es. He estado casado con ella durante muchos años, sé todo lo que hay que saber sobre ella. Claro que puede ser un poco impulsiva y testaruda y enfadarse de vez en cuando, pero dime qué mujer no muestra esos rasgos y emociones de vez en cuando. Y sé que tuvo una educación un poco problemática y que todavía no se habla con su madre, pero no todas las familias son perfectas. La mía desde luego no lo es.

Ahora quiero hablar con mi mujer, hacerla entrar en razón, intentar encontrar algo de esa mujer que conozco y amo y que estoy seguro de que sigue dentro de ella en alguna parte. Pero no quiero que haya distracciones cuando lo haga. Necesito que Kamilla siga durmiendo para que no se interponga en mi intento de comunicarme con mi mujer. No podré hacerlo golpeando esta ventana o gritando a través de la puerta. Pero ¿y si hay otra manera de comunicarme con Grace?

Una forma más discreta.

Como escribirle una nota.

Tengo papel y bolígrafo en la mesa, así que decido usarlos para poner fin a esta pesadilla. Le escribiré una nota a Grace en la que le pediré disculpas, le expresaré mis arrepentimientos y le prometeré que seré un mejor marido en el futuro, y que podrá leer en silencio, con calma y sin interferencias de Kamilla.

Eso funcionará, ¿no?

Una vez escrita, podría meterla por debajo de la puerta y Grace podría

cogerla y leerla. Ahora no necesito suplicar en voz alta ni golpear nada, porque está claro que eso no me lleva a ninguna parte. La sutileza es el camino a seguir para mí hoy, y con ese plan de ataque decidido, me siento en la silla y empiezo a escribir.

Querida Grace:

Siento mucho por lo que te he hecho pasar. No te mereces nada de esto, y aunque es obvio, te recordaré de nuevo que nada de esto es culpa tuya. Yo soy el idiota aquí. Yo soy el que ha metido la pata. Y yo soy el que merece ser castigado.

Entiendo perfectamente que estés enfadada y disgustada, y tienes todo el derecho a no querer estar cerca de mí en este momento, así que siéntete libre de echarme de casa. Te daré todo el tiempo que necesites antes de que puedas considerar la idea de dejarme intentar explicarme contigo en persona. Pero, por favor, intenta ver que mantenernos encerrados aquí no es la solución. Merecemos asco y consternación, pero no encarcelamiento, inanición, deshidratación y una posible hipotermia. Por favor, déjanos salir. Ninguno de los dos quiere un castigo. Solo queremos ir al baño, ir a trabajar, sentirnos seguros de nuevo. Pero eso no puede suceder a menos que abras esta puerta. Así que por favor hazlo, Grace. Por favor.

Y, una vez más, siento lo que he hecho. Si me dejas, pasaré el resto de mi vida intentando compensarte. Pero si no, lo entiendo.

No cambiará lo que siento. Todavía te quiero.

Créeme cuando te lo digo.

Besos,

Dominic

Miro fijamente la nota que acabo de escribir y la releo varias veces para asegurarme de que tiene el tono adecuado. Estoy tentado de editarla y escribir más, o quizá debería escribir menos, pero al cabo de cinco minutos decido que es lo mejor que puedo hacer y dejo el

bolígrafo. Ahora lo único que tengo que hacer es entregarle la nota a mi mujer, así que me acerco a la puerta cerrada y me arrodillo junto a ella.

Doblo cuidadosamente el papel por la mitad y lo deslizo por debajo de la puerta hasta que desaparece de mi vista, antes de acercarme a la ventana para ver si Grace se ha dado cuenta de lo que acabo de hacer. Parece que sí, porque ha dejado de amontonar las cenizas y se dirige hacia la cabaña.

Mi corazón late un poco más deprisa al pensar que por fin podría estar a punto de salir de aquí, y aunque Grace desaparece de mi campo de visión, sé que es solo porque se ha agachado a recoger la nota del suelo. Pronto reaparece, despliega el papel y empieza a leer, y yo espero con paciencia mientras devora cada palabra.

Tarda un poco, y supongo que es porque la está releyendo casi tanto como lo he hecho yo, pero al final termina con ella y baja la nota antes de mirarme a través de la ventana.

Hago mi mejor imitación de un animal herido, con la esperanza de que mis ojos de cachorro y mi expresión apenada añadan más profundidad a la nota y sellen el trato para conseguir que esa llave salga del bolsillo de Grace y entre en la cerradura a la que pertenece. Pero no funciona, porque Grace se da la vuelta y vuelve a la casa, y siento náuseas al verla marchar porque parece que ni siquiera esto ha funcionado y sigue sin haber un final a la vista.

Quiero golpear el cristal y volver a gritar mientras veo a mi mujer volver a entrar en casa, pero no lo hago porque la puerta de la cocina no se cierra tras ella, lo que me da cierta esperanza de que vuelva a aparecer en el jardín de un momento a otro.

Quizá se dejó la llave dentro y ha entrado a buscarla. Podría ser eso. La nota aún podría haber funcionado. Todo esto podría terminar pronto.

Y entonces reaparece Grace, saliendo a grandes zancadas de la casa y dirigiéndose hacia la cabaña, y camina con una determinación que me hace sentir cada vez más seguro de que está a punto de hacer lo que debería haber hecho hace varias horas.

Va a hacer lo correcto.

Llega a la cabaña, todavía con mi nota en la mano, y yo le hago un gesto con la cabeza como para darle el empujón final y que me deje salir. Pero no lo hace. En lugar de eso, vuelve a doblar el papel por la mitad antes de deslizarlo por debajo de la puerta, de regreso al sitio de donde salió.

Miro el trozo de papel en el suelo de la cabaña y no entiendo muy bien por qué me lo ha devuelto, pero, cuando miro fuera, veo a Grace, y esta vez es ella la que asiente.

Tomando eso como una pista de que me ha enviado una nota, cojo el papel y lo despliego, dándome cuenta enseguida de que ha escrito algo en tinta roja justo debajo de las palabras que yo escribí con tanto cuidado en tinta negra hace unos minutos.

Es una declaración breve y sencilla, y no es en absoluto la que yo esperaba recibir. No muestra el tipo de reflexión y la desesperación que transmití en mi propio escrito ni ofrece un camino a seguir como hacía mi mensaje. Por el contrario, es muy directo y deja poco margen a la malinterpretación o a la esperanza:

Todos los hombres sois iguales.

14

GRACE

El amanecer anuncia un nuevo día y con él, la oportunidad de empezar de nuevo. Todos los que presencian este último amanecer tienen la misma oportunidad que los demás y es la de olvidar el ayer y centrarse en las nuevas oportunidades que se avecinan. Todos menos yo, claro, porque no puedo olvidar lo que pasó.

Por eso Dominic y esa mujer siguen en la cabaña.

El pobrecito de mi marido me escribió una nota hace un rato diciéndome cuánto lo sentía en un intento desesperado de que lo dejara salir para poder empezar de nuevo su propio día. Pero estoy bastante segura de que le he hecho saber cuál es su posición en términos inequívocos al responder a esa nota con mi propio mensaje.

Le he dicho que todos los hombres son iguales y, por desgracia, mis nefastas experiencias con el sexo opuesto demuestran que es cierto.

Mi marido es un tramposo.

Igual que mi padre.

¿Por qué no he podido tener un buen hombre en mi vida? ¿Es mucho pedir? Al menos, he podido hacer algo al respecto. Algunos hombres ven a las mujeres como seres débiles, pero yo no tengo nada de débil, y Dominic va a descubrir hoy lo fuerte que soy porque, mientras él permanece en esa cabaña, yo voy a ir a trabajar y a seguir con mi vida en una demostración de fuerza y determinación que seguramente lo dejará preguntándose cómo pudo decidir ponerme a prueba.

Después de pasar la nota por debajo de la puerta de la cabaña, vuelvo a la casa y me visto. La previsión meteorológica dice que hoy hará

bastante calor, así que he optado por una blusa y una falda, nada demasiado revelador, pero algo que me ayude a mantenerme cómoda en este clima templado. Dominic y esa mujer tienen suerte de que solo haga frío por la noche. Pero esa es toda la suerte que van a tener hoy.

Me preparo un café y me lo sirvo en el termo para disfrutarlo de camino a la oficina. Debo estar allí dentro de cuarenta minutos y el trayecto dura treinta, así que tengo algo de tiempo antes de salir de casa. Aprovecho para poner un poco de música que me estimule mentalmente. Nada demasiado pesado para esta hora del día, solo una cancioncilla country que me gusta y que siempre me hace sentir bien. Puede que no haya mucha gente en esta parte del Reino Unido que escuche música hecha en Tennessee, Estados Unidos, pero yo soy una de ellas, y como siempre hace, la canción mejora mi estado de ánimo y me prepara para afrontar el día que me espera.

Para cuando termina de sonar, tengo las llaves del coche en la mano y mi termo caliente en la otra, y mientras llego a la puerta de entrada, solo me detengo a sonreír para mis adentros. Es viernes, un día en el que la mayoría de la gente está contenta porque ya casi llega el fin de semana y puede tomarse un respiro.

Pero el fin de semana no dará tregua a la pareja en el jardín.

Hoy voy a tener que coger el coche de Dominic para ir al trabajo porque el mío sigue aparcado en mi oficina, donde lo dejé ayer antes de asistir al evento de networking. Pero no hay problema, porque seguro que Dominic no va a usarlo hoy.

El aire es agradable y cálido cuando salgo a la calle, y estoy pensando en que podría tener la rara oportunidad de conducir con las ventanillas bajadas cuando oigo un ruido a mi izquierda.

Miro hacia la casa de al lado y veo a mi vecino, Frank, que viene hacia mí. Está atravesando la parcela de césped que separa nuestras propiedades, a pesar de que Dominic le ha pedido amablemente en el pasado que no camine sobre él porque se empieza a apreciar un sendero desgastado, y queda feo. Pero Frank se ha olvidado de esa amable petición o ha decidido ignorarla por completo, porque trota por el césped como si fuera un camino de cemento antes de dedicarme una sonrisa y un saludo con la mano.

—¡Buenos días, vecina! ¿Qué tal?

Me obligo a sonreír porque no estoy demasiado contenta de verlo, y no solo porque en estos momentos tengo a dos personas encerradas al fondo de mi jardín, sino también porque necesito ponerme en marcha si quiero llegar a tiempo al trabajo. Frank siempre ha sido un charlatán y me pregunto cuánto tiempo me va a entretener hoy.

—Buenos días, Frank. Estoy bien, gracias. ¿Y tú cómo estás?

—¡Genial! Se supone que hoy va a hacer bueno. Un suave día de otoño, qué delicia. Todavía hace bastante calor, ¿verdad? No como por la noche. Yo tenía frío, ¿tú no?

Asiento con la cabeza antes de cerrar y echar el pestillo de la puerta principal, con la esperanza de demostrarle a Frank que esta mañana no tengo tiempo para charlas. Pero no capta la indirecta y sigue hablándome de todos modos.

—¿Estás preparada para el fin de semana?

—Sí, por supuesto. ¿Y tú?

—¡Creo que llevo preparado desde el lunes por la tarde!

Se ríe a carcajadas de su propio chiste antes de preguntarme qué tengo planeado para este sábado y domingo.

—No mucho. Solo estar tranquila.

—Me parece bien. Es bueno relajarse al final de la semana, ¿no? Siempre le digo a Maggie que deberíamos tomárnoslo con más calma los fines de semana. Pero ella siempre hace planes. Cenas y copas con amigos y ese tipo de cosas. Es divertido, pero me gustaría descansar de vez en cuando, ¿me entiendes? A veces acabo el fin de semana más agotado que cuando lo empecé.

Genial, ¿de verdad necesito saber esto?

Vuelvo a sonreír, amable, antes de dirigirme a mi coche. Pero Frank no lo deja ahí.

—¿Cómo está Dominic? ¿Tiene planes para este fin de semana?

Me quedo helada a un par de metros de mi vehículo al oír el nombre de mi marido. ¿Por qué ha tenido que mencionarlo? ¿Por qué no podía simplemente desearme un buen día y dejarlo así? Ahora voy a tener que inventarme una excusa sobre lo que va a hacer mi marido este fin de semana.

Pero ¿qué puedo decir?

—Eh… Está bien, gracias por preguntar.

—Bien. ¿Qué está haciendo? ¿Algún plan? Si no, me preguntaba si le apetece una cerveza mañana por la tarde. Nada demasiado desenfrenado, solo una rápida puesta al día. Me parece que hace tiempo que no tomamos algo juntos.

No digo que la razón por la que Dominic lleva tiempo sin tomarse algo con Frank se deba a que le parece un pesado insufrible porque eso sería de muy mala educación, así que me limito a sonreír de nuevo y a decir que ha estado muy ocupado.

—Ah, ha estado en esa cabaña suya, sospecho —se ríe Frank—. Pasa mucho tiempo allí, ¿no?

Más de lo que me gustaría que supieras.

—Sí.

—¿Está allí ahora mismo?

Frank lo sabe todo sobre el espacio de trabajo de mi marido al fondo del jardín. Lo que no sabe es que la cabaña ahora tiene un nuevo propósito, y nunca lo sabrá.

—En realidad, no —digo, mientras mi mente busca algo que decirle a Frank que garantice que mi molesto vecino no decida intentar llamar a la puerta de la cabaña mientras estoy fuera trabajando todo el día. Lo habitual es que uno no entre en el jardín trasero de su vecino mientras está fuera, pero Frank de vez en cuando se toma la libertad de entrar por la puerta lateral y saludar a Dominic en lugar de asomar la cabeza por la valla del jardín como haría una persona normal. La idea de que hoy haga algo así me preocupa mucho, así que necesito asegurarme de que ni siquiera se le pase por la cabeza.

—¿Y qué está haciendo? —pregunta Frank.

—Está trabajando fuera —miento, pero estoy convencida de que es suficiente explicación para que Frank deje de pensar en mi marido y en la posibilidad de tomar una cerveza este fin de semana.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde está?

—En el norte. Una conferencia.

—¿En fin de semana? Eso no es divertido.

—Ya, no estaba muy contento. Pero no tenía otra opción.

—Su coche está aquí.

Sí, así es. Muy amable por notarlo, Frank.

—Un colega lo recogió.

—Oh, ya veo. ¿Y tu coche?

—Está en mi oficina. Un amigo me trajo a casa anoche.

—Vaya, Dominic y tú sí que lleváis una vida ajetreada.

Eso lo dice el entrometido número uno de la calle.

—Bueno, supongo que lo veré cuando vuelva —dice Frank, encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo es eso, exactamente?

—Eh, en un par de días.

Es una respuesta bastante vaga, y vuelvo a intentar zanjar la conversación acercándome al coche. Pero, cuando llego y lo abro, Frank tiene algo más que decir, y está claro que aún no ha terminado de entrometerse.

—Perdóname si me equivoco, pero ¿estabas quemando algo anoche?

Respiro acelerada mientras mi mente piensa en la posibilidad de que me hayan visto quemando todas esas cosas en el jardín trasero. Pero es imposible. La casa de Frank y Maggie no da a nuestro jardín, así

que no pueden haberme visto allí en plena noche.

—Es que estábamos durmiendo con la ventana abierta y olí humo. Me preocupaba que algo estuviera ardiendo, así que salí a la parte delantera de la casa, pero todo parecía estar bien. Entonces me pregunté si podría venir del jardín trasero. Pero el olor a humo desapareció bastante rápido, así que no estaba seguro.

—Eh, sí, fui yo.

—Ah, claro. ¿Qué era?

—Era un brasero de exterior. Lo compramos la semana pasada. Lo estaba probando para asegurarme de que funcionaba.

—¿Tan tarde por la noche?

—No podía dormir.

—Ya veo. Bueno, supongo que funcionó, si el olor a quemado era algo a tener en cuenta.

—Sí, así fue.

Quiero irme. Por favor, deja que me vaya.

—¿Y cómo son esos braseros? —pregunta Frank, no dejando que la conversación termine—. Maggie y yo hemos estado dándole vueltas a la idea de comprar uno. ¿Merecen la pena?

—Sí, yo diría que sí. Aún no lo hemos usado bien, pero creo que será útil.

—Genial. Quizá puedas darnos algunos consejos cuando lo hayas usado un poco más.

—Lo haré. Ahora, tengo que irme.

—Por supuesto. Siento haberte entretenido. Que tengas un buen día en la oficina. Serán las cinco antes de que te des cuenta.

Sonrío y le hago señas a Frank para que se vaya mientras entro en el coche y arranco el motor, pero no doy marcha atrás hasta que lo veo

caminar de nuevo por el césped hasta su propiedad. Quiero asegurarme de que regresa a sus asuntos y no sigue interfiriendo en los míos. Pero lo hace, y cuando abre la puerta de su casa y vuelve a entrar, le hago otro gesto con la mano antes de salir por fin de la entrada de mi propiedad y ponerme en marcha.

Ha sido un momento arriesgado, pero creo que he salido bien parada. Tampoco ha sido una pérdida de tiempo porque ahora mis vecinos creen que Dominic se ha ido el fin de semana, lo que significa que no se preguntarán por qué no lo ven en los próximos días. Eso me da algo de tiempo, supongo; al menos por aquí. Pero otras personas se preguntarán dónde está Dominic, sobre todo sus colegas si no se conecta pronto al servidor del trabajo. Por eso, mi próxima mentira será llamar a su oficina para hablar con la recepcionista y decirle que Dominic se siente mal hoy después de comer algo que no le sentó bien.

Es fácil encontrar el número de teléfono de su oficina en internet, porque no hay más que hacer una rápida búsqueda en Google después de detenerme a un lado de la carretera, y la mujer al otro lado de la línea me da las gracias por mi llamada y envía sus mejores deseos a mi marido antes de colgar con rapidez. Mientras sigo conduciendo, intento no preguntarme si la recepcionista es otra mujer por la que mi marido se haya sentido atraído en el pasado. Pero no puedo pensar así. No puedo dejar que sus aventuras me sigan hundiendo.

Cuanto más me acerco a mi oficina, mejor me siento. Puedo hacerlo. Puedo pasar el día sin que nadie se dé cuenta de que algo va mal en mi vida. Por supuesto, mi confianza —como la de la mayoría de la gente— viene de la experiencia. No será la primera vez que tenga que actuar con normalidad sabiendo que alguien está encerrado y solo yo tengo la llave. Puedo recurrir a lo que sucedió en el pasado para que me ayude ahora.

Me basta con recordar lo que hice cuando era niña.

Si pude hacerlo cuando tenía diez años, seguro que puedo hacerlo ahora.

15

GRACE

DIEZ AÑOS

Lo primero que hice después de encerrar a mi padre y a esa mujer en el cobertizo fue volver a la escuela. No sabía qué más hacer. Solo podía pensar en alejarme de ese lugar. El lugar donde había hecho algo que podría meterme en problemas.

Nadie en la escuela se dio cuenta de que me había ido. No estuve fuera mucho tiempo, pero aun así nadie se dio cuenta. Ninguno de los profesores ni, desde luego, ninguno de los otros niños de mi clase. Nunca se fijan en mí. Pero hoy no pasa nada. He vuelto al final de la hora de comer, después de haber corrido todo el camino hasta la escuela desde el cobertizo. Cuanto más corría, más me asustaba el problema en el que me había metido, y eso me hacía correr aún más deprisa. Estaba sin aliento cuando llegué a la escuela, y todavía estoy sudando un poco mientras me siento aquí, en el aula, y trato de concentrarme en lo que la señora Smith está diciendo.

Pero no puedo.

Solo puedo pensar en papá y en lo que pasará cuando lo deje salir.

Odio meterme en problemas, por eso intento mantenerme al margen. Y ahora tengo problemas. Muchos. Pero no pude evitarlo. Me asusté, me enfadé y me confundí tanto al ver a papá con esa mujer que, simplemente, los encerré. No lo pensé. Solo lo hice.

La tarde transcurre lenta, incluso más que de costumbre. La señora Smith se da cuenta de que estoy soñando despierta porque dice mi

nombre dos veces, una para ponerme a prueba en una pregunta de matemáticas y otra para preguntarme qué acaba de decir. Las dos veces me quedo sentada mirándola con desesperación hasta que sacude la cabeza y continúa. Algunas chicas de la clase se ríen de mí, pero no me importa. Solo quiero que la clase acabe.

Para cuando termino la escuela, papá lleva tres horas encerrado en ese cobertizo.

Espero a mamá como siempre a la puerta del colegio. Veo cómo los padres recogen a muchos niños y ninguno se despide de mí. Por fin aparece mamá, con las prisas de siempre, pidiendo perdón por llegar tarde y excusándose con que tenía mucho trabajo. Ahora estamos en el coche y me lleva a casa mientras me pregunta por mi día. Pero me aseguro de no decir nada.

—¿Qué has aprendido hoy?

Nada.

—¿Tienes deberes?

Nada.

—¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

Nada.

Mamá se enfada conmigo y me pregunta por qué no le hablo, pero yo me limito a decirle que estoy cansada y bostezo para intentar demostrarlo.

—De acuerdo. Si es así, esta noche te irás temprano a la cama. Nada de tele después de cenar. Solo una ducha y luego a dormir.

Normalmente, una sugerencia así me parecería horrible, pero ni siquiera la discuto. Me limito a mirar por la ventanilla y a pensar en papá.

A medida que nos acercamos a casa, pienso en cómo podría contarle a mamá lo que he hecho. Pero no sé cómo decírselo sin meterme en problemas. Dejar el colegio. Encontrar a papá con otra persona.

Encerrarlos. Todo eso son malas noticias. Mamá estará enfadada por lo de la otra mujer, y no quiero hacerla llorar. También se enfadará conmigo, y entonces dejará salir a papá, y él se enfadará aún más.

No puedo hacerlo.

Todavía no.

Llegamos a casa y mamá me dice que me asegure de que tengo todo lo que necesito en la mochila para mañana, porque no quiere que se repita lo de hoy, cuando no encontraba nada de lo que necesitaba y casi llegamos tarde. Hago lo que me dice y me quedo callada mientras mamá va a la cocina y enciende la radio. Entonces la oigo cantar y siento que aún no puedo decir nada de papá porque ella está contenta y decírselo solo la entristecería.

Mamá siempre canta cuando está de buen humor. Papá dice que suena como si alguien estrangulara a un gato, pero, cuando le pregunté qué quería decir, mamá me dijo que no le hiciera caso y que si quería cantar que nadie me lo impidiera. Pero nunca canto.

Supongo que es porque nunca soy feliz.

Intento comerme los espaguetis con salsa que ha preparado mamá para cenar, pero no tengo hambre. Me siento mal y, cuanto más tarde es, peor me siento. Han pasado cinco horas desde que encerré a papá en ese cobertizo. Y lo peor de todo es que mamá sigue pensando que volverá pronto del trabajo.

Papá siempre entra en casa a las seis, y la hora del microondas dice que son las 5:47. Mamá no sabe lo que yo sé. No sabe que papá no estará aquí cuando debería.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no te comes la cena? —me pregunta mamá.

Dejo de mirar el reloj digital, que ahora marca las 5:51, y bajo la vista hacia la comida de mi plato.

—No tengo hambre.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—¿Te has comido el almuerzo?

Asiento con la cabeza.

—¿Has comido algo desde entonces?

—No.

—¿Y por qué no tienes hambre? ¿Estás enferma?

Mamá me toca la frente y frunce el ceño.

—Estoy bien. Solo que no tengo hambre.

—Hummm. No tienes fiebre. ¿Y tu estómago? ¿Has ido al baño más de lo habitual hoy?

—No.

—Pues no entiendo por qué no comes. Te gustan los espaguetis, ¿no?

—Sí.

—¿Qué sucede?

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas y casi me pongo a llorar delante de mamá. Pero no quiero llorar aquí. Quiero hacerlo cuando esté sola en mi habitación, donde nadie pueda verme.

—Nada.

Mamá aún no se ha dado cuenta de las lágrimas y me limpio rápidamente los ojos cuando se da la vuelta.

—Bueno, a menos que puedas darme una buena razón por la que no comes, me temo que vas a tener que sentarte ahí toda la noche hasta que tu plato esté vacío.

—¡Pero mamá!

—Tu padre llegará pronto. También querrá saber por qué no has

comido nada.

Casi le digo que no estará en casa, pero no lo hago. Vuelvo a coger el tenedor e intento terminarme los espaguetis.

Mamá me observa con atención antes de preguntarme si alguna de las chicas ha vuelto a meterse conmigo en el colegio. Lo han hecho, pero niego con la cabeza porque ya ni siquiera pienso en ellas. Mamá parece contenta, aunque ya no canta con la radio. Y entonces el reloj del microondas marca las 5:59 y siento que voy a vomitar otra vez.

Lo miro y lo sigo mirando, esperando a que dé las seis. Tarda una eternidad y empiezo a pensar que el reloj puede estar estropeado, pero al final cambia.

Ya es la hora a la que papá suele llegar a casa.

Y pronto mamá se preguntará dónde está.

Consigo comerme algo más de la mitad de mi comida antes de convencer a mamá de que estoy llena, y después de mirar mi plato, se encoge de hombros y lo retira de la mesa.

—Es hora de ducharse —me dice, y yo la sigo escaleras arriba intentando no mirar la puerta porque me recordaría que papá no va a entrar por ella esta noche.

Pienso en cómo contarle a mamá después de ducharme lo que ha pasado con papá, pero no lo hago y, mientras me envuelvo en la toalla y me quedo temblando en el baño, veo que mamá mira el reloj.

—Tu padre llega tarde —comenta, antes de decirme que vaya a mi habitación mientras ella coge el secador.

Me quedo de pie junto a la cama, con frío y todavía un poco mojada, mientras espero a que vuelva y, cuando lo hace, me pregunta por qué no me pongo el pijama.

—No sé qué te pasa esta noche, pero me gustaría que me lo dijeras —dice mamá, antes de encender el secador.

Normalmente me gusta cuando mamá me seca el pelo porque me hace

sentir femenina mientras pasa las manos por mis largos mechones y me dice que voy a ser muy guapa cuando crezca. Pero esta noche no me gusta. No miro mi reflejo en el espejo mientras me peina. Me quedo mirando la alfombra y pienso en papá.

—Vale, ¿estás segura de que no quieres contarme qué te pasa? —me pregunta mamá una vez más. Vuelvo a negar con la cabeza, así que me dice que me meta en la cama a dormir si todavía estoy cansada.

Me siento aliviada de poder meterme por fin bajo el edredón y me agarro a él con fuerza mientras me tumbo debajo, reconfortada por él. Siempre me siento mejor en la cama. Este es mi lugar seguro. Aquí nada puede hacerme daño. Ni los monstruos. Ni los acosadores. Ni lo que le hice a papá.

—Buenas noches, cariño —me dice mamá, después de darme un beso y acariciarme el pelo—. Espero que mañana te encuentres mejor.

Va a marcharse, y justo antes intento decirle lo que he querido decirle toda la noche. Sin embargo, lo único que sale es un chillido suave, pero mamá ni siquiera lo oye antes de apagar la luz y cerrar la puerta de mi habitación.

No puedo dejar de llorar cuando estoy sola en la oscuridad. Entierro la cara en la almohada y siento cómo se moja, y no paro hasta que ya no me quedan lágrimas. Cuando levanto la cabeza, oigo a mi madre. Está hablando con alguien abajo.

¿Quién es? ¿Es papá? ¿Ha salido del cobertizo y ha llegado a casa?

Salgo a hurtadillas de la cama y abro la puerta, antes de arrastrarme hacia lo alto de la escalera y oír de nuevo la voz de mamá.

—¿Dónde estás? Si trabajas hasta tarde está bien, pero avísame. Llámame cuando oigas esto. Te quiero.

Veo a mamá atravesar el pasillo por debajo de mí con su teléfono móvil. Supongo que ha llamado a papá para ver dónde estaba y le ha dejado un mensaje. No debe haber contestado al teléfono, y entonces recuerdo que papá me dijo que en el cobertizo no hay cobertura, que es otra de las razones por las que le gusta estar allí. Como no ha contestado, mamá sabe que algo va mal. Pero aún no sabe el qué.

Debería bajar y decírselo. Este es el momento de hacerlo. Debo hacer que deje de preocuparse. También debería ayudar a papá a salir de ese cobertizo, porque ahora está oscuro y puede que se esté asustando. Pero yo también tengo miedo y también sé que, si papá no hubiera estado allí con esa mujer, nada de esto habría pasado.

Esto es culpa suya. Él me obligó a hacer esto. Estoy segura de que todo saldrá bien. Es un adulto. Saldrá, y puede que no diga nada cuando llegue a casa. Podría fingir que no pasó nada. Yo también podría fingir. Eso me gustaría.

Ojalá fuera ayer y nada de esto hubiera ocurrido. Hoy no. Hoy ha sido un mal día.

Me quedo un buen rato en lo alto de la escalera, pensando todavía en bajar a hablar con mamá. Luego vuelvo a mi habitación y, sin pensar más en ello, decido que haré algo mañana si papá no está en casa para entonces. Pero estoy segura de que estará. Saldrá. Si no, se lo contaré todo a mamá. Ahora estoy cansada, así que voy a intentar dormir.

Espero que todo mejore por la mañana.

Tiene que mejorar, ¿verdad?

16

DOMINIC

Decidí no enseñarle a Kamilla la nota que Grace y yo nos habíamos escrito al despertar. No quería que viera lo patético que había sonado cuando le rogué a Grace que nos dejara salir, ni tampoco quería que viera la contundente respuesta que mi mujer me había dado. Por eso arrugué la nota y la tiré a la papelera que había debajo de mi escritorio antes de desplomarme en la silla del despacho e intentar encontrar una nueva salida. Pero, cuando Kamilla se despierta, yo aún no tengo nada.

—¿Qué hora es? —me pregunta Kamilla, mientras se frota los ojos y mira hacia la ventana.

—No lo sé. El sol salió hace un rato. Podrían ser las siete. Las ocho. Las nueve.

—A las nueve tengo que estar en el trabajo.

—Yo también. Pero no creo que podamos ir.

—¿Dónde diablos está?

Kamilla está ahora en la ventana, mirando hacia el jardín y la puerta trasera cerrada de la casa. No me molesto en decirle por qué está cerrada. Grace la habrá cerrado justo antes de irse a trabajar.

Uno de los dos cumplirá hoy con sus obligaciones profesionales. Pero cómo es posible que mi mujer pueda concentrarse durante un día en la oficina después de lo que ha hecho me supera.

Al menos, supongo que está en el trabajo. Podría seguir en casa, pero creo haber oído antes el ruido del motor de un coche, así que podría

haber sido ella la que se marchaba. Suponiendo que sí, serían en torno a las ocho y media, porque suele ser cuando Grace se marcha a la oficina. A partir de ahí, he hecho todo lo posible por contar en múltiplos de sesenta para llevar la cuenta de los minutos. Pero he perdido la cuenta en algún punto del camino, sin duda, por una combinación de mi extrema fatiga, hambre insoportable y ansiedad en general por lo que mi mujer nos está haciendo. También me he dado cuenta de que mi mujer podría haberse ido a propósito a una hora distinta de la habitual para despistarme. Después de todo esto, parece algo que podría hacer.

—No lo sé —digo en respuesta a la pregunta de Kamilla sobre el paradero de mi mujer, optando por guardarme también para mí el sonido del motor del coche porque no la hará sentir mejor saber que Grace ya ni siquiera está por aquí.

—Tengo que ir a la oficina. Va a hacer que me despidan.

—Cálmate. No te van a despedir por faltar un día.

—Podrían hacerlo. Solo soy temporal.

—Todo irá bien.

—Para ti es fácil decirlo. Eres un empleado fijo. Tienes todos los derechos. No pueden sustituirte así como así. Pero yo soy prescindible.

—Tienes razón, soy fijo, por eso será mucho peor para mí no presentarme a mis obligaciones, a diferencia de ti, pues dudo que nadie note que faltas.

No era mi intención que eso sonara tan mezquino e intento retractarme al instante, pero Kamilla está dolida y, lo que es peor, ahora está enfadada conmigo.

—¡Cómo te atreves! ¿Sabes lo duro que trabajo en ese sitio para demostrar lo que valgo y que consideren hacerme fija? Apuesto a que trabajo más que tú.

—Lo siento.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué dices eso?

—No era mi intención.

La verdad es que ahora no tengo tiempo para discusiones infantiles, aunque soy consciente de que el hecho de que me haya enfadado con Kamilla y haya decidido atacar su posición en la empresa es señal de que, en el fondo, quizá no la respeto —al menos, profesionalmente— tanto como debería. No soy tan superficial como para verla solo como una mujer atractiva capaz de satisfacer mis deseos. Es inteligente y divertida y tiene una buena ética de trabajo. Acabo de decir algo equivocado por falta de sueño; ella me ha replicado gracias a su propio cansancio, y ahora estamos perdiendo el tiempo con esta tontería en lugar de buscar una forma de salir de aquí.

—No hace falta decirlo —sisea Kamilla—, pero, cuando esto acabe, hemos terminado. ¿Me oyes?

Debería disculparme de nuevo, tal vez decir que lo hablaremos más tarde cuando estemos en una situación diferente. Pero no lo hago. Tan solo elijo lo más fácil de decir.

—Bien —respondo, y me encojo de hombros para dar más peso a mi respuesta.

Kamilla parece esperar que me oponga un poco más a su idea, probablemente preguntándose cómo un tipo como yo puede dejar marchar a una mujer más joven sin luchar, pero no estoy de humor para ser posesivo. Lo que me apetece es un poco de aire fresco.

—Apártate —le digo, mientras me bajo de la silla y la cojo por los reposabrazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy desesperando.

Vuelvo a instar a Kamilla a que se aleje de la ventana, y esta vez hace lo que le pido, facilitándome un tiro limpio a ese cristal extrafuerte que es nuestra mejor forma de salir de aquí.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Kamilla.

Pero yo la ignoro y prefiero concentrar toda mi energía en sostener la

silla en la posición que me dé más posibilidades de lanzarla con fuerza. Nunca he lanzado una silla ni he visto a nadie lanzarla, y es probable que haya una buena razón para ello.

No son las cosas más fáciles de lanzar.

—¡Uno, dos, tres!

Con todas mis fuerzas, lanzo la silla contra la ventana, pero es un mal intento porque no soy fuerte, ni tengo demasiada coordinación, y solo una parte de la silla golpea el cristal. La mayor parte golpea el lateral de la cabaña, debajo del cristal, antes de caer al suelo, y lo único que consigo es romper uno de los reposabrazos de la silla.

—Bueno, ha sido una porquería —me dice Kamilla. Aunque no es que necesitara ningún comentario sobre mi lanzamiento. Yo mismo podría haberle puesto una mala nota.

—Lo intentaré de nuevo —digo, levantando la silla. Pero ahora es aún más difícil porque el reposabrazos roto se balancea sin fuerza mientras lo sostengo, lo que me impide agarrar el objeto con comodidad.

—No, necesitamos otra cosa. Algo más fácil de lanzar. ¡Algo como esto!

Kamilla coge la botella de vino del escritorio y la lanza contra la ventana, dándome apenas la oportunidad de apartarme mientras pasa zumbando junto a mi cabeza, pero, a pesar de todo su esfuerzo, la botella ni siquiera se acerca a atravesar la ventana. Sin embargo, podría haberme causado graves daños en el cráneo y, por supuesto, se hace añicos con el impacto, enviando fragmentos de cristal al suelo mientras la mitad de la botella rueda por la madera, con sus bordes dentados que es mejor evitar a menos que uno quiera arriesgarse a cortarse con ella.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —grito.

Sin embargo, a ella no parece importarle haberme dejado casi inconsciente ni haber cubierto el suelo de cristales mientras estamos aquí descalzos.

—¿Por qué tuviste que escoger un cristal tan fuerte? —se queja.

Ignoro esa pregunta porque ya he respondido antes y en su lugar me centro en intentar recoger todos los trozos de cristal que puedo, aunque sé que será imposible cogerlos todos. Y, antes de que me dé cuenta, he pisado un trozo y me he cortado. Unas pequeñas gotas de sangre gotean desde mi pie herido hasta la madera manchada, haciendo que se tiña de un rojo intenso.

Lanzo una mirada de odio a Kamilla y compruebo mi herida antes de decirle que ahora tendremos que vigilar dónde pisamos. Pero ella ya se ha puesto a buscar algo más para tirar contra la ventana y supongo que debería ayudarla, ya que es la mejor forma de salir de aquí.

Entre los dos nos pasamos los cinco minutos siguientes tirando a la ventana todo lo que cae en nuestras manos —incluidos pesados archivadores llenos de montones de papeles, lo que solo sirve para ensuciar el suelo con dichos papeles— y enseguida la cabaña —que antes estaba ordenada— empieza a parecer un desastre. Lanzo un premio muy barato y poco glamuroso que gané hace más de una década por contribuir al éxito de un proyecto e incluso, un pisapapeles grueso, que confiaba un poco en que podría servir. Pero ninguno de ellos funciona. Los chicos que instalaron la ventana se merecían una propina mayor que la que les di.

Me rindo en ese punto, pero Kamilla tiene una cosa más que intentar.

La papelera.

Veo que la nota arrugada que le escribí a Kamilla se cae mientras le da la vuelta antes de lanzarla contra el cristal. Sorpresa, sorpresa, eso tampoco funciona. Lo único que ha conseguido es dejar la nota al descubierto, y hago todo lo que puedo para intentar tirar el papel a un rincón de la cabaña antes de que Kamilla pueda abrirlo y leerlo, seguramente por puro aburrimiento. Pero ella lo coge antes de que yo pueda llegar al papel.

—¿Qué posibilidades hay de que esto sea lo que rompa el cristal? —me pregunta bromeando, y yo me río con nerviosismo. Aunque me encantaría que lo tirara. Prefiero eso a abrirlo y leerlo.

La bola de papel permanece en su mano mientras busca a su alrededor algo mejor que lanzar, pero, al no encontrarlo, se desploma en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la cabaña, y sacude la

cabeza por todo el derroche de energía que acabamos de hacer.

Entonces se echa a reír.

—¿Qué tiene de gracioso? —pregunto, sin ver el chiste por ninguna parte.

—Estoy pensando en cómo reaccionarán mis amigas cuando les cuente esta historia la próxima vez que las vea. No me malinterpretes. Quiero decir que me han contado algunas historias locas de todos los chicos con los que se han liado. Pero esta las superará a todas. No hay forma de que puedan superar esto.

Kamilla se lanza el papel de una mano a otra todavía riéndose, y yo observo cómo se mueve la bola mientras me pregunto si no será una ilusión por su parte suponer que al final saldrá de aquí para contárselo todo a sus amigos. Pero no digo nada. Simplemente me desplomo contra la pared frente a ella y extiendo la mano para coger la bola.

—Por aquí —le digo, insinuando que quiero que me lance el papel.

Kamilla deja de darle vueltas entre las manos y piensa en jugar al juego que acabo de sugerirle. Puede parecerle infantil, pero ¿qué otra cosa se puede hacer aquí? Supongo que se da cuenta, porque al final me lo lanza y, cuando lo cojo, lo hago con la intención de quedármelo.

—Tíramelo —me dice.

Niego con la cabeza.

—No, creo que por un día ya he demostrado suficiente lo malo que soy tirando cosas.

Kamilla pone los ojos en blanco, pero no discrepa, y nos quedamos en silencio unos instantes antes de que me haga otra pregunta.

—¿Tu mujer ha hecho algo así antes?

—¿Encerrarnos a mí y a otra mujer en una cabaña? No, es la primera vez.

—No te pongas sarcástico conmigo. Lo digo en serio. ¿Alguna vez ha mostrado alguna tendencia a querer controlarte? ¿Te ha cohibido de

alguna manera?

Voy a sacudir la cabeza y descartar esa idea, pero entonces recuerdo algo. Recuerdo una vez hace cuatro años. Grace y yo estábamos pasando el fin de semana fuera e hice algo que la molestó.

Y ella respondió de una forma un tanto inusual.

Casi lo había olvidado. Fue raro en aquel momento, pero desde entonces han pasado muchas cosas. Nunca volvimos a hablar de ello, y lo achaqué a un suceso extraño en una relación que, por lo demás, era aburridamente normal. Pero, ahora que lo pienso, podría haber sido el precursor de lo que ha ocurrido aquí.

—¿Qué es? ¿Qué hizo? —me pregunta Kamilla, notando un cambio en mi expresión y deduciendo que tengo algo que compartir con ella.

Así que lo comparto.

Le cuento lo que sucedió la última vez que mi mujer se enfadó conmigo.

17

DOMINIC

HACE CUATRO AÑOS

Bath es una ciudad preciosa. Ya he estado aquí un par de veces, una con mis padres cuando era niño para ver los monumentos y otra un fin de semana con amigos para explorar los pubs locales, pero mi tercera vez en esta popular parte de Somerset es por motivos puramente románticos.

He venido con mi mujer para una escapada de dos días, de la que ella no tenía ni idea hasta que se despertó el sábado por la mañana y vio dos pequeñas bolsas de equipaje ya hechas y esperando junto a la puerta. Grace estaba encantada cuando le conté mi plan, que incluía el hotel que había reservado para nosotros en Bath así como el lujoso restaurante francés para el que había hecho una reserva el sábado por la noche. Lo único que tenía que hacer era aceptar acompañarme, pues ya estaba todo listo.

Bueno, eso no era cierto del todo. También tendría que decirle a nuestra vecina de al lado, Maggie, que ese día no podría asistir a su «noche de chicas» —en la que tomarían vino y a la que pensaba ir en un principio—, pero yo no creía que eso supusiera un problema. Y así fue, ya que Grace fue a la puerta de al lado y le contó a Maggie sus nuevos planes para el fin de semana mientras yo metía las maletas en el maletero del coche y hacía los últimos preparativos para ponernos en camino.

El viaje por la autopista transcurre sin problemas y nuestra llegada a Bath es como yo esperaba. Mi mujer mira embobada por la ventanilla del asiento del copiloto todos los bonitos edificios de colores dorados

que pueblan la ciudad y que contribuyen a que sea Patrimonio de la Humanidad mientras yo estoy sentado al volante con una gran sonrisa en la cara. Es su primera vez en la ciudad, pero Grace se enamora de Bath inmediatamente, como la mayoría de la gente que la visita, y después de registrarnos en el hotel y dejar nuestras pertenencias en la espaciosa y cara habitación, salimos a la calle a explorar un poco.

Y las cosas empiezan a torcerse.

A pesar de decirle a mi jefe que estaría ocupado todo el fin de semana y que tendría que buscarse a otra persona para que lo ayudara con el proyecto urgente que había que entregar antes de lo previsto el próximo lunes, mi teléfono empieza a sonar.

Y no para.

—No puedo hacerlo —recalco, después de responder a una de las llamadas—. Lo siento, pero estoy pasando el fin de semana fuera con mi mujer. Pídeselo a Gregg. Él puede ayudarte —insisto a mi jefe en voz baja, mientras Grace mira escaparates a unos pocos metros. No quiero que se entere de que estoy atendiendo una llamada de trabajo, porque eso no encajaría con el espíritu de una escapada romántica, ¿verdad? Pero, a pesar de mis súplicas, mi jefe no cede.

—Lo he intentado con Gregg. Y con todos los demás también. Eres mi última esperanza. Por favor, Dom, necesito que hagas esto. Necesito que leas los correos electrónicos que acabo de enviarte. Hay un par de archivos adjuntos. Revísalos y hazme saber lo que piensas mientras soluciono otros problemas por aquí.

—No puedo.

—Lo siento, pero no te lo estoy pidiendo, Dom.

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco. Estoy en la oficina un sábado por la mañana. ¿No crees que preferiría estar con mi mujer?

—Maldita sea.

—Mira, entiendo que te estoy pidiendo un gran favor, así que te

prometo que te lo compensaré. Esto se te tendrá en cuenta en las bonificaciones, yo mismo me aseguraré de que así sea, y entonces podrás consentir a Grace todo lo que quieras, ¿de acuerdo?

Todavía tengo ganas de discutir y defender el valor de mi tiempo libre, así como la importancia de pasar tiempo de calidad con mi mujer, pero, como mi jefe ha dicho, no me está preguntando, y eso significa que me lo está ordenando.

—Bien, leeré los correos y te diré qué me parecen —gruño por el teléfono antes de colgar y sacudir la cabeza.

Miro a Grace e intento pensar en una forma de decirle que, en lugar de pasear agradablemente por Bath comprando, bebiendo y charlando entre nosotros, tengo que volver a la habitación del hotel y leer unos malditos correos de trabajo.

Como me temía, Grace no se lo toma bien.

—¡Fue idea tuya salir este fin de semana! Yo estaba conforme con quedarme en casa. Cancelé mi noche de chicas con Maggie por esto. ¿Y ahora me abandonas?

—No te estoy abandonando. Serán solo un par de horas. Tres, máximo. Volveré, haré este trabajo y luego saldré y me reuniré contigo. Puedes ir de compras o buscar una buena cafetería donde tomarte un trozo de tarta y una taza de té.

—No voy a sentarme sola en una cafetería. Y tampoco quiero pasear sola por Bath. He venido aquí contigo.

—Lo sé, y te he dicho que lo siento, pero esto es urgente. Hay que hacerlo hoy. Aunque me han dicho que me compensarán en las bonificaciones, así que no todo es malo, ¿verdad?

La zanahoria de una recompensa económica no funciona tan bien como me esperaba, y Grace se limita a burlarse antes de decirme que haga lo que quiera. Se aleja de mí enfurecida, dobla una esquina y desaparece entre la multitud de personas que están de compras el sábado antes de que tenga otra oportunidad de intentar suavizar las cosas con ella.

Me apresuro a volver a la habitación del hotel para ponerme a trabajar de inmediato, pero, una vez allí, me doy cuenta de que he cometido un error al calcular el tiempo que me llevará completar mi tarea. Los correos electrónicos y sus correspondientes archivos adjuntos están llenos de problemas de todo tipo, por lo que no estaría haciendo bien mi trabajo si no se lo comunicase a mi jefe. Y eso es lo que tengo que hacer. Hago una lista de todos y cada uno de los problemas que veo en lo que me proponen, algo que me lleva muchísimo tiempo porque implica leer y releer un montón de contratos tediosos, y todo ello en la pequeña pantalla de mi teléfono móvil.

Con un fuerte dolor de cabeza —por no hablar de la tortícolis y los ojos cansados—, redacto un correo electrónico para enviárselo a mi jefe y, una vez terminado, salto de la silla y corro hacia la puerta de la habitación del hotel. Mi plan es salir y encontrar a Grace lo antes posible, pero, por desgracia para mí, mi mujer me encuentra primero.

La puerta se abre antes de que la toque y Grace entra, todavía con cara de enfado, aunque las dos bolsas que lleva me hacen tener la esperanza de que su humor haya mejorado algo con un poco de terapia de compras.

—¡Oh, has vuelto! Estaba a punto de salir para encontrarme contigo. ¿Qué tienes ahí? ¿Algo bonito?

Hago un gesto hacia las bolsas antes de intentar echar un vistazo a su interior, pero Grace se limita a apartarlas de mí antes de tirarlas a su lado de la cama y clavarme una mirada acerada.

—¿Has terminado de trabajar?

—¡Sí, todo listo!

—¿Ya está? ¿No recibirás otra llamada y de repente tendrás algo más que hacer?

—¡No, no! ¡Te lo prometo!

Mi tono convincente y mi amplia sonrisa parecen surtir efecto, porque la postura de Grace se suaviza y, cuando habla a continuación, me sorprende de verdad:

—Vale, creo que es hora de que me lo compenses. Súbete a la cama.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Tardo un momento en entender lo que quiere decirme, pero, una vez que lo hago, no pierdo tiempo en seguir sus órdenes.

Me tumbo en la cama y doy unas palmaditas a mi lado en el edredón para que Grace venga a acompañarme, pero, antes de hacerlo, me dice que empiece a quitarme la ropa. Una vez más, hago lo que me ordena y, cuando estoy desnudo, me pregunto cómo ha conseguido que lo que podría haber sido un fin de semana arruinado haya pasado a ser uno que rezumar pasión y aventura.

Grace mete la mano en una de las bolsas y, cuando le pregunto qué hace, me responde que me está castigando. No tengo ni idea de lo que quiere decir con eso hasta que veo saliendo de la bolsa las esposas, y cuando las balancea delante de mí, mis ojos deben abrirse tanto como los de un niño en la mañana de Navidad.

—¿Hablas en serio? —pregunto con la esperanza de que así sea.

Y, cuando Grace asiente y me dice que vuelva a poner las manos contra los barrotes de la cama, estoy completamente dispuesto a recibir mi «castigo».

—Nunca habíamos hecho algo así —señalo, algo preocupado por parecer entusiasmado al hablar y luchando por contener mi excitación. Pero no me equivocaba. Aunque hace tiempo que abogo por un poco más de espontaneidad entre nosotros en el dormitorio, mi mujer nunca ha demostrado estar interesada en que nuestra vida sexual sea más aventurera de lo que ya es, y dista mucho de serlo. Pero, mientras las esposas rodean mis muñecas y los barrotes antes de cerrarse y apretarse, pienso en cómo Grace se ha dado cuenta por fin de que yo tenía razón.

Necesitamos más pasión en nuestra relación.

Y ahora parece que vamos a tenerla.

—¿Cómo las sientes? ¿Bien apretadas? —me pregunta Grace, mientras mueve las esposas contra mi piel para comprobar si me sujetan. Sin duda lo hacen, y lo sé porque me duelen un poco las muñecas, aunque no voy a decir nada ya que lo último que quiero era arruinar el momento y estropear mi única oportunidad de tener un poco de acción en el dormitorio.

—Bien. Entonces, supongo que no tengo que preocuparme de que te escapes —dice Grace, antes de apartarse de la cama y coger mis pantalones. La veo rebuscar en mis bolsillos, pero no tengo ni idea de por qué.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscar tu cartera.

—¿Por qué?

—Porque necesito tu tarjeta.

—¿Para qué?

—Para pagar la cena de esta noche. Ahora, si me disculpas, tengo una reserva y no quiero llegar tarde. Llegaré un poco temprano, así que creo que me tomaré unos cócteles antes de la cena. Por lo visto, el restaurante francés en el que hiciste la reserva tiene una zona de bar muy bonita, pero eso lo juzgaré yo.

Es entonces cuando me doy cuenta de lo que Grace está haciendo. No me está castigando en el sentido de algún tipo de divertido juego sexual. Me está castigando en el sentido muy literal de que la he molestado trabajando hoy, así que ahora va a dejarme atado en la habitación del hotel mientras ella sale y disfruta de nuestra reserva para cenar con mi tarjeta.

—Espera, estás de broma, ¿verdad? —grito al ver cómo Grace se dirige a la puerta, mientras yo retuerzo las muñecas y lucho contra mis ataduras.

—¿Estabas bromeando sobre lo de dejarme todo el día para trabajar? —replica ella.

Ambos sabemos la respuesta a esa pregunta, y antes de que pueda decir nada más, la puerta está abierta y mi mujer se marcha.

—Ahora sabrás lo que se siente al quedarse solo —dice antes de marcharse.

Y, cuando la puerta se cierra tras ella, le suplico una vez más:

—¡Espera! ¡Grace! ¡Vuelve! ¡No puedes dejarme así!

Pero me deja.

18

DOMINIC

Acabo de contarle a Kamilla la historia de la vez que Grace me encerró en una habitación de hotel durante más de dos horas mientras ella salía a cenar sola y, como esperaba, la reacción al relato no es positiva.

—Tienes que estar bromeando. ¿De verdad te hizo eso?

—Sí.

—¿Y te quedaste con ella?

—Yo estaba disgustado y enfadado en ese momento, pero comprendí que Grace también lo estaba.

—¡Pero eso no le daba derecho a atarte a una cama y abandonarte!

Kamilla tiene razón. La reacción de mi mujer aquel día en Bath fue terrible. Sí, le había prometido un fin de semana romántico y lo que hice fue dejarla sola mientras yo me ocupaba del trabajo, pero no había necesidad de esposarme a una cama. Podía haberme gritado, claro. Haberme llamado adicto al trabajo. Haberme dicho que merecía que la tratase un poco mejor. Pero no tratarme como a un maldito prisionero. y eso fue lo que hizo mi mujer.

Y ahora lo ha vuelto a hacer.

—Después, ¿qué sucedió? ¿Volvió de cenar, te quitó las esposas y te pidió perdón?

—Bueno, no. No exactamente. No se disculpó.

—¿Qué?

—Ella nunca dijo lo siento. Solo actuó como si todo estuviera bien.

—¿Y dejaste que se saliera con la suya? ¿No le dijiste que estaba loca y que podrías dejarla?

—No.

—Dios mío, ¿cómo eres tan débil?

—¡Eh!

—¡No, hablo en serio! Parece que Grace te dio un gran aviso hace cuatro años y, sin embargo, lo ignoraste. Aún mejor, ¡pensaste que era una buena idea empezar a tener una aventura, sabiendo muy bien que, si tu esposa se enteraba, podría no reaccionar de una manera razonable!

—¿Cómo demonios iba a saber que nos encerraría si nos pillaba?

—¡Porque ya te encerró una vez! Si la hubieras dejado entonces, como deberías haber hecho, ¡ahora no estaríamos metidos en este lío!

—¡Oh, vamos! No me habrías mirado dos veces si hubiera estado soltero.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Me refiero al hecho de que claramente sientes algo por los hombres mayores y casados. Llámalo fetiche o lo que sea. Pero sé por qué te gusto, y no es solo porque soy bastante atractivo para un hombre de mi edad. Es porque estoy ocupado. Te excita tener al hombre de otra mujer. Así que, si no hubiera estado con Grace, nunca habríamos tenido una aventura. Por lo tanto, que yo no la dejara después de que me atara a esa cama en Bath es irrelevante.

Kamilla intenta negarlo, pero yo me limito a sacudir la cabeza y lanzar al aire un par de veces el papel arrugado. Ahora me arrepiento de haberle contado lo que sucedió en Bath, pero también me arrepiento de no haberme tomado aquel incidente más en serio en su momento. Kamilla tiene razón. Debería haber reaccionado de otra manera una vez que Grace regresó a la habitación del hotel y me quitó las esposas. Debería haber sido más fuerte. Al menos, debería haberla amenazado

con dejarla. Pero tal vez mi otra mujer tiene razón. Tal vez soy débil.

—Lo siento. Que nos peleemos no va a ayudarnos —admite Kamilla, y al menos me alegro de que no vuelva a atacarme—. Esto es mala suerte. No podíamos esperar que ocurriera. Claro, a la gente la pillan teniendo aventuras todo el tiempo, pero ¿cuántos de ellos se quedan encerrados en una cabaña?

—Algunos acaban peor.

—¿Qué?

—Solo digo que a algunas personas a las que pillan haciendo trampas no solo las encierran: son asesinados por la parte airada. Un crimen pasional, creo que lo llaman.

—¿Por qué demonios dices eso?

—No lo sé. Solo intento ver el lado positivo.

—¡No hay ningún lado positivo! ¡Solo porque no nos hayan disparado o apuñalado no significa que debamos estar agradecidos! ¡Nos ha encerrado una puta loca!

Ya he dejado de intentar defender a Grace de que la llame cosas así y, como no replico, Kamilla no deja el tema:

—Después de lo que me acabas de contar, es obvio que estamos tratando con una persona muy perjudicada. Si su reacción al ser menospreciada es encerrar a alguien y dejarlo indefenso, está claro que algo muy malo le ocurrió en su infancia.

—No sé nada de eso.

—¡Piénsalo! Tiene que haber sido así, porque la gente que tiene una educación normal no va por ahí haciendo esto a nadie. Una vez puede ser una mala reacción, pero ¿dos veces? Eso es un patrón de comportamiento, y quiero saber de dónde demonios viene. ¿La ataron cuando era pequeña? ¿La castigaban así sus padres cuando se portaba mal? ¿O tal vez tuvo un ex raro que lo hizo? Lo que quiero decir es que debe haberlo aprendido de algún sitio.

—Creo que estás dándole demasiadas vueltas.

—¿Yo? Uno de nosotros tiene que hacerlo, porque está claro que tú no estás pensando en nada.

—¿Estás bromeando? Estoy tratando de pensar en maneras de sacarnos de aquí. Pero no puedo concentrarme si vas a seguir lanzando todo tipo de teorías locas.

Quiero dejarlo ahí, pero Kamilla continúa, refiriéndose al pasado de Grace y a cualquier esqueleto que pueda estar acechando allí y que no conocemos.

—¿Alguna vez le ha hecho esto a alguien más? ¿Ha mencionado en alguna ocasión que haya encerrado a otras personas?

—¿Qué? ¡No!

—¿Estás seguro? Porque, si ha mencionado algo, cualquier cosa, podría ayudarnos.

—¡No lo ha hecho!

—¡Me cuesta creer que sea la primera vez que lo hace! ¡No por la forma en la que se está comportando al respecto!

Me inquieta la idea de que Grace pueda haberle hecho esto a alguien antes y por eso me lo quito de la cabeza lo más rápido posible.

Me levanto y me acerco a la ventana, sin especial interés en mirar al exterior, pero con la necesidad de darle la espalda a Kamilla durante un momento mientras intento calmarme. Cuando miro a través del cristal, veo todo igual que antes en el jardín, lo que no da motivos a mi estado de ánimo para mejorar. Y solo empeora cuando Kamilla sigue lanzando ideas sobre por qué Grace es como es.

—Apuesto a que alguien le hizo esto una vez. Tal vez era joven, tal vez mayor. Pero alguien tuvo que atarla, probablemente cuando hizo algo malo, para darle una lección. Y la experiencia debe haberle enseñado lo impotente que se siente uno cuando te dejan así. Así que ahora sabe usarlo con otros, o al menos contigo.

No digo nada, tan solo aprieto los dientes y la bola de papel en la mano izquierda mientras miro la puerta de la cocina deseando que se abra.

—¿Te imaginas lo marcada que puede estar porque alguien le haya hecho esto? —reflexiona Kamilla—. No la estoy excusando de ninguna manera, pero está claro que algo la ha dañado y que necesita ayuda profesional antes de que vaya demasiado lejos y mate a alguien.

—Ella no va a matar a nadie. Me dejó salir aquel día en el hotel y nos dejará salir ahora. Solo necesita tiempo.

—¿Cuánto? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Hasta que los dos nos estemos consumiendo, y ella mire a través de las ventanas nuestros cuerpos deshidratados y hambrientos y se dé cuenta de que es mejor que abra la puerta antes de que muramos de una forma horrible?

Dios, ojalá tuviera alguna manera de hacer callar a Kamilla. Nada demasiado contundente. Solo un interruptor de apagado en ella que pudiera presionar para que dejara de hablar por un maldito minuto y me diera tiempo para pensar. Pero los humanos no están conectados de esa manera. No hay interruptor de apagado. Cada uno tiene sus propias manías. Grace las tiene y Kamilla también. Yo solo soy el que sufre la peor parte de ellas.

—Voy a escribirle una nota —dice Kamilla de repente, levantándose del suelo. Se acerca a mi escritorio, coge un trozo de papel y empieza a buscar algo con lo que escribir. El lápiz está en alguna parte de mi mesa, pero aún no lo ha encontrado.

Pero, antes de que lo haga, digo algo de lo que acabo arrepintiéndome:

—No te molestes. No funcionará.

—¿Cómo lo sabes? Podría servir. Escribiré algo diciendo que comprendo si la trataron mal en el pasado y que esta es la única forma que conoce de arremeter. Es un grito de ayuda. O lo que sea. Seré amable y compasiva. Puede que funcione.

—No, no lo hará.

—Al menos, estoy intentando algo. ¡Tú solo estás siendo inútil!

—¡Ya lo he probado!

Demasiado para mantener mi nota en secreto. En un intento desesperado por demostrar que no soy un inútil, he confesado que escribí la nota. La que aún tengo en la mano.

—¿Qué? ¿Le escribiste una nota? ¿Cuándo?

—Mientras dormías.

—¿Qué decía?

—No importa.

—¡Claro que importa! ¡No eres el único encerrado aquí! Yo también estoy en esto, ¡así que tengo derecho a saberlo!

No digo nada, pero Kamilla mira la bola de papel que sigo sujetando con fuerza y se da cuenta.

—¿Es esa? ¿Esa es la nota que escribiste? ¿Por eso la querías? No querías que la leyera, ¿verdad? ¿Qué dice?

—Te lo dije, no importa. No funcionó. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Dámela. Quiero leerla.

—No.

—¡Dom! Deja de actuar como si luchásemos en bandos distintos. ¡Estamos en el mismo equipo!

Kamilla tiene razón, así que al final cedo y le tiro el papel.

—Bien, léelo. Pero ya te he dicho que no ha funcionado, así que estás perdiendo el tiempo.

Kamilla coge la bola de papel y la abre, rasgándola un poco con las prisas antes de empezar a leer. Suelto un profundo suspiro y vuelvo a mirar por la ventana con impotencia hasta que termina de leerla y,

una vez que lo hace, tiene más cosas que decir.

—Vaya, en verdad te arrastraste ante ella.

—Escribí lo que se me ocurrió para intentar sacarnos de aquí.

—Sí, ya lo veo. Fue un buen intento. Pero ¿qué es esto de abajo? «Todos los hombres sois iguales».

—Eso es lo que me contestó.

—¿Grace escribió esto?

—Sí, después de que yo empujase la nota por debajo de la puerta. La devolvió con eso.

—¿Por qué diría algo así?

—No lo sé. ¿No es algo que todas las mujeres dicen de los hombres que han hecho algo malo? «Todos son iguales».

—En otro tipo de situación, tal vez. Pero no en una como esta. Para que haya escrito eso, debe decirlo en serio.

—Bueno, entonces supongo que sí.

—Pero, si es así, ella debe haber tenido una mala experiencia. Otro hombre en su pasado debe haberla engañado. A lo mejor un ex.

—No lo sé, tal vez. Nunca ha mencionado nada de eso.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Y eso qué importa? De todas formas, no nos ayuda.

—Solo intento entenderla. Ya te lo he dicho. Si podemos entenderla, podríamos ser capaces de averiguar qué tenemos que hacer para conseguir que abra esta puerta.

—¡No hay forma de entenderla! ¡Ya te lo he dicho! Llevo años casado con ella y acabo de darme cuenta de que nunca la he conocido. Así que, si no la conozco, ¡buena suerte para que tú lo hagas en las próximas horas!

Doy un puñetazo a la pared de madera que tengo al lado —la rabia se ha apoderado de mí— y el ruido es tan fuerte que Kamilla se sobresalta. Me duele la mano y me la agarro con cautela, deseando no haberlo hecho y preocupado por la posibilidad de tener un hueso roto que añadir a mi lista de males.

Vuelvo a desplomarme en el suelo mientras me aferro la mano herida y, mientras Kamilla me mira con una expresión que solo puede describirse como la de un cachorro enfermo al que probablemente solo hay que sacar de su miseria, sacudo la cabeza y repito mi última observación:

—No conozco a Grace. No sé qué la mueve. Me gustaría saberlo, pero la situación me supera. Y puedes apostar a que ella lo sabe.

19

GRACE

El trabajo va sorprendentemente rápido cuando estás de buen humor. A pesar de tener varias tareas tediosas en mi lista de pendientes, desde enviar correos electrónicos hasta leer informes, me siento bastante animada, y eso es porque no dejo de pensar en Dominic y en esa mujer que sufre en la cabaña.

Deben estar hambrientos y agotados. Y apuesto a que ambos darían lo que fuera por poder ponerse algo de ropa. Sí, disfruto pensando en el par de tramposos desnudos pasando por un mal momento mientras estoy aquí, sentada en mi escritorio, con la llave de la cabaña en mi bolso.

Estoy tan tranquila y serena que no se me pasa por alto cuando algunos de mis colegas me preguntan por qué me fui antes de tiempo en lugar de quedarme como estaba previsto. Ha sido fácil decirles que estaba cansada y que prefería dormir en mi propia cama que en la del hotel, y han aceptado la respuesta antes de contarme cualquier cotilleo que pudiera haberme perdido después de marcharme.

Estamos a medio cotillear cuando nos enteramos de que uno de nuestros compañeros que no asistió al acto de anoche ha hecho una tarta y la ha traído hoy a la oficina para que todos comamos un trozo durante el almuerzo. Tengo que decir que he disfrutado de mi trozo cuando me lo han servido durante el descanso, y le he dado las gracias al pastelero mientras me lo comía y me llenaba de migas. Alguien me ha preguntado si me gusta hacer pasteles y, cuando he dicho que a veces, me han insinuado que debería hacer uno este fin de semana, para poder traerlo el lunes y alegrarnos a todos en ese día tan horrible. Pero me he negado porque, de alguna manera, creo que estaré bastante ocupada con otras cosas este fin de semana.

Aún no he decidido cuándo abriré la puerta de la cabaña y dejaré que Dominic y ella salgan. Antes, necesito trazar un plan para limitar los daños. Estarán enfadados, así que necesito avivar su ira antes de abrir la puerta, y la mejor manera de hacerlo podría ser la misma forma en la que Dominic trató de calmarme.

Su nota bajo la puerta era una buena estratagema, lo reconozco, y tal vez también sea la mejor forma de comunicarme con él. Antes no estaba dispuesta a escribir nada demasiado profundo y significativo, así que me limité a una breve réplica al final de su nota, aunque quizá intente enviarle un mensaje más largo esta noche, cuando acabe mi jornada laboral y vuelva a casa. Pero primero tengo que superar un obstáculo, y es la invitación que recibo para tomar unas copas después del trabajo con algunas mujeres de mi oficina.

—Vamos, todas hemos estado hablando de ir al nuevo bar que hay a la vuelta de la esquina. Bueno, ¡esta noche es la noche! ¡Hagámoslo!

Ese ha sido el grito de guerra de Tina, la mujer que se sienta dos mesas más allá de la mía y que siempre es la instigadora de cualquier evento social aquí, en el trabajo. Normalmente, me encantaría salir a tomar unas copas con mis compañeras porque no tengo demasiados amigos y es agradable que me incluyan, pero esta noche solo quiero volver a mi casa para ver cómo está la pareja en la cabaña. Venir hoy a la oficina era una necesidad porque tengo que ganarme la vida, pero salir a tomar un cóctel sería un uso frívolo de mi tiempo cuando está ocurriendo algo tan importante en mi vida personal. Por eso rechazo la invitación y le prometo a Tina que iré la próxima vez y que tendrá que contarme cómo les fue en el nuevo bar cuando la vea el lunes.

Tina no está tan decepcionada por mi negativa como esperaba. Lo mismo digo del resto de mis colegas. Me habría gustado que me rogaran que cambiara de opinión y que al menos fingieran que iban a notar mi ausencia. No soy precisamente el alma de ninguna fiesta, pero aun así estaría bien que me echaran de menos. Pero, tal y como están las cosas, las que van a ir se sobreponen enseguida a la decepción de las que no van y se pasan el resto de la tarde charlando sobre la velada que las espera y lo achispadas que estarán todas al final de la noche.

Permanezco en silencio el resto del día, tachando mentalmente las

tareas de mi lista hasta que el reloj marca las cinco y por fin puedo salir de aquí. Mientras mis compañeras salen de la oficina para ir a tomarse una copa, atravieso el aparcamiento en dirección al coche de Dominic y dejo el mío aquí otra vez —porque no me importa que esté aquí— antes de ponerme al volante, encender la radio y poner rumbo a casa.

Canto al ritmo de la canción que suena en mi emisora de radio favorita y mi buen humor dura todo el camino hasta que llego al restaurante de comida china para llevar que hay a unos diez minutos de mi casa. Entro y pido lo de siempre, y por lo de siempre me refiero a una cantidad obscena de comida. Una mezcla de pollo agridulce, arroz frito con huevo, pan de gambas y un par de guarniciones que mi cintura no necesita pero mi voraz apetito sí.

Mientras estoy en el restaurante esperando a que se cocine mi comida, pienso en Dominic y en lo que pediría. Es un hombre de ternera y alubias negras, y le encanta que le sugiera que nos demos un capricho en un chino, pero esta noche no habrá comida sabrosa para él. Lo más que conseguirá será oler mi comida si el aroma sale del interior de la casa y se dirige hacia el fondo del jardín, pero, si eso ocurre, le estará bien empleado por lo que ha hecho. Estoy segura de que se arrepentirá aún más de lo que ya lo ha hecho si sabe que yo estoy saboreando una sabrosa comida mientras su estómago gruñe y trata desesperadamente de consumir cualquier trozo de comida que haya podido sobrar de lo último que comió ayer.

¿Qué pasa con la mujer que está en la cabaña con él? ¿Le gusta la comida china? ¿O es demasiado poco saludable para ella? ¿Es más de ensaladas y batidos de frutas? Es posible, teniendo en cuenta que está mucho más delgada que yo. Pero pronto se arrepentirá de no tener más reservas de grasa a las que recurrir cuando su hambre aumente por momentos.

La muy hija de puta se lo merece.

Doy las gracias al hombre que me entrega mi gran bolsa de plástico llena de envases de comida caliente antes de salir del local y volver a mi coche para completar mi viaje de vuelta a casa. La música de la radio no es tan buena como antes, pero encuentro un par de canciones para cantar y, cuando aparco en la entrada de mi casa, me siento bien.

Ese estado de ánimo continúa cuando entro en casa y sirvo mi deliciosa comida en un plato grande mientras miro por la ventana de la cocina hacia la cabaña y veo que la puerta sigue cerrada, como debe ser.

Se me ocurre que podría acercarme a la ventana de la cabaña y mostrarles mi comida a los de dentro, pero eso me parece demasiado cruel incluso para mí, así que no lo hago. Sin embargo, sí me aseguro de abrir la ventana de la cocina para que puedan percibir algunos de los olores antes de que devore la comida, masticándola con avidez y alimentando mi enorme apetito.

No pasa mucho tiempo hasta que experimento el habitual sentimiento de culpa tras comer por haber consumido tantas calorías, pero mejor sentirse culpable por la comida que por lo que les estoy haciendo a mi marido infiel y a su amante, y mientras meto mi plato sucio en el lavavajillas y tiro los recipientes vacíos, pienso en que la culpa es una emoción muy extraña. A veces aparece, a veces no, incluso cuando una persona está pensando en lo mismo. No me siento culpable por lo que les he hecho hoy a Dominic y a esa mujer, pero sí me sentí culpable la última vez que encerré a dos personas.

El recuerdo de aquella culpa me invade ahora, me baña casi tan rápido como el agua de esta máquina baña mi plato sucio una vez que pongo la pastilla limpiadora dentro y lo enciendo. Me sentí muy culpable por lo que le hice a papá hace tantos años, aunque nadie lo supiera entonces. Eso fue porque, al igual que hoy, se me daba muy bien callarme.

20

GRACE

DIEZ AÑOS

La policía está en mi casa. Han venido después de que mamá les llamara. La oí hablar por teléfono con ellos hace media hora desde mi escondite en lo alto de la escalera.

Mamá pensaba que estaba dormida en la cama, pero estaba despierta escuchando todo lo que pasaba, y por eso supe que había llamado a la policía y les había dicho que papá había desaparecido. Ahora hay dos policías en mi casa, aunque yo ya no me arrastro por las escaleras. Estoy de nuevo en la cama, con el edredón bien apretado sobre la cabeza, y pienso quedarme aquí hasta que se hayan ido. Tengo miedo de que intenten hablar conmigo porque, si lo hacen, puede que empiecen los problemas.

Vi que mamá abría la puerta y que entraban en casa un hombre y una mujer, ambos con unos uniformes que daban miedo, como los que lleva la policía en la tele. El corazón me latía muy deprisa cuando los vi, y me asustaba que me vieran a mí también, así que me metí en mi habitación, con miedo de escuchar lo que le decían a mamá por si hablaban de mí. Pero ya ha pasado tiempo y no sé qué sucede ahí abajo.

Todo lo que sé es que la policía sigue aquí.

Y papá sigue desaparecido.

He perdido mi oportunidad. Debería haberle dicho a mamá lo que le hice a papá antes de que llamara a la policía. Ahora es demasiado

tarde. Si se lo cuento ahora que están aquí, podrían arrestarme y llevarme a la cárcel. Yo no quiero eso. La cárcel es mala. Lo sé porque algunos de mi clase tienen a su padre en la cárcel. Otros niños se burlan de ellos y les dicen que ellos también van a ser delincuentes, como sus padres, y que acabarán encerrados en una habitación minúscula sin comida ni agua, abandonados y olvidados, sin que nadie vaya a visitarlos.

¿Y si me pasa a mí? ¿Y si me encierran y se olvidan de mí? Mamá y papá no me visitarían, ¿verdad? Estarían demasiado enfadados conmigo. Y nadie más iría porque no tengo a nadie más. Nadie de la escuela iría a verme. Me quedaría sola. Para siempre.

Así que no diré nada ahora.

De ninguna manera.

De repente, oigo pasos subiendo las escaleras y mi corazón vuelve a latir deprisa porque me preocupa que sea la policía, que viene a buscarme. ¿Qué les digo si es así? ¿Debo fingir que no he hecho nada malo, como hacía cuando era más pequeña y me metía en líos con papá y mamá? ¿O debería admitir lo que he hecho y pedir perdón, como hacía a veces cuando sabía que papá y mamá sabían lo que había hecho, y no tenía sentido negarlo?

No lo sé.

Así que me tapo un poco más con el edredón.

Oigo los pasos cada vez más cerca y espero a que la luz del pasillo empiece a brillar a través del edredón para saber que la puerta de mi habitación está abierta y que alguien me está mirando. Pero no es así. No hay luz porque los pasos pasan por delante de mi habitación y siguen por el pasillo antes de que oiga a alguien cerrar y echar el cerrojo a la puerta del cuarto de baño.

Todavía no han venido a por mí.

Todavía soy libre.

Ganando un poco de confianza, me asomo por el borde del edredón y miro a través de mi oscura habitación hacia la puerta, que permanece

cerrada. Todo está en silencio. ¿Se habrá ido la policía? ¿Ha subido mamá a la cama?

Tengo que saberlo, así que salgo sigilosamente de la cama, me dirijo a la puerta, la abro un poco y miro hacia fuera. Las luces del pasillo siguen encendidas, pero no hay nadie. Tampoco oigo voces en el piso de abajo. Puede que la policía se haya ido. Tal vez no me haya metido en un lío.

De repente, oigo tirar de la cadena. Mamá debe estar a punto de salir del baño. Será mejor que vuelva a la cama por si me ve. Pero también quiero saber qué ha pasado con la policía. ¿Qué les ha contado? ¿Y qué le han dicho?

Espero a que se abra la puerta del baño; tarda un poco, pero al final lo hace. Abro un poco más mi propia puerta, dispuesta a aparecer para poder hablar con mamá. Pero en el último segundo veo que no es ella. Hay un uniforme. Es una agente de policía. La mujer, no el hombre. Todavía están aquí.

Y me ha visto.

—Ah, hola. Lo siento. ¿Te he despertado?

La policía me sonríe, lo que me hace pensar que quizá no esté en problemas, porque si así fuera, ¿por qué iba a ser amable conmigo?

—No, ya estaba despierta —le digo, antes de desear no haberlo hecho porque no quiero que mamá sepa que no he dormido en todo este tiempo.

—Estoy aquí para hablar con tu mamá. Está abajo. Todo va bien, no tienes que preocuparte —me explica.

No sé por qué me dice eso, porque todo no va bien, ¿verdad?

A menos que hayan encontrado a papá y él no les haya dicho lo que hice.

—¿Qué está pasando? —pregunto, todavía agarrada al lateral de la puerta de mi habitación, sin querer comprometerme a salir del todo. En esta posición, creo que tengo una oportunidad de volver corriendo

a mi cama antes de que la policía pueda atraparme. Así que no me acercaré más a ella ni dejaré que ella se acerque más a mí.

La mujer policía no responde a mi pregunta, no me dice qué está pasando, aunque sé por qué está aquí. Entonces ambos oímos movimiento abajo.

—Grace, ¿qué haces fuera de la cama?

Miro hacia abajo y veo a mamá de pie en las escaleras mirándome. Me han pillado.

—No es culpa suya. Creo que la desperté cuando fui al baño —dice la policía—. Lo siento.

—Ya deberías estar dormida, jovencita —me dice mamá.

Pero yo le pregunto qué pasa.

—Se trata de tu padre —responde mamá, antes de decirme que vuelva a la cama.

Sin embargo, no lo hago. Sigo haciendo más preguntas, deseando conocer las respuestas en lugar de pasar más tiempo preocupada bajo el edredón.

Mamá sigue insistiéndome para que vuelva a la cama, pero yo sigo negándome, diciéndole que no puedo dormir hasta que ceda y me permita bajar, y cuando los tres entramos en el salón, veo al policía sentado allí escribiendo algo en un bloc de notas.

Confío en que no van a detenerme, así que ahora me siento feliz de sentarme con ellos y escuchar lo que ocurre, y mientras lo hago, oigo todo tipo de cosas.

—Como hemos dicho, aún es pronto. Sé que es fácil decirlo, pero yo intentaría no preocuparme todavía.

—La mayoría de las casos así se resuelven en las primeras veinticuatro horas.

—Empezaremos a buscar, no obstante, y le avisaremos en cuanto lo encontremos.

—Intente dormir un poco. Seguro que todo irá bien.

Los policías dicen todo eso mientras mamá dice algunas frases entre medias:

—No entiendo por qué no ha llamado.

—Nunca ha hecho algo así antes.

—Algo va mal. Puedo sentirlo.

—¿Y si no sé nada de él por la mañana?

Soy la única que no dice nada. Me siento tranquila en el borde del sofá, mirándome los pies y pensando en que todo esto está pasando por mi culpa. Parece que aún no saben dónde está papá. Eso significa que aún no saben que fui yo quien lo encerró. Pero también significa que sigue allí, en ese cobertizo, con esa mujer.

¿Qué debo hacer?

Una rápida mirada a los uniformes de la policía me recuerda que decir la verdad ahora me va a dar mucho miedo. Así que vuelvo a guardar silencio hasta que los policías se levantan para marcharse y ambos me sonríen antes de salir de la habitación con mamá detrás, que sigue haciéndoles un montón de preguntas.

Me siento mejor cuando se van y volvemos a estar solas mamá y yo en casa. Pero ¿por cuánto tiempo? La policía dijo que volverían por la mañana. Con suerte, estaré en la escuela para entonces y no tendré que verlos. Eso será más fácil que esto.

—Tienes que meterte en la cama. Ahora.

La voz de mamá es severa y sé que no debo llevarle la contraria cuando habla así, por lo que asiento con la cabeza y voy a hacer lo que me dice. Pero, justo antes de salir de la habitación, oigo algo. Cuando me vuelvo, veo que mamá está llorando.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella me dice que sí antes de empezar a llorar más fuerte y coger una caja de pañuelos mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

Nunca había visto llorar a mamá. Siempre soy yo la que llora delante de ella. No me gusta verlo. Ojalá pudiera hacer que las lágrimas pararan.

—Mamá…

Voy a contarle lo que he hecho. Dónde está papá. Por qué lo encerré.

Deja de llorar y me mira, dispuesta a escuchar lo que tengo que decirle.

Ese era el momento. El momento en que debería haber dicho la verdad. Todo podría haber terminado ahí, y todo habría sido tan diferente, para mí, para mamá y para papá. Para el resto de nuestras vidas. Pero entonces no lo sabía. Me asusté y dejé de hablar.

Luego volví a la cama.

Dejé a mamá llorando abajo.

21

GRACE

He vuelto a encender la electricidad en la cabaña hace diez minutos. No sé por qué. Tal vez porque he sentido un poco de lástima por ellos. O tal vez porque he estado pensando en mamá y papá, y eso me ha dado una razón para reconsiderar ligeramente ser tan cruel con mi marido y su otra mujer. Pero eso es todo lo que he hecho. No he visitado la cabaña, no he dado a los que están dentro la oportunidad de hablar conmigo y, desde luego, aún no he abierto esa puerta.

Son las ocho de la tarde de un viernes y estoy sola, sin más compañía que un mal programa de televisión y una solitaria copa de vino. ¿Es así como tiene que ser mi vida ahora? Tal vez sí, a menos que perdone a Dominic por lo que ha hecho. O podría encontrar a alguien nuevo que ocupe su lugar.

Una cosa cada vez.

Tengo que decidir qué hacer con mi marido actual antes de pensar en el siguiente.

El sonido del timbre casi hace que deje caer mi copa de vino porque no espero compañía. Pero alguien ha venido a visitarme, y no tengo ni idea de quién es cuando salgo del salón y me acerco tímidamente a la puerta.

¿Es alguien que conozco? ¿Es alguien que busca a la mujer de la cabaña? ¿O es la policía?

Resulta que es mi vecina, Maggie. Tiene una gran sonrisa en la cara y una botella de vino en la mano, y cuando le pregunto si va todo bien, me dice que ha venido porque Frank le dijo que yo estaría sola en casa este fin de semana.

Así es, le dije a Frank que Dominic iba a trabajar fuera. La mentira me ayudó en ese momento. Pero ahora me ha causado otro problema. Aunque es bueno que Maggie me vea cuando estoy sola —en realidad, no estoy sola en absoluto—, lo último que necesito es que entre y lo descubra.

—Es muy amable de tu parte —digo, forzando una sonrisa—. Pero estoy bien. No tenías que preocuparte por mí.

—No seas tonta, no me preocupas. Ya eres mayorcita y seguro que puedes entretenerte sola. Si te soy sincera, solo necesitaba una excusa para alejarme de Frank durante un par de horas. Me harías un favor si me dejaras entrar a tomar una copa de vino. Así que, ¿qué te parece?

Maggie agita la botella delante de mí y no sé qué excusa podría darle para no dejarla entrar. Sería una grosería por mi parte rechazarla ahora, así que, de muy mala gana, me hago a un lado y le doy la bienvenida.

Todo irá bien. Nos quedaremos en la casa. No iremos al jardín, así que no podrá ver ni oír nada en la cabaña. Y trataré de mantenerla alejada de las ventanas para que no pueda mirar hacia fuera, pero, incluso si lo hace, está oscureciendo ahora, así que la luz del crepúsculo mantendrá mis secretos ocultos en las sombras.

—¿Qué tal si abro esto y te sientas en el salón? —le sugiero a Maggie, mientras le quito la botella y la guío hasta el sofá, porque así no me seguirá hasta la cocina ni mirará hacia el jardín trasero.

—Me parece bien, vecina.

Sirvo las bebidas y apago el televisor, haciendo una broma rápida sobre lo que estaba viendo antes de que Maggie se presentara aquí sin avisar, antes de entablar una charla bastante mundana.

Maggie me pregunta cómo me ha ido el día, cómo va el trabajo y cómo estoy en general, y disimulo bien dándole respuestas muy normales y seguras, sin insinuar en absoluto que mi vida en realidad ha dado un giro y que aún no sé cuándo volverá a la normalidad.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Todo bien?

No espero que Maggie se lance a enumerar los problemas que podría tener, pero eso es exactamente lo que ocurre, y cuanto más habla, más evidente resulta que lo decía en serio cuando dijo que quería alejarse de su marido durante un par de horas esta noche.

—¿Puedo serte sincera? —me pregunta Maggie, y le digo que sí porque mejor ella que yo—. Creo que me he aburrido un poco de Frank. ¿Está mal que lo diga?

—Oh, eh, ¿mal? No. Es algo sorprendente.

—Lo siento. No debería haber dicho nada.

—No, está bien. Continúa.

En todo caso, agradezco esta distracción de mis propios problemas.

—Es solo que llevamos casados veinte años y las cosas se han vuelto, ¿cómo decirlo?, un poco rutinarias.

—¿En el dormitorio?

—En todas partes.

—Oh, vale.

—Ya no me sorprende. Apenas me habla. No me valora. Y supongo que yo lo trato de la misma manera. Los dos estamos en un punto muerto, y no estoy segura de lo que quiero hacer al respecto. Ya ni siquiera sé si me importa.

—No sé qué decir.

—Dime que estoy loca. Dime que todo irá bien. Dime que tú y Dominic sois muy felices juntos.

Podría haberme reído de la última frase si la realidad no fuera tan sombría, pero consigo mantener la compostura.

—No diría que somos perfectos. Ninguna pareja lo es. Todo el mundo tiene sus problemas.

—A eso me refiero. No tenemos un problema como tal. Todo va bien.

Ninguno de los dos ha engañado al otro. Ninguno de los dos se ha puesto violento o ha empezado a actuar injustamente con el otro. Tal vez, si alguna de esas cosas hubiera sucedido, sería más fácil.

—Créeme, no te gustaría que uno de los dos le fuese infiel al otro —digo con tristeza.

—Ah, ¿sí? Parece que hablas por experiencia.

Maggie me mira como si esperara que me explayara, pero, por supuesto, no lo hago.

—No, no tengo ninguna experiencia con ese tipo de cosas, gracias a Dios —digo, descartando la idea—. Solo digo que agradezcas que no tienes un problema así.

—Supongo. Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Seguir con una relación rutinaria los próximos veinte años? ¿O hacer algo al respecto?

—No lo sé. Tal vez deberías hablar con Frank.

—Lo he intentado. Se encoge de hombros y dice que estamos bien. Luego vuelve a ver deporte y a beber cerveza. ¿Sabes lo que me dijo el otro día? Dijo que desearía tener una cabaña en el jardín, como Dominic. No me dijo por qué, pero entendí la indirecta. Es porque le gustaría tener un lugar donde poder alejarse de mí por las noches.

La mención de la cabaña me hace pensar en mi marido y en esa mujer que está con él, un poco más calentita dentro de la cabaña ahora que ha vuelto la luz, pero todavía bajo mi control.

—¿Crees que es por eso por lo que Dominic quería su cabaña? —me pregunta Maggie—. Para tener algo de paz y privacidad.

—No, es solo un lugar donde puede trabajar cuando no está en la oficina.

—Pero pasa mucho tiempo ahí, ¿verdad?

Mucho más de lo que crees, mi querida vecina.

—Supongo.

—¿Crees que os ha ayudado a los dos? ¿Que él tenga un sitio a donde ir? ¿Os da algo de espacio de vez en cuando?

—No lo sé.

Me ha ayudado a encerrarlo, eso seguro.

—Supongo que a lo que quiero llegar es: ¿crees que debería dejar que Frank construya una cabaña en el jardín?

Tengo ganas de decirle que no porque no tiene ni idea de los problemas que puede causar. Pero no puedo revelar nada, así que me encojo de hombros y le digo que quizá no sea mala idea.

—Tal vez puedas darme los datos de los tipos que la construyeron —sugiere Maggie, y yo le digo que me parece bien antes de que coja la botella de vino y se sirva otra copa. Supongo que aún no va a ninguna parte.

Pero, a pesar de lo incómoda que me resulta esta conversación —por no hablar de lo inquietante que es tener a alguien aquí mientras mi marido está bajo llave a escasos metros de donde nos sentamos—, me alegro bastante de tener a Maggie aquí. Es agradable tener otra mujer con la que hablar. Podría haber tenido eso esta noche si hubiera ido a tomar algo con las mujeres del trabajo, pero no lo hice. Aunque ahora tengo compañía, y está claro que Maggie me ve como una amiga si está dispuesta a confiarme sus problemas en casa.

Una amiga.

Las recuerdo. Han sido pocas, pero he tenido algunas a lo largo de los años.

Recuerdo a una en particular. Tenía la misma edad que yo cuando nos conocimos en circunstancias muy inusuales y muy difíciles. Se llamaba Rosie y, como yo, estaba triste el día en que nuestros caminos se cruzaron por primera vez.

Rosie era mi amiga cuando yo tenía diez años.

Pero me habría odiado si hubiera sabido la verdad sobre mí en ese momento.

22

GRACE

DIEZ AÑOS

La policía ya no busca solo a una persona desaparecida.

Ahora buscan a dos.

La mujer que está con papá también ha sido dada por desaparecida, y un policía acaba de decirle a mamá quién es.

—Se llama Amy, y su marido denunció su desaparición no mucho después de que usted nos hablara de su marido —dice el policía, y lo sé porque me he escabullido escaleras abajo y en estos momentos estoy escuchando a hurtadillas la conversación que tiene lugar al otro lado de la puerta del salón.

—¿Qué tiene que ver esto con mi marido? —pregunta mamá, todavía ajena al hecho de que no estoy en la cama, de lo cual me alegro porque no reaccionaría bien si supiera que estoy merodeando por la casa mientras la policía está aquí.

—Lo menciono porque no es habitual que dos personas de una edad similar desaparezcan al mismo tiempo en el mismo lugar, sobre todo en esta ciudad.

—¿Qué está diciendo? —pregunta mamá—. ¿Cree que podría estar relacionado?

—Es una posibilidad.

—¿Cómo?

—No lo sabemos. Podría ser solo una coincidencia, por supuesto, pero tenemos que considerarlo todo.

—¿Y qué es «todo»?

Se produce una pausa en la conversación antes de que el policía continúe:

—Es posible que su marido y esta otra mujer, Amy, se conocieran y, si es así, que estén juntos.

Otra pausa. Mamá no dice nada. ¿En qué estará pensando? Me gustaría verla, pero no me atrevo a asomarme por la puerta entreabierta por si me ve.

—¿Qué quiere decir con «juntos»? —vuelve a hablar mamá.

—Solo digo que podría haber alguna conexión. Pero aún es pronto para saberlo con seguridad.

—¿Está diciendo que mi marido tenía una aventura?

—¡No, en absoluto!

—Entonces, ¿qué está diciendo?

Mamá se está enfadando, y me siento mal por el policía porque no es divertido cuando mamá levanta la voz.

—Estamos intentando explorar todas las posibilidades. Eso significa que tenemos que considerar si los dos desaparecidos se conocían y pueden estar juntos ahora. Si es así, entonces puede que su desaparición no haya sido malintencionada.

—¿Qué otra razón hay para que ambos desaparezcan?

Otra pausa, así que mamá vuelve a preguntarle hasta que contesta.

—Puede que hayan ido juntos a algún sitio.

—¿Qué quiere decir? ¿Como un hotel o algo así?

—No lo sé.

—No, creo que está insinuando algo, así que le agradecería que tuviera las pelotas de ser un hombre y decirlo. ¿Cree que se han escapado juntos mi marido y esa mujer? Bueno, no me lo creo. Tiene una hija, por el amor de Dios. ¡Él no la dejaría, y menos a mí!

—Comprendo. Como le dije, la mantendremos informada cuando tengamos noticias.

Creo que el policía está a punto de marcharse, así que subo corriendo las escaleras con cuidado de no hacer ruido, pero moviéndome deprisa para quitarme de en medio antes de que lleguen al pasillo.

He terminado de subir las escaleras cuando los oigo hablar junto a la puerta principal. Mamá le dice al policía que se esfuerce más por obtener respuestas concretas en lugar de plantear teorías descabelladas, y él le promete que él y los demás policías lo harán. Entonces se marcha y mamá cierra la puerta tras de sí, con un ruido lo bastante fuerte como para hacerme saltar y probablemente también al pobre policía que acaba de salir.

Vuelvo a meterme en la cama e intento dormir un poco, pero solo puedo pensar en que esto va a peor. Ahora tengo muchos problemas. No es solo mamá quien busca a alguien, sino que ese otro hombre busca a su mujer. ¿Por qué papá y ella tuvieron que hacer lo que hicieron? Ambos están casados. No deberían haber estado juntos, besándose en ese cobertizo. Debería haber estado vacío. Debería haber podido esconderme allí y luego haberme ido a casa, y todo habría estado bien. Pero ahora todo está mal.

Pasa otro día, pero no ocurre gran cosa. Pensé en volver al cobertizo, pero estaba lloviendo y me dio miedo que alguien me viera y supiera que había sido yo quien lo había cerrado, así que me mantuve alejada. Paso otra noche sin dormir, pero sé que mamá tampoco ha dormido porque no deja de bostezar y de decirle a su amiga por teléfono que lo único que la mantiene en pie en este momento es el café.

También la oigo decirle algo más a su amiga. Dice que a papá siempre se le van los ojos detrás de las mujeres y que quizá esta vez ha hecho algo más que mirar. No sé muy bien qué significa eso, pero lo dice varias veces antes de ponerse a llorar otra vez, y luego se enfada, llamando mentiroso a papá y diciendo que, si ha tenido una aventura,

será mejor que no vuelva a casa porque ella lo matará si lo hace.

Es al día siguiente cuando la policía vuelve a nuestra casa y, cuando lo hacen, me piden que esté en la habitación con mamá. No sé por qué me quieren ahora, y creo que no puede ser bueno, pero mamá no dice nada mientras me siento en el sofá a su lado. Se limita a dar un sorbo a su bebida. Pero ya no es café. Es esa cosa roja que viene en las botellas grandes.

—Me temo que seguimos sin noticias —nos dice un hombre vestido con un traje oscuro. Me pregunto por qué no lleva uniforme como los demás policías. Quizá sea más importante que ellos. O quizá es un día sin uniforme para él, como a veces me toca a mí en el colegio.

—Como ya han pasado cuatro días desde que se presentó la denuncia por desaparición, tenemos que intentar otra cosa. Voy a convocar una rueda de prensa para hacer un llamamiento público en busca de información, y esperaba que usted estuviera dispuesta a hablar a mi lado en ella.

Las uñas de mamá golpean ruidosamente el borde de su copa antes de tomar otro trago, y luego pregunta qué tendría que decir.

—Diga lo que quiera. Cómo se siente. Que echa de menos a su marido. Que quiere saber si está a salvo. Que quiere que vuelva a casa. Cualquier cosa por el estilo. Solo sea honesta.

—¿Por qué debería?

—¿Perdón?

—¿Por qué debería ser sincera? Mi marido no ha sido honesto conmigo. Ha huido con esa mujer y me ha dejado como una tonta.

El hombre del traje parece un poco incómodo, y veo que mira a uno de los policías antes de volver a hablar.

—Entiendo que este es un momento difícil para usted y que tiene todo tipo de preocupaciones. Pero, como le he dicho antes, no ha habido ninguna actividad en las cuentas bancarias de su marido ni ningún indicio que pueda sugerir que se ha marchado para empezar una nueva vida en otro lugar.

—Está con ella. Esa mujer. Amy. Tiene que estarlo.

—Tal vez. Pero no ha habido actividad en sus cuentas bancarias, ni ninguno de los dos retiró cantidades sustanciales de dinero antes de sus desapariciones. Para mí, eso no encaja con el perfil de dos personas que intentan huir. Necesitarían dinero, dondequiera que hayan ido, y por lo que sabemos, no lo tienen. Tampoco han sido detectados por las cámaras de seguridad de la zona. Es como si hubieran desaparecido. Pero la gente no desaparece sin más, no en estos tiempos. Dejan rastros. El hecho de que no haya ninguno aquí me lleva a pensar que les ha pasado algo.

Mamá no dice nada al respecto. Se termina su copa y va a coger la botella que está en la mesa junto al sofá. Pero el hombre del traje vuelve a hablar antes de que ella pueda servirse otra vez.

—La rueda de prensa será mañana por la mañana. Debería intentar descansar bien antes.

Mamá se ríe antes de servirse otra copa y dar un sorbo aún mayor que el anterior.

—Vale, de acuerdo. Hablaré en el llamamiento —dice, encogiéndose de hombros—. Pero ni en broma voy a permitir que venga a mi casa y me sugiera que deje de beber. Ahora, si no le importa y si no tiene nada más que decirme, déjenos en paz a mí y a mi hija.

Me quedo sentada con mamá mientras se van, pero, cuando todos se han ido, ella se limita a decirme que me vaya a la cama. Le digo que quiero quedarme levantada con ella e intento darle un abrazo, pero ella se limita a gritarme que haga lo que me dice, y salgo corriendo mientras levanta la voz antes de que oiga el ruido de cristales rompiéndose contra una pared.

Mamá no subió a la cama esa noche. La encuentro dormida en el sofá cuando bajo por la mañana. También hay una gran mancha roja en la pared detrás del televisor, así como trozos de cristal en la alfombra. Pero no tenemos tiempo de recoger porque la policía viene a buscarnos para el llamamiento.

Tras un rato en el coche, llegamos a un gran edificio al otro lado de la ciudad. Hay mucha gente en la sala a la que nos llevan. Algunos

llevan uniforme de policía, pero otros no, y no estoy segura de quiénes son. Todos van de un lado a otro y hablan con gente que lleva cámaras, y también veo a alguien colocando micrófonos en una gran mesa en la parte delantera de la sala.

Hay muchos asientos cerca de la mesa y, mientras la policía habla con mamá, las sillas se llenan de hombres y mujeres que llevan grabadoras y blocs de notas y que parecen estar escribiendo un montón de mensajes en sus teléfonos móviles mientras esperan que ocurra algo. Entre la multitud, veo a una niña que parece tener mi edad. Lleva un vestido blanco y coge de la mano a un adolescente con camisa blanca. Supongo que es su hermano, porque se parece un poco a él. Entonces me doy cuenta de que me está mirando.

Me saluda con la mano.

Así que le devuelvo el saludo.

No voy a hablar con ella porque sé que tengo que quedarme cerca de mamá, pero, cuando llega el momento de que mamá vaya a la mesa grande de delante, me dicen que vaya a una salita cercana a esperarla. Allí vuelvo a ver a la niña y a su hermano, y como todos los adultos de la sala están atentos a las pantallas de televisión que muestran lo que ocurre en la otra sala, tengo libertad para hablar con la niña.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto en voz baja.

—Rosie. ¿Y tú?

—Grace.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—Yo también.

—¿Es tu hermano?

—Sí, se llama Joshua. Tiene trece años.

Sonrío al chico mayor, pero él no me devuelve la sonrisa.

—¿Por qué estás aquí? —me pregunta Rosie.

—Mi madre está haciendo un llamamiento. ¿Y tú?

—Mi padre también está haciendo un llamamiento.

Joshua me dice que su madre ha desaparecido, y supongo que es Amy, la mujer que está con papá en el cobertizo. Pero no digo nada porque empieza la rueda de prensa y, de repente, la cara de mamá aparece en las pantallas de televisión de la sala.

Es raro verla en la tele, pero también mola, y la observo mientras habla, preguntando por cualquier noticia sobre dónde puede estar papá, antes de que empiece a llorar y tenga que parar. Luego le toca hablar al marido de Amy, que pide lo mismo antes de echarse a llorar aún más que mamá. Entonces aparece el hombre del traje y dice algunas cosas, pero me lo pierdo todo porque Rosie me pregunta si quiero rezar una oración por nuestros padres desaparecidos. No sé muy bien qué hacer porque nunca rezo, pero me coge de la mano y dice algunas cosas antes de sonreírme.

—Estarán bien —me dice—. Pronto estarán en casa.

Me gusta Rosie. Es simpática. Pero también está equivocada. Mi padre y su madre no llegarán pronto a casa, a menos que vaya y los deje salir de ese cobertizo. Y, después de conocer a Rosie y sentir que quiero ser su amiga, tomo una decisión.

Voy a ir a ese cobertizo en cuanto pueda y abriré la puerta.

Es hora de dejarlos salir.

Es hora de que todos dejen de preocuparse. Mamá. Rosie. Joshua. Yo.

Es hora de que esto termine.

23

GRACE

Con mi historia, probablemente no sorprenda que las relaciones me resulten difíciles. Problemas de confianza. Paranoia. Culpabilidad. Ninguna de esas cosas suele contribuir a que a una persona le resulte fácil hacer amigos y conservarlos. Pero Maggie sigue aquí, en mi casa, charlando conmigo como si fuéramos amigas. Ahora me cuenta que hace poco descubrió que su marido sigue a todo tipo de famosas con poca ropa en sus redes sociales.

—Le pregunté por qué tenía una cuenta en algunos de esos sitios web —dice Maggie—. Me dijo que le gustaba seguir a algunos deportistas famosos, golfistas y gente así. Decía que eso podía enseñarle algunas cosas para mejorar su swing. Cuando miré las cuentas que seguía, había unos cuantos golfistas, pero los superaban ampliamente en número las modelos de lencería.

Casi me da la risa, porque la idea de Frank comiéndose con los ojos a una modelo de la mitad de su edad en su teléfono móvil —mientras supone que su mujer cree que está viendo consejos sobre cómo ser mejor golfista— me hace gracia. Pero consigo contener la risa porque a Maggie no parece resultarle divertido.

—¿Qué le parecería si empezara a seguir un montón de cuentas de hombres sin camiseta? Apuesto a que se pondría celoso, ¿a que sí? —pregunta Maggie.

—Es probable.

—Entonces, ¿por qué él puede hacerlo y yo no?

—¿Has hablado con él de esto?

—No.

—Tal vez deberías hacerlo y darle la oportunidad de explicarse.

Solo estoy diciendo algo que creo que podría ayudar a Maggie a sentirse mejor con este tema, pero apenas las palabras salen de mi boca me doy cuenta de que no estoy siguiendo el consejo que acabo de dar. Aún no le he dado a Dominic la oportunidad de explicarse. Ni le he ofrecido esa oportunidad a la mujer con la que está encerrado.

¿Es justo?

Maggie parlotea sobre otra cosa que le ha molestado de Frank, pero ahora todos mis pensamientos se centran en sacarla de casa lo antes posible para poder salir al jardín y comunicarme con los de la cabaña. Empiezo a fingir algunos bostezos y a echar un par de miradas al reloj de la repisa de la chimenea y, aunque tarda un poco, Maggie acaba por captar la indirecta.

—Oh, lo siento. Se está haciendo tarde y debes estar cansada después de una larga semana de trabajo. Me termino esta copa y me voy.

Finjo que no pasa nada, pero un par de bostezos sofocados más y Maggie se ha bebido los restos de su vino y se levanta para marcharse. Antes de salir por la puerta principal, me da las gracias por haberle servido de paño de lágrimas esta noche.

—Siento haberte soltado todos mis problemas con Frank —dice, pareciendo solo un poco arrepentida por ello—. Eres muy buena escuchando. Espero que Dominic te valore.

Esta vez no puedo contener la risa, y Maggie parece confusa.

—¿De qué te ríes?

—Oh, no es nada. Lo siento, a veces me entra la risa floja después del vino.

Es una mentira patética, pero Maggie se la cree y, mientras la despido con la mano, me sigue divirtiendo que diga que espera que mi marido me valore.

Una vez que mi vecina se ha ido, recojo rápidamente las copas y la botella vacías antes de buscar un papel y un bolígrafo y escribir una nota para mis prisioneros.

Ya ha pasado un tiempo desde que os pillé a los dos in fraganti. Espero que entendáis lo traumático que fue para mí, y aunque haberos encerraros pueda parecer una reacción exagerada, intentad verlo desde mi punto de vista. Vosotros dos me habéis roto el corazón. Puede que os estéis preguntando cuánto tiempo pasará hasta que os deje salir, pero yo me estoy preguntando cuánto tiempo pasará hasta que sane mi corazón.

Mientras tanto, os daré la oportunidad de explicaros. Quiero que cada uno me diga por qué lo ha hecho. Dominic, sé honesto. ¿Fue por la aventura? ¿Fue solo pura lujuria? ¿O te aburriste de mí y necesitabas algo de emoción en tu vida? Y tú, mi rival amoroso, ¿por qué decidiste acostarte con un hombre mayor y casado? ¿Una fantasía? ¿Un fetiche? ¿O no puedes conseguir a alguien de tu edad? Quisiera las respuestas a estas preguntas por escrito y que sea rápido, se hace tarde y estoy cansada. Dependiendo de lo sinceros que seáis conmigo, decidiré si abro la puerta de la cabaña esta noche.

Satisfecha con la nota, la entrego en la cabaña deslizándola por debajo de la puerta antes de esperar a que vuelva con algunas respuestas escritas en ella. Me he puesto el abrigo justo antes de salir de casa, así que no tengo demasiado frío, y la copa de vino que me he tomado con Maggie me ayuda a calmarme. Pero no quiero quedarme aquí mucho tiempo, y espero que la gente que lo está leyendo ahora mismo actúe en consecuencia a la urgencia que he intentado imprimirle a mi mensaje.

Como era de esperar, Dominic y la mujer aparecen enseguida por la ventana de la cabaña e intentan comunicarse conmigo verbalmente a través del cristal. Pero yo les he dicho lo que quiero, y desde luego no es que me griten y golpeen el cristal. Deben responderme por escrito, y aunque pierden un par de minutos ignorando mi petición, al final dejan de hacernos perder el tiempo a todos y empiezan a plasmar sus respuestas en papel.

Puedo ver las siluetas de los dos dentro de la sombría cabaña. Ambos están encorvados sobre el escritorio junto a la lámpara, presumiblemente trabajando en lo que están escribiendo, y veo que Dominic gira la cabeza para mirarme un par de veces antes de que terminen. Entonces el papel pasa por debajo de la puerta y lo recojo.

Ella ha escrito primero. Me doy cuenta de que su letra es bonita. Como ella.

Siento lo que he hecho. Nunca debí haberme involucrado con un hombre casado. Para responder a tu pregunta de por qué lo hice, solo puedo decir que soy joven y tonta, y como en muchas otras ocasiones de mi vida, he cometido un error y me arrepiento, pero me esfuerzo por ser mejor. Solo puedo pedirte perdón de nuevo.

Es un intento decente, pero no me vale que se limite a escudarse en que es joven y tonta, así que sacudo la cabeza antes de leer lo que ha escrito mi marido.

Grace, como te he dicho, siento mucho haberte hecho daño. Puedo asegurarte que ni me he aburrido de ti ni buscaba una aventura. Tan solo sucedió, inesperada y lamentablemente. Pero ella no significa nada. Tú eres la única mujer que significa algo para mí.

Vuelvo a bostezar, pero esta vez no es fingido. Estoy muy cansada. Cansada de leer esta basura.

¿Desde cuándo?

Esa es mi siguiente pregunta, y la paso por debajo de la puerta, quedándome a la espera de la respuesta. No sé con certeza si mienten

o dicen la verdad, pero supongo que no es la primera vez que hacen el amor. Seguro que empezaron a hacerlo en habitaciones de hotel antes de llegar a mi casa, pero dejaré que ellos decidan lo que quieren contarme.

Vuelve la nota y reconozco la letra de Dominic en el texto que se ha añadido. Está respondiendo valientemente a esta pregunta. Bien por él.

No mucho. Un par de semanas. Lo siento.

¿Me está diciendo la verdad? No lo sé. Pero sí sé que corre el riesgo de batir el récord mundial del mayor número de veces que una persona ha pedido perdón en tan solo veinticuatro horas.

Me pregunto si volverá a disculparse cuando lea mi siguiente pregunta. Sería fácil para él hacerlo, pero espero que se tome tiempo para pensar un poco más antes de responder porque esta será la pregunta más importante que les haga a él y a la mujer lo acompaña ahí dentro.

También será la última.

Escribo la pregunta antes de respirar hondo y pensar si quiero que la respondan bien. Si lo hacen, puede que salgan de esta situación. Pero, si no lo hacen, su tormento continuará.

A ver qué se les ocurre. No me corresponde a mí decidir lo que les sucederá. Ellos se metieron en este lío y solo ellos pueden salir de él.

Vuelvo a meter el papel por debajo de la puerta antes de dar unos golpecitos en el cristal para que ambos levanten la vista hacia mí. Cuando me ven, me doy un toquecito en la muñeca en el lugar donde estaría un reloj si lo llevara puesto, una forma de hacerles saber que deben darse prisa y no tardar demasiado en responder. Luego me alejo de la ventana y les dejo espacio para trabajar.

Un poco de espacio para salvarse.

O condenarse a sí mismos.

24

DOMINIC

Kamilla y yo nos quedamos mirando la pregunta que nos ha hecho mi mujer, pero ninguno de los dos ha intentado responderla todavía. Los dos nos tomamos nuestro tiempo, y hay una buena razón para ello.

No podemos permitirnos equivocarnos.

¿Podéis darme un buen motivo por el que debería dejaros salir?

Eso es. Esa es la pregunta. Puede parecer bastante simple, pero es complicada. La respuesta obvia es que Grace debería dejarnos salir porque es lo correcto. Pero algo nos dice que ella quiere algo más que eso. Ella quiere una verdadera razón para liberarnos, una que no solo trate de jugar con cualquier sentido del bien y el mal que le pueda quedar. Pero ¿qué podemos decirle?

—Dile que irá a la cárcel si no abre la puerta —dice Kamilla emocionada, como si acabara de descubrir fácilmente la solución a un complejo rompecabezas—. ¡Ya está!

—No queremos ponernos a malas con ella —le recuerdo a mi compañera de prisión.

—No se trata de ponernos a malas, sino de recordarle que se enfrentará a una condena seria entre rejas si no lo hace.

—No, necesitamos algo más.

—¿Como qué?

—¡No lo sé!

Parece como si toda esta situación se redujera a acertar o fallar, como si estuviéramos en un programa de juegos y el presentador nos diera un cincuenta por ciento de posibilidades de ganar el primer premio.

Adivina bien y tendrás tu libertad.

Pero adivina mal y no volverás a ver el mundo exterior.

Nunca me han gustado los concursos. Hay demasiada suerte e, invariablemente, los concursantes pierden. El juego tiene que estar amañado de alguna manera. Y seguro que parece que este juego también lo está.

—No creo que quiera dejarnos ir —digo con tristeza, después de considerar todas las posibilidades.

—¿Qué? Acaba de pedirnos que le demos un motivo.

—Lo sé, pero eso no significa que ella quiera hacerlo. Es como si nos estuviera preparando para fracasar. ¿Qué posibilidades hay de que digamos lo único que ella querría oír? Podríamos mencionar a la policía o lo arrepentidos y asustados que estamos, o que nunca se saldrá con la suya con lo que está haciendo, pero ella ya debe haber considerado todo eso, así que no es suficiente. No nos ha dejado mucho que podamos decir.

—Pues no le daremos solo un motivo. Le daremos todos —dice Kamilla desafiante, y coge el lápiz y empieza a escribir.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy cubriendo todas las posibilidades.

Observo cómo escribe varias frases cortas, pero es difícil leerlas con su mano volando furiosamente sobre el papel, así que tengo que esperar a que termine. Tarda un rato, pero al final termina y, cuando lo hace, leo lo que ha escrito.

Porque no puedes matarnos.

Serás una asesina si nos dejas aquí.

Nuestras familia y amigos nos estarán buscando.

Te condenarán a cadena perpetua.

Lo perderás todo.

Todos en la ciudad te odiarán.

No querrás vivir con ese remordimiento.

No puedes vivir lamentándote por esto.

Si no abres esta puerta, estarás mirando por encima del hombro el resto de tu vida.

Tengo que reconocérselo a Kamilla. Realmente ha ido a por todas con sus respuestas. Ha dejado de lado el tacto y ha ido directa al grano. ¿Funcionará? No estoy muy seguro.

—Mételo por debajo de la puerta —me insta Kamilla, ya comprometida con lo que acaba de hacer.

—Espera —le digo, releyendo las respuestas y preguntándome si hace falta editarlas—. Ella solo nos ha pedido un motivo.

—¡Pero no hay solo uno! Hay muchos. ¡Y ella lo sabe! ¿Oyes eso? ¡Hay un millón de motivos por los que nos tienes que dejar salir!

Kamilla golpea la puerta mientras grita a Grace, pero eso no va a ayudar en nada, así que la arrastro lejos de ella antes de que pueda empeorar las cosas.

—Cállate y mantén la calma un minuto —le ruego—. Tenemos que ser inteligentes. No es el momento de actuar por impulso.

—No, es el momento de la acción. ¡Acción en serio! ¿Quieres salir de aquí o no?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, ¡mete esa nota por debajo de la puerta!

—¿Y si no lo acepta? ¿Dónde nos dejaría eso? Tenemos que asegurarnos de que lo que decimos funciona. Podría ser la última oportunidad que tengamos.

Esa última frase flota en el aire, y no hace falta ser adivino para saber que, tras oírla, Kamilla piensa en todos sus seres queridos y en lo que significaría no volver a verlos. Y no solo eso. ¿Sabrían lo que le había ocurrido? ¿O la darían por desaparecida para siempre? ¿Me pasaría igual a mí?

—Piensa, maldita sea. Piensa —me digo mientras cojo el lápiz y lo sujeto con fuerza—. ¿Qué quieres, Grace? ¿Qué intentas que te diga?

Volviendo a los concursos, aunque sé que los concursantes rara vez ganan, pienso que siempre hay una excepción. De vez en cuando, alguien supera las probabilidades. Alguien gana el juego. Alguien se lleva el primer premio y recibe un abrazo del presentador. Tengo que creer que yo seré ese ganador.

¿Cómo lo hacen? ¿Cómo ganan?

Asumiendo un riesgo.

Con eso en mente, empiezo a escribir.

—¿Qué estás poniendo? —me pregunta Kamilla.

La ignoro mientras escribo cada vez más rápido, sintiendo una ligera emoción por lo atrevido que estoy siendo. Si esto fuera un concurso, millones de personas de todo el país estarían sentadas frente a sus televisores ahora mismo preguntándose qué voy a hacer.

Estarían a punto de obtener su respuesta.

—Vale, a ver si esto funciona —digo, y vuelvo a doblar el papel antes de ir hacia la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué has escrito? —Kamilla me da la lata, pero yo la ignoro, aunque me aseguro de entregar la nota antes de responderle porque no quiero acabar arrepintiéndome de mis palabras. Pero, una

vez que la nota ya no está, y como buen presentador de un programa de juegos, ilumino a mi público para que esté al tanto del desarrollo de la partida.

—He decidido dejar de ser débil y pasar a la ofensiva —respondo—. Como aquí nos están acosando y los acosadores solo responden a las muestras de fuerza, me he asegurado de demostrarle a Grace lo fuertes que somos. Le he dicho que antes mentí y que no me arrepiento de la aventura. Le he dicho que estaba aburrido de ella y que no me arrepiento de lo que hice porque la vida es demasiado corta para arrepentirse. Y, por último, le he dicho que, si tenía que morir aquí contigo en estos próximos días, prefería eso a pasar los próximos cuarenta años teniendo una vida miserable con ella.

Kamilla se queda con la boca abierta cuando termino de hablar, y lo entiendo. Está estupefacta. Lo que acabo de decirle a mi mujer es una apuesta arriesgada. Pero, si vamos a caer, será mejor que caigamos a lo grande.

—¿Estás de broma? Por favor, dime que estás bromeando.

Kamilla se angustia mucho, pero intento tranquilizarla diciéndole que puede que funcione.

—Rogar y suplicar no hará que Grace abra esta puerta —digo, esperando tener razón—. Ya lo hemos intentado y no ha funcionado. Pero los celos podrían. Escucha esto. Una vez, cuando empezamos a salir, habíamos quedado para ir al cine a las ocho. Pero me confundí de hora y terminé llegando media hora tarde. Obviamente, eso no es bueno en las primeras etapas de una relación, y me preocupaba haber estropeado las cosas con Grace antes de que empezaran. Pensé que se enfadaría conmigo o que aceptaría la cita y no se molestaría en organizar otra después. Pero ¿sabes lo que hizo?

—¿Qué?

—Cuando llegué, me disculpé, le expliqué mi error y entramos al cine. No habló mucho durante la película y cuando salíamos me di cuenta de cómo funciona su mente. Me dijo que le preocupaba que yo hubiera llegado tarde porque tenía un plan mejor. Una cita con otra mujer o algo así. Me dijo que me había imaginado quedando con otra mientras ella estaba allí sola.

—¿Y?

—Entonces me di cuenta de lo que más temía. No era solo perder a alguien que le gustaba, era perderlo por otra persona. Ella pensó que yo tenía otra cita esa noche, lo cual no era cierto. Pero ahora sabe que sí. Y, en lugar de disculparme por haber sido descubierto, debería admitirlo. Sí, tengo otra mujer. ¿Qué vas a hacer al respecto, Grace?

—¡Podría tenernos encerrados aquí para siempre!

—No, sus celos no la dejarán hacerlo. La matará admitir que me ha perdido por ti. Pero eso es lo que pasará si no abre esta puerta. Seré tuyo para siempre, no de ella si hace eso, y ella no lo querrá. Creo que esto podría funcionar. Creo que podría dejarnos salir.

—¿Y si se da cuenta? ¿Y si sabe que es solo una táctica?

—No lo hará. Apuesto a que está demasiado cegada por los celos para verlo.

—Pues más vale que así sea, porque si no funciona, ¡no tenemos nada!

—Funcionará —digo con falsa chulería, pero la mirada nerviosa que dirijo al pie de la puerta delata mi falta de confianza. Aún no ha habido respuesta de Grace. Ni ha reaparecido la nota.

La audiencia de los concursos acaba de quedarse muy callada.

El concursante podría haberlo perdido todo.

Y entonces lo oigo. Un suave arañazo en el suelo. La nota está volviendo.

Tanto Kamilla como yo nos abalanzamos sobre ella, pero soy yo quien llega primero y, mientras despliego el papel con impaciencia, sé que estoy en el momento en que el presentador del concurso revela el resultado final a los ansiosos concursantes y a los nerviosos miembros del público. ¿Se habrá hecho realidad el sueño? ¿Se abrirá la puerta? ¿Habrá un ganador después de todo?

Buen intento. Sabes que soy celosa. Pero los celos nunca me hicieron bien y

no te sacarán de esto ahora. Adiós, Dominic.

Ya está.

El concursante lo sabe y todos los espectadores también.

Se acabó el juego.

25

GRACE

DIEZ AÑOS

Iba a ir a abrir el cobertizo en cuanto mamá hubiera terminado con la rueda de prensa. Solo necesitaba la oportunidad de escabullirme para poder hacerlo sin que nadie se enterara. Pero no fuimos a casa después. En lugar de eso, fuimos a una habitación con un detective, y nos hicieron muchas preguntas sobre si papá y Amy, la mujer desaparecida, se conocían.

No éramos las únicas allí. La familia de Amy también estaba con nosotras, y yo estaba sentada junto a Rosie y Joshua mientras mamá y el marido de Amy empezaban a discutir. Discutían porque él no quería creer que tuvieran una aventura, mientras que mamá decía que era obvio que la tenían y que habían quedado como tontos.

La discusión llegó a tal punto que el detective tuvo que poner fin a la reunión, y mamá y yo vimos cómo se llevaban a la familia de Amy fuera de la sala. Me pregunté si volvería a ver a Rosie, pero no fue así. Lo que sí vi, sin embargo, fue la cara de mamá en la televisión cuando salió varias veces en las noticias.

Era raro ver a mi madre así, como si fuera una persona famosa. Pero era famosa. Y luego se puso aún más raro.

Eso es porque yo también salía en la tele.

Había una foto mía, de mamá y papá que siempre salía en las noticias. Recordé cuándo fue tomada. Fue en el zoo hace un año. En ella estoy muy contenta porque mamá me acababa de dar un caramelo. Por eso

la llevo de la mano en la foto. Aquel día la quería mucho. Sin embargo, en la foto no estoy de la mano de papá. Porque había dicho que no al algodón de azúcar porque pensaba que me quitaría las ganas de cenar. Siempre decía lo mismo cuando yo pedía algo. Pero mamá fue buena y me lo dio.

¿Por eso he sido mala con papá? ¿Sigo enfadada con él por todos los caprichos que no me dio cuando era pequeña? Sea cual sea la razón por la que hago esto, esta noche voy a dejar de hacerlo.

Hace una semana que cerré la puerta con llave, pero en cuanto mamá se vaya a la cama voy a salir a hurtadillas de casa para abrir el cobertizo. Me da un poco de miedo hacer todo ese camino a oscuras, pero no tengo elección. No puedo dejar que nadie me vea y, como en el juego del escondite, será más fácil permanecer oculta cuando no haya luz.

Voy a salir de casa arrastrándome escaleras abajo, una vez que sepa que mamá está dormida, y saldré por la puerta de atrás. Le he estado diciendo a mamá que no ponga la alarma por la noche cuando nos vamos a la cama por si papá vuelve a casa, y al final ha cedido y ha dicho que no lo hará. Así puedo escabullirme sin que se entere.

Me siento mal cuando por fin oigo subir a mamá, porque sé que ha llegado el momento de prepararme para salir. Ya estoy vestida con ropa que me abrigará cuando esté fuera. Y, por si acaso, me tapo con el edredón. Pero mamá no me mira. Se va a su cuarto y, después de esperar unos minutos, me asomo con sigilo a mi puerta para ver si la luz que hay bajo su puerta está apagada.

Lo está.

Quiero irme enseguida porque sé que ya se me ha hecho muy tarde, pero espero un poco más para darle la oportunidad de dormirse. Cuando me acerco en silencio a la puerta de su habitación, la oigo roncar al otro lado. Últimamente ronca mucho. Tal vez tenga algo que ver con todas esas bebidas alcohólicas que sigue tomando, pero me viene bien esta noche. Ahora todo lo que tengo que hacer es permanecer callada y ella nunca sabrá que me he ido.

Tardo una eternidad en bajar las escaleras porque me preocupa pisar un escalón que cruja y delatarme, pero, una vez que lo consigo, es

fácil abrir el pestillo de la puerta y salir. Hace frío, pero entro en calor en cuanto empiezo a correr. Parece que me queda mucho camino por recorrer, pero tengo que hacerlo o papá nunca saldrá de ese cobertizo y Rosie nunca sabrá qué le ha pasado a su madre.

Pienso en ella y me pregunto qué estará haciendo ahora. Apuesto a que estará acurrucada en la cama, segura y calentita. Ojalá sea así. Me da miedo estar aquí sola. Un ruido fuerte me hace dar un respingo, pero no miro atrás para ver qué lo ha provocado. Solo me detengo y me escondo cuando veo venir un coche, porque no quiero que los conductores me vean y se paren a preguntarme por qué he salido sin mis padres.

Pensé que me sentiría un poco mejor al llegar al parque, pero en realidad me siento peor porque aquí está aún más oscuro que en la calle. No hay luces y no veo nada. Tengo que intentar orientarme recordando por dónde tengo que ir, pero me equivoco una y otra vez, me salgo del camino y me araño con los arbustos y las ramas.

—¡Ay! —grito tras chocar contra un árbol, y me froto el hombro dolorido e intento no rendirme—. Venga. Puedes hacerlo.

Sigo avanzando hasta que por fin encuentro el camino hacia el cobertizo. Cuando lo veo a la pálida luz de la luna, parece muy oscuro y solitario.

Y está muy tranquilo.

Me había estado preguntando si oiría a papá gritar pidiendo ayuda, pero no hay ruidos procedentes del interior del cobertizo. Tal vez ambos estén dormidos. No tendrán nada más que hacer ahí dentro. Seguro que se despiertan cuando oigan abrirse la puerta.

Mi plan es girar la llave para desbloquear la puerta y luego huir lo más rápido que pueda para que no sepan quién lo ha hecho. Tengo que ser rápida, no solo para escapar sin que me vean, sino también para volver a casa antes que papá. Tengo que estar en la cama cuando él entre en casa, así podré fingir estar tan sorprendida como lo estará mamá.

Me acerco sigilosa al cobertizo con la llave en la mano y pienso en que todo esto acabará pronto. No más fotos en las noticias. No más

preguntas de la policía. Y no más ver a Rosie preocupada por su madre.

Introduzco la llave en la cerradura tan silenciosamente como puedo y estiro el brazo para alejarme todo lo posible de la puerta sin dejar de sujetar la llave. Tengo que salir de aquí en cuanto la gire.

Y entonces lo hago.

Con el cerrojo ya abierto, abandono la llave y corro lo más rápido que puedo, esprintando por el sendero y rodeando los arbustos antes de que la puerta se abra y alguien me llame. Corro un poco más, pero me detengo al no oír nada detrás de mí.

¿Han salido? He abierto el cerrojo, pero ellos tal vez no lo saben todavía.

Me quedo donde estoy unos minutos, esperando a oír pasos detrás de mí. No llegan, así que vuelvo a los arbustos y atisbo el cobertizo a través de ellos.

La puerta sigue cerrada.

¿Por qué no sales, papá?

Sigo esperando a que se abra la puerta porque no puedo volver a casa hasta que sepa que papá ha salido de ese cobertizo. Pero no viene, y ahora me estoy preocupando por él.

Por eso vuelvo.

El corazón me late con fuerza mientras pongo la mano en el pomo de la puerta. Lo giro despacio y me asomo al cobertizo intentando ver el interior, a pesar de la oscuridad. Sé que me arriesgo a que me pillen, pero ahora solo quiero ver que papá está bien. Puede que me grite si me pilla, pero no me importa. Solo quiero que salga.

Pero no me ve. Eso es porque tiene los ojos cerrados. También los de Amy.

Están tumbados juntos en el suelo, con los brazos de él alrededor de ella.

Están dormidos.

Así que tengo que hacer algo para despertarlos.

Encuentro una piedra en el suelo y la tiro al cobertizo, y cuando golpea la pared de enfrente, estoy segura de que se despertarán porque ha sonado muy fuerte. Pero siguen sin moverse.

Ahora es el momento de gritar.

—¡Papá! ¡Despierta! ¡Te he encontrado!

Quiero que abra los ojos. Quiero que sonría cuando me vea. Y quiero que me abrace y me dé las gracias por salvarlo.

Él no hace nada de eso. Solo sigue durmiendo.

—¡Papá! ¡Por favor, despierta!

Ahora estoy sacudiéndolo, haciendo todo lo posible para que se mueva. Pero tiene mucho frío. Amy también. ¿Qué les pasa? ¿Están enfermos?

Pienso en el tiempo que llevan sin comer. Deben estar hambrientos. ¿Y agua? No han bebido nada. Oh, no, ¿y si los he dejado aquí demasiado tiempo?

Sigo sacudiéndolos y gritando, pero no pasa nada. Sigo estando sola aquí fuera, solo que ahora no me asusta la oscuridad.

Tengo miedo porque creo que podría haber matado a mi padre.

26

GRACE

Nunca ha sido fácil. No puedo olvidar lo que hice hace tantos años ni puedo perdonarme a mí misma.

Soy responsable de la muerte de dos personas.

Una de ellas era el hombre que ayudó a criarme durante los diez primeros años de mi vida. La otra era una mujer que tenía dos hijos a los que terminar de criar, pero nunca tuvo la oportunidad de hacerlo.

¿Cómo vive una persona con algo así en su conciencia?

La respuesta es con gran dificultad.

Apenas lo he conseguido porque cada día ha sido una lucha. Pero me he contenido lo suficiente como para mantener enterrado mi terrible secreto. Nadie sabe cómo ni por qué mi padre y Amy estuvieron tanto tiempo atrapados dentro de esa cabaña que murieron deshidratados. Pero aquí estoy ahora, de pie frente a una cabaña con otras dos personas encerradas dentro, y soy muy consciente de que la historia se repite. Y es que, a pesar de luchar con la decisión de cuándo abrir esta puerta y de conceder a mis prisioneros múltiples oportunidades de darme una buena razón por la que debería dejarlos salir, todavía no estoy más cerca de girar la llave y liberarlos.

Tal vez debería sacarlos de su miseria y alejarme, porque ahora tengo claro que voy a volver a hacerlo.

Voy a matar a dos personas más.

Tal vez sea porque el hecho de haberme salido con la mía antes me hace pensar que puedo volver a hacerlo. Quizá esta vez no sea tan

grave. Ahora soy una adulta, comparada con la niña pequeña que era cuando pasó aquello. Ahora soy mucho más madura, por no mencionar que tengo más serenidad. No como cuando tenía diez años y corrí todo el camino a casa llorando después de descubrir que había llegado demasiado tarde para salvar a la pareja del cobertizo.

Todavía no sé cómo conseguí volver a mi cama aquella noche sin que mamá me oyera entrar y me pillara en el pasillo con las lágrimas corriendo por mis mejillas y una expresión de culpabilidad en la cara. Si ella me hubiera visto, si alguien me hubiera visto, no habría podido quedarme callada. Habría confesado todo porque estaba destrozada emocionalmente. Pero nadie me vio, así que pude pasarme toda la noche gritándole a la almohada y, cuando llegó la mañana, había derramado hasta la última lágrima que mi cuerpo era capaz de producir.

Pasaron dos días más viviendo en un mundo horrible en el que yo era la única persona que sabía lo que había pasado hasta que un paseador de perros pasó por delante del cobertizo, vio la puerta abierta y entró para hacer su macabro descubrimiento. Después de eso, todo fue un borrón de severos agentes de policía, incómodos consejeros, familiares y amigos llorosos y un agente funerario de aspecto muy triste que repasó con mamá todos los preparativos del funeral de papá.

El día del funeral fue y sigue siendo el peor día de mi vida. Tener que estar tan cerca de ese ataúd y saber que yo era la responsable de su existencia fue duro, pero fue más duro aún ver a mamá mirándolo sin saber cómo reaccionar. Por supuesto, estaba disgustada por haber perdido a su marido, pero también sabía que habían encontrado su cuerpo junto al de otra mujer, así que sus temores de que tuviera una aventura se habían hecho realidad. Eso significaba que odiaba a papá a la vez que lo lloraba. No era de extrañar, pues, que todo ese conflicto en su interior se manifestara de una forma tan destructiva.

A mamá siempre le había gustado beber, pero se dio de lleno a la botella tras la muerte de papá. Era como si hubiera estado esperando a que el universo le diera una buena razón para beber hasta el olvido, y vaya si se la dio. ¿Cómo podía no sentir lástima de sí misma? Se había convertido en viuda y madre soltera de la noche a la mañana y, por si fuera poco, estaba amargada por lo que su hombre había estado haciendo a sus espaldas antes de su muerte.

Pasé el resto de mi vida escolar teniendo que valerme por mí misma porque mamá se convirtió en una inútil después de aquello. Me las arreglaba yo sola para comer, para ir y volver del colegio y tenía que ser yo quien pagara al limpiacristales cada vez que venía a por su dinero, porque mamá solía estar demasiado borracha para abrirle la puerta a él o a cualquier otra persona. Si no hubiera sido por el dinero que recibió del seguro de vida de papá, las cosas habrían sido diferentes, porque se habría visto obligada a ponerse las pilas y volver a trabajar. Pero hizo que ese dinero le durara mucho.

No ayudó a su estado de ánimo que la policía se pasara un tiempo sospechando que mamá tenía algo que ver con la forma en que papá y su amante acabaron encerrados en aquel cobertizo. Pensaban que ella podría haber sido la artífice de que la pareja quedase atrapada, como si hubiera sido un acto de venganza para castigarlos después de que ella hubiera descubierto la aventura. Pero no había pruebas que respaldaran sus sospechas, como tampoco las había de las investigaciones sobre el marido de Amy. Sin embargo, mientras la policía estaba ocupada investigándolos a ellos, no me estaban investigando a mí.

Nadie sospechaba de la niña.

La triste hija del fallecido.

La verdadera culpable.

Al final, las muertes de papá y Amy se registraron como accidentales. La policía decidió que habían ido al cobertizo para continuar su aventura, pero sin darse cuenta se habían quedado encerrados y, al no poder escapar, acabaron sucumbiendo a la falta de comida y agua durante varios tortuosos días. Era una explicación sombría, pero suficiente para que la policía dejara de buscar alternativas más siniestras.

¿Qué se siente al salir impune de un asesinato? No es tan glamuroso como podría parecer. Desde luego, no me tumbo en la cama todas las noches con una sensación de suficiencia por haber vencido a la gente que impone la ley en este país. Hubo un tiempo, cuando tenía poco más de veinte años, en que tuve ganas de entrar en una comisaría y confesar mi delito solo para aliviar mi sentimiento de culpa y

encontrar por fin un poco de paz interior. Pero no lo hice. Al igual que fui cobarde al no volver a aquel cobertizo de niña hasta que fue demasiado tarde, he sido cobarde de adulto al pasar todos estos años sin reconocer lo que hice.

Mamá sigue siendo una bebedora empedernida, pero solo lo sé porque he estado en su casa unas cuantas veces y he visto las botellas vacías en el alféizar de la ventana, al otro lado del cristal, a la vista de cualquiera que pase por la vivienda, como si estuviera orgullosa de lo mucho que ha consumido. O quizá solo quiere dejar claro a cualquiera que pase por allí que no es un hogar feliz, así que no tiene sentido llamar a la puerta y esperar recibir una cálida bienvenida.

Está claro que funciona, porque nadie la visita nunca. A lo largo de los años ha conseguido dejar fuera a todo el mundo, sobre todo a mí, y aunque me encantaría tener a mi madre en mi vida, he aprendido a aceptar que solo le recuerdo a papá y que ella no quiere más recuerdos de él. También estoy segura de que en parte me culpa de su muerte, aunque no por haber sido yo quien cerró la puerta. No, me culpa a mí porque, en lo que a ella respecta, papá era feliz con ella antes de que yo llegara. Tener un hijo que criar hizo las cosas más difíciles para ellos. Menos románticas. Menos físicas. Se desvió del camino; accidentalmente se quedó encerrado en un cobertizo; murió. Mamá debe desear no haberme tenido nunca, porque papá no se habría aburrido de ella si ella no me hubiera tenido y aún podría estar con él hoy.

Solo hay una cosa que me hace considerar abrir esta puerta y dejar salir a Dominic y a su mujer. Es el miedo a acabar como mamá. Amargada. Enfadada. Sola. No es lo que quiero, pero ¿es mi futuro? ¿Ha sido siempre mi destino? ¿Siempre iba a acabar así mi vida?

Tengo que afrontarlo; nunca voy a tener una vida verdaderamente feliz después de lo que hice cuando era joven.

Teniendo esto en cuenta, ¿merece la pena que intente salirme con la mía? En lugar de buscar una forma de encubrir lo que les estoy haciendo a mi marido y a su amante, ¿debería acabar con mi sufrimiento y poner fin a mi vida? Así no acabaré como mamá. Y en cuanto a ella, perder a su hija sin duda le dará otra excusa para servirse otra copa.

Estoy a punto de regresar al interior de la casa y pensar cuál debe ser mi próximo movimiento cuando veo que el trozo de papel vuelve a salir por debajo de la puerta de la cabaña. No esperaba una respuesta después de la última nota que les dejé, pero, cuando recojo el papel, veo que hay un nuevo mensaje escrito en él. Pero no está escrito por Dominic. Es de ella. Y lo que dice hace que me tiemblen las manos, sienta una presión en el pecho y me dé un vuelco el corazón.

Todo eso antes de soltar el grito más fuerte y espeluznante de mi vida.

27

DOMINIC

—¿Qué demonios has escrito? —le pregunto a Kamilla después de oír a mi mujer hacer un sonido gutural en el jardín hace un momento. Era un sonido que nunca antes le había oído hacer. Ahora que lo pienso, nunca había oído a nadie hacer un sonido así, e incluyo también a los personajes de la televisión y el cine.

—Creo que he captado su atención —responde Kamilla, mientras mira por la ventana.

Pero Grace ya no está en el jardín. Ha vuelto corriendo a la casa hace un momento y ha cerrado la puerta tras de sí.

—No lo entiendo. ¿Qué le has dicho?

—Te lo diré pronto.

—¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

—Porque aún no sé si ha funcionado.

No tengo ni idea de por qué Kamilla está siendo tan esquiva conmigo, pero tengo que reconocerle el mérito. Ha conseguido una reacción de mi mujer y, aunque puede que no nos haya ayudado a salir todavía, al menos ha puesto fin abruptamente a este periodo de silenciosa desesperanza en el que parecíamos estar atrapados.

—Nunca la había visto así —le digo—. No parecía enfadada. Sonaba herida. Muy herida.

—Supongo que ahora sabe cómo nos sentimos.

Ambos oímos otro ruido fuerte, aunque no tan agudo y espeluznante

como el anterior. Más bien, es el sonido de platos rompiéndose en la casa. El hecho de que podamos oírlo desde aquí abajo significa que Grace se está esforzando en lanzarlos contra las paredes. También significa que, si nosotros podemos oírlo, los vecinos también.

Frank y Maggie han tenido que oír ese grito. Han debido oírlo, aunque estuvieran dormidos. Estamos bastante alejados aquí, y aunque de vez en cuando oímos un zorro o un pájaro al anochecer, nada hace tanto ruido como el que acaba de hacer Grace. Con un poco de suerte, lo habrán oído y habrán llamado a la policía para que venga a investigar. Después de todo, nadie ignora un grito, pero ¿en plena noche? Eso nunca puede ser bueno.

—Parece que está destrozando la casa —dice Kamilla, desde su posición junto a la ventana.

Más ruidos y golpes. Un grito de dolor. ¿O ha sido un rugido? Es difícil de decir. Pero Grace sigue siendo muy ruidosa, y eso tiene que aumentar las probabilidades de que Frank y Maggie consigan que alguien venga a investigar.

Si bien la idea de que la policía responda a un disturbio por ruido y arreste a mi esposa no es lo que espero de mi matrimonio, ahora es dolorosamente obvio que ella necesita ayuda. Ayuda psiquiátrica. Lo mejor para ella es que reciba esa ayuda cuanto antes, no solo antes de que nos haga daño, sino antes de que se haga daño a sí misma. Por el momento, lo único que está sufriendo daños es toda la vajilla de los armarios de la cocina, pero no puede pasar mucho tiempo hasta que pase a otra cosa, y podría ser algo que le causara graves daños, si no lo ha hecho ya.

En marcado contraste con mi enloquecida esposa, mi amante parece bastante tranquila y serena.

—Dime qué has escrito. Tengo que saberlo —insisto a Kamilla, porque el suspense me está matando.

—Solo le he dicho la verdad —responde.

—¿Y cuál es?

—Que no se saldrá con la suya como antes.

—¿De qué estás hablando?

Kamilla me mira y creo que va a explicarse, pero se detiene antes de seguir.

—Oye, ¿qué quieres decir con que se salió con la suya antes?

Kamilla continúa sin responderme.

—¿Ha encerrado a alguien más? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, ella te encerró, ¿recuerdas? En la habitación del hotel con las esposas.

En eso tiene razón, pero me doy cuenta de que no se refería a eso. Hay algo más. ¿El qué?

—¿Qué sabes de mi mujer? ¿La conocías antes de conocerme a mí?

Otro fuerte ruido en la casa. Pero Kamilla está callada.

—¡Dime! ¿Conocías a mi mujer? ¿Hay algo entre vosotras dos que yo no sepa?

—Digamos que esta noche no es la primera vez que la veo —dice Kamilla en voz baja.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que la conocía antes de conocerte, sí.

—¿De qué va todo esto? —pregunto, intentando seguirle el ritmo—. ¿Te has liado conmigo para vengarte de ella por algo?

—Algo así. Pero no es tan sencillo.

—¡Pues explícamelo!

—Quería ver si había cambiado.

—¿Cambiado?

—Sé cómo era antes. Pero tenía que saber si estaba arrepentida y no

volvería a hacerlo.

—¿Arrepentida por qué?

—Por lo que hizo.

Ambos nos damos cuenta en este momento de que los ruidos en la casa han cesado. ¿Qué está haciendo Grace? ¿Sigue ahí dentro?

—¿Qué hizo? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Todo lo que diré es que, si te has sentido como el malo con todo esto, es hora de que dejes de hacerlo, porque tu mujer te gana y con facilidad.

Todavía no hay ruido de la casa. Todavía no hay indicios de lo que Grace podría estar planeando a continuación.

—¿Por qué dices que ella es la mala? Yo la he engañado.

—Oh, vamos, ¿no es obvio ahora lo perjudicada está? —dice Kamilla —. ¿Qué clase de persona se comporta como ella esta noche? Yo te lo diré: una que ha hecho esto antes.

—¿Y cómo sabes que lo ha hecho antes?

—Simplemente lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Qué significa eso?

La calma de Kamilla es más inquietante que el estallido de mi mujer y está haciendo que empiece a dudar de todo lo que creía saber sobre ella.

—¿Así que te liaste conmigo para llegar a ella? ¿He sido solo un títere en tus manos?

—Yo no lo diría así. Nos hemos divertido juntos.

—Solo dime la verdad. ¿Me has estado utilizando o no?

Durante los segundos que tarda Kamilla en contestar mi ego se siente a salvo, hasta que ella acaba asintiendo y asestándole un golpe

demoledor. Era demasiado increíble pensar que un hombre de mi edad hubiera llamado la atención de una mujer joven. Resulta que, al igual que Grace, a mí también me han engañado.

Lo intento, pero es imposible disimular lo dolido que estoy al saber que me han utilizado, pero, cuando lo recuerdo todo —cómo nos conocimos Kamilla y yo, cómo la hice reír con tanta facilidad, cómo la seduje aun sabiendo que siempre he sido un pésimo ligón—, me resulta obvio. He sido un idiota.

Pero si todo esto ha sido una especie de juego, ¿cómo puede Kamilla pensar que está ganando?

—Vas a tener que explicármelo porque no tiene sentido —le digo—. Si de alguna manera estás intentando vengarte de mi mujer por algo que hizo y has organizado todo esto para hacerle daño, te ha salido el tiro por la culata. Lo único que has conseguido es que te encierren, y Grace tiene la llave, lo que significa que ella va ganando, ¿no?

Kamilla se ríe entre dientes como si eso no le supusiera ningún problema.

—¿Cuál es una de las cosas más importantes que hay que hacer antes de entrar en combate? —me pregunta.

—No tengo ni idea. ¿Cuál?

—Conocer a tu enemigo. Y yo conozco al mío.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que había previsto que pasaría algo así.

—¿Pensabas que te iba a encerrar aquí?

—Pensé que había muchas posibilidades si nos pillaba en la cabaña, sí.

—¿Por qué te has dejado atrapar así tan alegremente?

—Deja de usar la palabra atrapar.

—¡Pero esa es la única palabra para describir esto!

—Créeme. Ahora mismo, Grace es la que se siente atrapada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Ella está ahí fuera mientras nosotros estamos atrapados aquí dentro!

—Si me dan a elegir entre ser yo aquí dentro y ella ahí fuera, elegiría ser yo aquí dentro siempre. Y es porque tengo algo que ella nunca tendrá.

Los ruidos fuertes comienzan de nuevo en la casa, y parece que esta vez Grace está tirando cosas mucho más grandes que platos.

—¿Y qué es? —pregunto, mientras ambos permanecemos junto a la ventana imaginando la caótica escena de la casa que tenemos ante nosotros.

—Tengo una oportunidad de ser feliz —responde Kamilla con calma —. Pero tu mujer no.

28

GRACE

Ha costado, pero el interior de mi casa empieza a parecerse poco a poco al interior de mi propia cabeza, y eso significa que está desordenado, caótico y, sobre todo, roto.

Después de tirar todos los platos y cuencos que caían en mis manos contra la pared de la cocina y ver cómo se rompían en mil pedazos, he pasado a los objetos más pesados, es decir, las sillas de la mesa de la cocina. Una tras otra, las cojo y las golpeo contra la pared hasta que las patas se parten y el respaldo de la silla prácticamente se desintegra en mis manos. Antes me encantaban estas sillas y pagué un buen dinero por ellas cuando las compré, pero ya no me importan nada, porque ahora están como todo lo demás que hay aquí.

Muy dañadas.

Una vez me he ocupado de las sillas, paso a la mesa. No será nada fácil romperla, pero lo intento de todas formas, empleando todas mis fuerzas para derribarla, de modo que ya no se apoya sobre sus cuatro patas, sino que yace torpemente de lado, en una posición vulnerable y lista para que le arranque las patas de una patada hasta que ya no pueda volver a mantenerse en pie.

Abro el cajón de los utensilios, cojo un puñado de cubiertos y lanzo tenedores, cuchillos y cucharas contra la pared, haciendo ruidos salvajes e incoherentes. Estoy tan enfadada que esto es lo menos que podía hacer. Pero más que eso, estoy en estado de shock.

¿Cómo es posible?

¿Cómo es posible?

¿Cómo puede alguien saber lo que hice hace tantos años?

Sigo sin tener respuestas a esas preguntas mientras cojo la panera y la arrojo con toda la fuerza que puedo contra la ventana. Sorprendentemente, no rompe el cristal, pero eso no significa que la ventana vaya a sobrevivir intacta a la noche. Aún tengo tiempo de causar más daños y, tal y como me siento ahora, sin duda voy a hacerlo. Eso es porque tengo miedo de lo que todo esto significa. Las palabras que Kamilla escribió en ese papel no están delante de mí en este momento, pero no necesito verlas. Están grabadas en mi cerebro.

Sé que no es la primera vez que encierras a dos personas. ASESINA.

No hacía falta que la última palabra estuviera escrita en mayúsculas para que me impactara. Podría haber estado escrita en letras minúsculas, casi ininteligibles, y aun así verla me habría estremecido hasta la médula. ¿Cómo no iba a perturbarme? Esa mujer de la cabaña conoce mi secreto más oscuro. Está claro que sabe lo que les hice a papá y a Amy. Pero ¿cómo?

La llamada a la puerta tiene que ser fuerte para que la oiga por encima del ruido que hacen todas las cosas que estoy tirando en la cocina, pero debe ser porque no la esperaba y su sonido hace que me detenga enseguida.

Oh, no. Alguien me ha oído. Debe ser Frank o Maggie. He estado haciendo demasiado ruido. Han venido a ver si todo está bien.

¿Cómo puedo siquiera intentar hacerles creer que lo está?

Quiero ignorar el sonido, pero la idea de que llamen a la policía me hace desistir, así que, tras cerrar la puerta de la cocina para que no vean los destrozos, abro la de enfrente e intento fingir que no sucede nada.

Pero no lo hago demasiado bien.

—Grace, ¿qué está pasando? ¿Está todo bien? Hemos escuchado

ruidos.

Frank está en la puerta de mi casa, parece cansado pero preocupado. Un rápido vistazo a mi derecha me ayuda a ver la luz encendida en el porche de la planta baja, y casi puedo distinguir la silueta de Maggie de pie en el pasillo. Está claro que ha enviado a su marido a ver qué sucedía. Vaya, supongo que he hecho mucho ruido si me han oído desde allí.

—¿Grace? ¿Qué ocurre? Puedes decírmelo.

—Estoy bien.

—Hemos oído un grito.

—Ah, ¿sí?

—Sí, ¿has sido tú?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Frank mira por encima de mi hombro, pero no podrá ver nada que le preocupe. Aunque quizá no necesite ver nada detrás de mí. Tal vez el problema está escrito en mi cara.

—¿Dominic está en casa? —me pregunta.

—¿Qué? No, está trabajando, ya te lo dije.

—Grace, puedes decírmelo. ¿Pasa algo malo?

—Todo va bien.

—Maggie dijo que estaba preocupada por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Solo quería que viniera a ver si estabas bien.

—Bueno, ya lo has hecho, así que ya puedes irte. Buenas noches, Frank.

Alargo la mano para cerrar la puerta, pero cuando lo hago me doy cuenta. Unas gotas de sangre caen de mi mano al suelo del pasillo. Debo haberme cortado en la cocina cuando he tenido la crisis.

Frank también las ha visto.

—¿Estás herida?

—No.

—Estás sangrando.

—Estoy bien.

—¿Quieres que llame a Dominic?

—¡No!

—¿Hay alguien más en la casa contigo?

—¿Qué? No, claro que no.

—¿Puedo echar un vistazo?

—¿Para qué?

—Para asegurarle a Maggie que todo está bien aquí. No dejará de preocuparse si no lo hago.

De ninguna manera voy a dejar entrar a Frank. Necesito contarle algo más. Necesito una historia que explique el grito, el ruido y la sangre.

—He tenido una pesadilla —digo, sacudiendo la cabeza.

—¿Una pesadilla?

—Sí, es una tontería, lo sé. ¿Cuántos años tengo? Soy demasiado mayor para tener pesadillas, eso seguro. Pero eso es lo que pasó. Me quedé dormida en el sofá poco después de que Maggie se fuera. Demasiado vino, creo. Tuve una pesadilla y me desperté gritando. Eso

fue lo que oíste.

—¿Y la sangre?

—Cuando me desperté, tiré por accidente la botella de vino de la mesa. Se rompió, y estúpidamente traté de recoger todos los cristales en mi estado de somnolencia. Y me corté. Qué tonta.

—¿Necesitas ir al hospital? Puedo llevarte si es así.

—No, estoy bien. Es solo un pequeño corte. Creo que mi orgullo está más dañado que mi mano. Supongo que bebí demasiado. Mi dolor de cabeza es peor que este corte, créeme.

Frank parece un poco escéptico, pero vuelvo a asegurarle que estoy bien hasta que me toma la palabra y se va.

—Vale, pero, si nos necesitas, estamos aquí al lado.

—Gracias, pero estoy bien. Me pondré una tirita en el corte y luego me iré a la cama, donde debería estar desde hace una hora.

Sonrío débilmente a Frank y él me devuelve la sonrisa, pero me doy cuenta de que, al igual que estoy haciendo yo, está fingiendo. Sin embargo, no dice nada y se aleja hacia su casa, donde veo la silueta de Maggie moverse al otro lado de la ventana.

Mientras lo veo irse, lo sé. Ojalá no lo supiera, pero lo sé.

No me cree.

Sabe que estoy mintiendo.

La pregunta es: ¿qué va a hacer al respecto?

Cierro la puerta, pero no puedo deshacerme de la ansiedad por lo que Frank pueda decirle a su mujer cuando vuelva a casa. Sobre todo, no puedo quitarme el miedo de que decida llamar a la policía para que me hagan una visita rápida solo para asegurarse de que de verdad estoy bien. Maldita sea, debería haber sido más convincente con mi mentira. El problema es que era difícil hacerlo con tantas cosas en la cabeza. Ahora me preocupa lo que pasa por la cabeza de Frank. Por eso vuelvo a abrir la puerta y salgo, esperando volver a ver a mi

preocupado vecino. Pero ya ha vuelto a su casa y está a punto de entrar, y supongo que va a decirle a su mujer que cree que me pasa algo.

A menos que pueda evitarlo.

Me muevo rápidamente, atravieso mi jardín delantero y entro en el suyo, acortando la distancia que nos separa y alcanzándolo antes de que pueda entrar.

—¡Frank! ¡Espera un momento!

Se da la vuelta cuando oye mi llamada en voz baja y parece un poco asustado al verme acercarme tan rápido bajo de la luz de la luna.

—¿Qué pasa?

La idea de atacarle para que no pueda entrar y llamar a la policía es algo que se me pasa por la cabeza antes de darme cuenta de que es demasiado arriesgado. Incluso si pudiera encargarme de él, seguiría existiendo el problema de Maggie. Por eso necesito hacer otra cosa.

Necesito hacer que este hombre aburrido y de mediana edad sienta que no puede decirle a su mujer, o a la policía, que podría estar haciendo algo malo. ¿Y cómo lo hago?

Haciendo que él también tenga que guardar un secreto.

—Solo quería darte las gracias por venir a verme —le digo, sonriéndole y haciéndolo mucho mejor que hace un momento—. Es muy amable por tu parte. Eres un buen hombre.

Le pongo una mano en el hombro —la mano que no gotea sangre— y él se estremece ligeramente. Pero no tiene miedo. Tan solo no está acostumbrado a que le toque otra mujer.

—No pasa nada —tartamudea, mientras mira mi mano apoyada en su hombro.

No la quito. La mantengo ahí.

—Maggie es muy afortunada de tener a un tipo como tú a su lado para cuidarla. No eres como mi Dominic. Seguro que tú no te marchas el

fin de semana, dejando a tu mujer en casa para que se sienta sola, ¿verdad? Seguro que la cuidas bien. Seguro que podrías cuidar bien de mí también.

Mi sonrisa amistosa ha sido sustituida por una seductora y Frank está cada vez más nervioso.

—Puede que por la mañana me arrepienta de esto, y tal vez sea porque he bebido algo de vino esta noche, pero tengo que decirte algo. Siempre he estado un poco enamorada de ti, Frank. Ya está, lo he dicho.

Está oscuro, pero puedo ver que se está sonrojando.

—Dios mío, por favor, no le digas a Maggie que he dicho eso. O a Dominic. ¿Puede ser nuestro pequeño secreto?

Le guiño un ojo para intentar cerrar el trato y, piense lo que piense Frank ahora, me siento más segura de una cosa: ya no está pensando en llamar a la policía.

—Oh, eh… Ya veo. Eh…

—Lo siento, dime si me estoy pasando de la raya.

—No, eh, en absoluto. Eh…

El pobrecillo es muy torpe. Debería dejarlo ir. Pero antes de hacerlo…

—Gracias de nuevo por asegurarte de que estoy bien. Eres un buen hombre. Tengo suerte de tenerte como vecino. Y recuerda: si pudieras mantener esto como nuestro secreto, te lo agradecería mucho.

—Por supuesto.

Espero a que Frank asienta con la cabeza antes de quitarle la mano del hombro y, ahora que estoy convencida de que no le dirá nada a Maggie ni llamará a la policía, me voy. Después de ocuparme de mis vecinos, vuelvo a mi casa destrozada, y entrar de nuevo en la cocina me recuerda la confusión mental en la que me encontraba hace tan solo unos minutos. Estar aquí, tan cerca de la cabaña y tan cerca de las personas encerradas en ella, no es bueno para mí.

Necesito salir de aquí.

Tengo que irme.

Cojo las llaves del coche y vuelvo a la puerta, pero no me voy hasta asegurarme de que todas las luces están apagadas en casa de Frank y Maggie. Lo están. Deben haberse ido a la cama. Frank ha cumplido su palabra.

Nuestro pequeño secreto.

Segura de que, después de todo, la policía no aparecerá por aquí esta noche, me pongo al volante y arranco el motor antes de salir marcha atrás de la entrada de mi casa y adentrarme en los oscuros caminos rurales. No tengo ningún destino en mente, solo necesito espacio y tiempo para pensar.

Ya sé que ahora no puedo abrir la puerta de la cabaña. Eso no puede suceder. Ambos tienen que morir allí. Pero ¿qué hay de mí? ¿Debería irme? Podría llegar bastante lejos antes de que Frank y Maggie vuelvan a meter las narices en mis asuntos y se den cuenta de que sus vecinos parecen haber desaparecido. Quizá conduzca hasta Dover y coja un ferri a Francia. Pero para eso necesitaría mi pasaporte y me lo he dejado en casa. Maldita sea. ¿Y Escocia? Podría ir allí, pasar desapercibida, usar un nombre falso, tal vez incluso empezar de nuevo.

Mientras pienso en todas las opciones, no me doy cuenta de que ya no estoy sola en la carretera. Hay un coche detrás de mí y, a pesar de lo rápido que conduzco y de lo erráticamente que tomo las curvas cerradas y sinuosas de estos caminos rurales, me sigue el ritmo.

Pero no noto que lo hagan.

Solo me doy cuenta cuando se encienden las luces intermitentes azules.

29

GRACE

—¿Ha bebido algo esta noche?

La pregunta del policía que tengo delante es fácil de hacer, pero difícil de responder. Porque no puedo decir la verdad. He bebido alcohol esta noche, y probablemente él lo sepa, aunque no con seguridad hasta que me haga la prueba de alcoholemia. Hay una razón por la que me ha hecho parar en este arcén, y no ha sido para felicitarme por mis habilidades al volante.

Es para intentar averiguar por qué son tan malas.

—¿Que si he bebido algo? ¿Yo? Eh...

—Espere aquí, por favor.

Veo cómo el agente de policía regresa a su vehículo, ese que me hubiera gustado ver antes detrás de mí para reducir la velocidad y hacer menos evidente que conducía bajo los efectos del alcohol. Pero no fue el vino lo que me hizo acelerar, sino lo que estaba escrito en esa nota.

Es lo que esa mujer de la cabaña sabe de mí.

Aunque eso no importa ahora. Lo único que importa es que este policía me va a hacer soplar por un tubo dentro de un momento y, cuando lo haga, verá que supero el límite de alcohol gracias a todo el vino que tomé antes con Maggie, y entonces me pondrá las esposas y me llevará a comisaría.

Así que debería huir. Volver al volante y alejarme. Me perseguirá, por supuesto, pero puede que no me atrape.

Sin embargo, el hecho de que siga de pie al lado de mi coche cuando vuelve significa que no he huido, y ahora es demasiado tarde porque tiene el alcoholímetro en la mano y me está dando las instrucciones para usarlo.

—¿De verdad esto es necesario? —le pregunto—. Lo siento si iba demasiado rápido. Solo quiero llegar a casa. Lo siento, no volverá a pasar.

Él me tiende el alcoholímetro y yo miro el tubo blanco que tengo delante, sabiendo lo que tengo que hacer pero temiendo hacerlo.

Por eso empiezo a llorar.

—He tenido el peor de los días —me quejo, sin tener que mentir en realidad, lo que hace que me enfade con más facilidad todavía—. El trabajo ha sido un infierno, estoy agotada y, encima, estoy esperando los resultados de unas pruebas de mi médico. Está muy preocupado por mí. Creo que algo va muy mal.

Tal vez esto funcione. Tal vez el policía se apiade de mí y me deje ir a casa solo con una advertencia. Vale la pena intentarlo.

—Por favor, ¿puedo irme a casa? Lo siento. Iré más despacio. Por favor, solo quiero irme a casa.

Mi casa es el último lugar donde quiero estar, pero es preferible a una celda, así que me arriesgo y, sorprendentemente, el policía parece tener en cuenta mi súplica. O al menos eso me parece hasta que me repite que sople por el tubo.

Cinco minutos más tarde estoy sentada en la parte trasera de su vehículo policial después de no haber pasado la prueba y haber demostrado así que esta noche he conducido bajo los efectos del alcohol. Soy una estúpida. No debería haber conducido. Pero ¿qué posibilidades tenía de encontrarme con un agente de policía en estas carreteras, a estas horas de la noche? ¿Puedo tener tan mala suerte? Solo tardo un segundo en recordar todo lo que he pasado para responderme a eso.

No digo ni una palabra mientras me llevan a comisaría y, cuando llego, solo hablo para confirmar mi nombre, fecha de nacimiento y

dirección. Para eso y para informar al agente que está a cargo de mi detención de que mi marido está trabajando fuera este fin de semana y que prefiero que no se entere de esto. Por suerte, no van a llamar a mi casa ni a personarse allí, así que todavía no hay peligro de que descubran el sórdido secreto que guardo en la cabaña. Aunque no hay mucho más de lo que alegrarse mientras me conducen a una celda, donde me dicen que pasaré la noche mientras se me pasa la borrachera.

Mientras veo girar la llave en la cerradura, por fin me hago una idea de cómo debieron sentirse mi marido y su amante cuando se dieron cuenta de que los había encerrado en la cabaña. También sé cómo se habrían sentido mi padre y Amy hace tantos años.

Atrapados.

Indefensos.

Asustados.

¿Cómo he podido hacer esto a otras personas? Y lo que es más importante, ¿por qué? No hay nada como una larga y solitaria noche en un calabozo para que uno reflexione sobre sus decisiones vitales y se arrepienta de lo que ha hecho, y así es como paso la noche. Pero hay un incidente en concreto en el que no dejo de pensar. Es un momento en el que quizá debería haberme dado cuenta de que no había cambiado y haber hecho algo al respecto mientras aún tenía la oportunidad. Si hubiera actuado, es muy probable que nada de esto estuviera ocurriendo ahora.

Pero no lo hice. Ignoré la señal de advertencia. Lo más sorprendente de todo es que mi marido también la ignoró. Si me hubiera dejado después de que ocurriera, nos habría ahorrado esto a los dos. No habría estado conmigo el tiempo suficiente para engañarme. No habría conocido a esa mujer y hecho que yo los encerrara. Y yo nunca habría tenido que saber que otra persona conocía mi secreto.

Pero ahora lo sé.

Aquella noche en la que esposé a Dominic a la cama en la habitación del hotel de Bath y salí a cenar sin él fue mi oportunidad. Fue mi oportunidad de darme cuenta de que estaba predestinada a reaccionar

mal ante cualquiera que me hiciera daño y de que la única forma de evitar causar dolor y sufrimiento en el futuro era evitar a los demás por completo. En lugar de eso, pasé por alto la señal de advertencia y me senté en aquel restaurante, pedí comida, bebí vino y me sentí como si yo fuera quien tenía razón.

Qué equivocada estaba.

30

GRACE

Hace cuatro años

—No acabo de decidirme entre el salmón y la trucha —le digo al atento camarero que está junto a mi mesa, con la esperanza de que me dé su recomendación. Y así es.

—¿Puedo sugerir el salmón? Es nuestro plato más popular.

—El salmón entonces. Gracias.

Le devuelvo la carta y sonrío mientras se marcha, pero sé que no tardará en volver. Ha venido a mi mesa cada cinco minutos desde que me senté para asegurarse de que estoy comiendo lo mejor posible. O puede que sea porque ve que estoy cenando sin compañía y quiere asegurarse de que no me siento demasiado sola. Pero, sea cual sea la razón por la que me sigue atendiendo tan bien, la acepto.

Nunca me había sentado sola en un restaurante. Supongo que nunca se me había ocurrido ir a comer fuera si no tenía a nadie con quien hacerlo. Además, probablemente me sentía un poco cohibida al contemplar la posibilidad de hacer algo así, porque no es nada fácil sentarse sola rodeada de otras personas que están sentadas juntas.

Seguro que algunos de los comensales de aquí se han preguntado por qué no estoy con nadie. Quizá piensen que mi posible cita me ha dejado plantada. O quizá piensen que ni siquiera puedo conseguir una cita y no tengo más remedio que salir sola un sábado por la noche en Bath.

Si supieran la verdadera razón.

Si supieran que ahora mismo podría estar con alguien, pero he optado por esposarle a la cama de la habitación del hotel y me he negado a dejarlo salir a cenar esta noche.

Pienso en mi marido cautivo mientras bebo el vino tinto de mi copa y espero ansiosa la llegada de mi salmón. Dominic debe estar hambriento. Seguro que esta noche no tendrá una sabrosa cena. Apuesto a que se arrepiente de haberme descuidado todo el día. Esto le enseñará. No volverá a cometer el mismo error.

Efectivamente, el camarero no tarda en volver y, cuando lo hace, me pregunta si estoy disfrutando del vino.

—Está delicioso, gracias.

—¿Va a querer una segunda copa?

—Es probable. Veré de qué humor estoy después de esta primera.

—No hay problema.

El camarero se marcha de nuevo y ahora está en una de las mesas cercanas, hablando con la pareja hay allí sentada. Siento un poco de envidia porque debería estar disfrutando de una cena romántica con mi marido. ¿Era mucho pedir que se olvidara del trabajo un sábado y se concentrara en mí al cien por cien? Está claro que sí, o ahora estaría sentado frente a mí sosteniendo su propia copa de vino. Pero, a pesar de saber que hoy debería haberme tratado mejor, hay algo que me corroe por dentro. Es la conciencia de que, a pesar de lo que pasó hace tantos años con mi padre y a pesar de decirme a mí misma que nunca volvería a hacer algo así, mi primera reacción al sentirme herida fue atrapar a Dominic.

He pasado muchos años intentando convencerme de que lo que les hice a papá y a Amy fueron solo las acciones de una niña confusa y asustada. Después de todo, ¿hay alguna forma correcta de reaccionar para una niña de diez años cuando descubre a su padre con otra mujer? Había un millón de maneras en que podría haber respondido, y solo hice lo que se me ocurrió en ese momento. Pero ahora soy adulta, así que ¿cuál es mi excusa esta vez? Por eso, a pesar de todos

los años que llevo diciéndome a mí misma que fue algo aislado, creo que ahora la realidad está dolorosamente clara: me excita atrapar a la gente en situaciones en las que soy la única que puede liberarla. Pero no es una emoción sexual, ni siquiera divertida. Tan solo es lo que hago.

Cualquiera puede hacer algo una vez.

Pero dos veces es un patrón.

Más y se convertirá en un hábito.

¿Tendré que hacer esto de nuevo? No si Dominic no hace nada para perjudicarme, lo cual está por verse. Pero está claro que tengo un demonio dentro de mí, una parte de mí que me dice que haga estas cosas. ¿Debería buscar ayuda para eso antes de ir demasiado lejos otra vez y matar a alguien? No, no puedo, los riesgos serían demasiado altos. Si le confieso a un psiquiatra lo que me gusta hacer, es posible que se dé cuenta de que fui yo quien atrapó a mi padre hace tantos años. No puedo arriesgarme a eso. Supongo que podría dar un nombre falso para que no pudiera relacionarlo con mi padre fallecido, pero, si tengo que hacer eso, ya es una señal de que no debería hablar con nadie de ello.

Supongo que tendré que averiguarlo por mi cuenta.

Sin embargo, lo que he hecho esta noche no es lo mismo que lo que hice cuando tenía diez años. Voy a liberar a mi prisionero, y lo haré pronto, justo después de terminar mi comida. Esta vez no hay peligro de muerte. Así que tal vez aquel incidente fue algo aislado. Esto no está en el mismo nivel. De hecho, cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que ni siquiera es tan diferente de lo que estoy seguro que ha ocurrido en muchas otras relaciones además de la mía. Mucha gente utiliza esposas para sujetar a sus parejas en el dormitorio. Algunos incluso pagan un buen dinero para que se lo hagan. Apuesto a que hay personas en este restaurante a las que no les resulta desconocido estar atadas en una habitación de hotel. ¿Soy realmente tan diferente a ellos?

No si no lo llevo más lejos.

Cuando el sonriente camarero me trae el salmón en un plato bien

presentado, olvido a Dominic y el hecho de que le he impedido estar conmigo para cenar. Cuando me pone el pescado delante y pido la segunda copa de vino, me siento segura de mí misma.

Esto no volverá a pasar porque Dominic no me hará daño. Sería un tonto si lo hiciera después de saber de lo que soy capaz.

Esto es solo una advertencia para él. Nada más y nada menos. Y estoy segura de que la tendrá en cuenta.

Pero ¿debería él tenerla en cuenta?

¿O sería mejor que la tuviera en cuenta yo?

31

GRACE

Con todo lo que he hecho en el pasado, lo último que necesitaba era una larga y solitaria noche atrapada en una celda para tener tiempo para pensar. Pero eso es lo que tengo, lo que significa que la cuestión de que me hayan pillado conduciendo por encima del límite es en realidad la menor de mis preocupaciones.

No he pasado estas últimas horas temiendo a otras personas y lo que podrían hacerme. He estado más preocupada por mí misma y por lo que podría hacer si tengo que soportar muchas más noches como esta última. Aunque solo me han detenido hasta que el alcohol abandone mi torrente sanguíneo, y lo más probable es que pierda el carné de conducir por estar en la carretera bajo los efectos de algo que no debería haber estado, el verdadero problema es asegurarme de que la policía no descubra a la pareja en la cabaña.

Si algo me ha enseñado estar aquí, es que no estoy hecha para la cárcel. Supongo que siempre lo he sabido o no habría tenido tanto miedo de confesar lo que le hice a papá. Pero ahora se ha confirmado, y por eso lo único que quiero es irme a casa, lejos de todos estos policías, para poder ver cómo están mis prisioneros y tal vez, solo tal vez, dejarlos ir.

Ellos no merecen la pena. Y no vale la pena que pase el resto de mi vida entre rejas. ¿Y qué pasa si abro esa puerta y vienen directamente aquí a contarles a todos los de esta comisaría lo que les hice? Lo negaré. Todo lo que tendré que hacer será ordenar con rapidez la cabaña una vez que los haya dejado salir y no habrá pruebas de que alguien haya sido retenido allí contra su voluntad. Estoy segura de que me saldré con la mía, o al menos estoy más segura de salirme con la mía que si los dejo allí para que mueran.

No tengo ni idea de qué hora es cuando veo aparecer a un policía al otro lado de los barrotes y meter una llave en la cerradura.

—¿Qué pasa? —le pregunto, aunque es obvio que me está dejando salir.

—Se va a casa —responde con todo el cansancio de alguien que está llegando al final de su turno de noche—. Su coche ha sido retenido porque no está en condiciones de conducir. Y además la han acusado de conducir bajo los efectos del alcohol, así que esto aún no ha terminado.

Quiero decirle al policía que estoy de acuerdo con él en que esto aún no ha terminado, pero no lo hago porque no me estaría refiriendo al delito del que está hablando. No digo nada mientras salgo a grandes zancadas de la celda y me digo a mí misma que ya me voy casa, así que no debería quejarme de que me hayan soltado.

Después de que me hayan devuelto los objetos personales que llevaba encima en el momento de mi detención, me preguntan si hay que llamar a alguien para que venga a recogerme.

—No, a nadie —le digo.

La mujer policía que está detrás del mostrador probablemente supone que me da vergüenza llamar a un amigo o a un familiar para que venga a buscarme, pero no tengo inconveniente en que siga pensándolo. Entonces me dice que un policía puede llevarme a casa, pero me niego y le digo que puedo coger un taxi.

La mujer de enfrente me juzga con dureza. Estoy segura de que está pensando que, si no quería que mis vecinos vieran cómo me llevaban a casa en un coche de policía, no debería haber infringido la ley, pero me da igual. Ella no necesita saber que tengo que hacer todo lo posible para mantener a la policía lejos de mi casa hasta que haya abierto la puerta de la cabaña.

Es un alivio salir de la comisaría y, mientras espero al taxi, me acuerdo de cuando era adolescente y de lo frustrante que era no poder conducir. Es como si hubiera perdido una de mis mayores libertades, y supongo que es así.

Mi marido y mi carné de conducir en un par de días.

¿Qué más me van a quitar antes de que todo esto acabe?

El conductor del taxi en el que me subo está sorprendentemente callado mientras me lleva a casa, pero supongo que es porque es difícil que me pregunte cómo me va el día si acaba de recogerme en la puerta de una comisaría. Las pocas miradas que me dedica por el retrovisor deben indicarle que no he dormido mucho, así que podría adivinar que he pasado una mala noche. Por lo que no hace falta que hablemos. Sigue conduciendo.

Rezo para no ver a Frank ni a Maggie cuando volvamos, porque seguro que me preguntan por qué estoy en un taxi y no en mi coche. Si los veo, tendré que decirles que se me ha estropeado el coche en la ciudad y que ahora está en el taller. Pero no están cuando llego, así que puedo entrar sin más demora.

Cojo una botella de agua de la nevera para calmar mi garganta reseca mientras observo el desorden que me rodea. La cocina está destrozada. Anoche me pasé de la raya. Pero ya limpiaré más tarde. Ahora no es el momento.

No pierdo más tiempo y, antes de acobardarme, decido que voy a ir a la cabaña y abrir la puerta.

Cojo la llave y salgo al jardín trasero, ligeramente calentada por los débiles rayos de sol que en estos momentos bañan mi jardín con su tono amarillo. Pero mi cuerpo se enfría de golpe al ver lo que me espera al fondo del jardín.

—No —grito, mientras empiezo a correr hacia la cabaña, pero incluso antes de llegar sé que es demasiado tarde.

Eso es porque la puerta de la cabaña está abierta de par en par.

De alguna manera se ha abierto y por ese motivo estoy segura de que las dos personas que estaban dentro ya se han ido.

¿Cómo ha ocurrido? Es imposible.

Estaban atrapados.

Pero ahora son libres.

Dejo de correr al llegar a la puerta abierta, necesito un segundo para armarme de valor antes de entrar y confirmar mis peores temores. Si se han ido, no sé dónde pueden estar ahora. ¿En comisaría? ¿Ya sentados frente a un detective que está grabando sus declaraciones? ¿O en un coche de policía que viene a toda velocidad con un agente que viene a detenerme? La paranoia derivada de la incertidumbre me invade al entrar en la cabaña y ver confirmados mis peores temores.

La cabaña está vacía.

Dominic y la mujer se han ido.

Ya no tengo controlada la situación.

Estoy a punto de salir corriendo y alejarme todo lo posible de aquí para intentar eludir a los policías que me perseguirán en breve cuando lo oigo.

El sonido de la puerta cerrándose detrás de mí.

Corro hacia ella, pero es demasiado tarde. El siguiente sonido es el de una llave girando en la cerradura y, aunque intento abrir el picaporte, la puerta no se mueve.

Ahora soy yo quien está atrapada en la cabaña.

Ahora soy yo quien está probando de su propia medicina.

Pero ¿quién es mi captor?

Basta con que me acerque a la ventana para averiguarlo.

32

GRACE

Todo este tiempo intentando mantenerlos dentro de esta cabaña, y ahora soy yo la que está atrapada en ella. Hay tres personas mirándome desde el otro lado del cristal. A una de ellas la conozco muy bien; a otra la he visto una vez y me hizo un favor en aquella ocasión; y a la otra me he pasado el último día odiándola y solo he interactuado con ella a través de una serie de notas garabateadas.

Tres personas que están juntas mientras yo estoy aquí.

Tres personas que parecen trabajar en equipo contra mí.

Tres personas que tienen la sartén por el mango.

Pero ¿cómo?

—¡Dominic! ¡Abre la puerta! —grito, probando primero con mi marido porque quizá sea el único en quien puedo confiar. Pero no dice nada ni hace ningún movimiento hacia la puerta, haciéndome saber que voy a tener que probar suerte con los otros dos si espero llegar a alguna parte.

La persona que está a su lado es la mujer con la que lo encerré aquí, pero la sonrisa sádica de su rostro me indica que esto no va a solucionarse enseguida. Aún no sé cómo se llama ni cómo se enteró de lo que hice en el pasado, pero, cuanto más me sonríe, más me da la sensación de que siempre ha tenido las de ganar. Pero es el hombre que está a su lado el que realmente confirma ese temor.

Es Clark, el hombre que conocí en el evento de trabajo la noche que descubrí que Dominic tenía una aventura y el que me llevó a casa justo antes de entrar en esta cabaña y pillar a mi marido con esa

mujer.

¿Qué demonios hace aquí?

No parece triste como mi marido ni sonriente como su amante. Se mete la mano en el bolsillo, saca un teléfono móvil y, cuando se lo pone en la oreja, oigo sonar el mío en el bolsillo del abrigo.

Me doy cuenta de que Clark me está llamando, así que contesto enseguida.

—¿Clark? ¿Qué haces aquí? —es mi primera pregunta, pero tengo muchas más. Necesito desentrañar el misterio de por qué el hombre que conocí en un evento de networking está ahora en mi jardín trasero, como si siempre hubiera sabido que iba a acabar aquí.

—¿Quién es Clark? —es la escalofriante respuesta que me da mientras nos miramos a los ojos con nuestros teléfonos junto a la oreja derecha.

—¿Qué? ¡Ese es tu nombre! ¡Nos conocimos en el evento!

—Admito que no fui del todo sincero contigo —responde Clark, o como se llame—. Igual que tú no has sido sincera con tantos otros.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de tu padre —dice, y entonces me debilito tanto que casi se me cae el teléfono a los pies.

¿Por qué acaba de mencionar a mi padre? Me viene a la mente lo que la amante de Dominic escribió en su nota para mí. Me llamó asesina. Ahora está claro que ella no es la única que sabe lo que hice.

Este hombre también lo sabe.

—¿Mi padre? ¿De qué estás hablando? —Intento mantener el secreto, a pesar de la inutilidad de ello.

—Estoy hablando de cómo lo encerraste. Hablo de cómo lo dejaste morir. A él y a la mujer con la que estaba.

Esa es la confirmación de que lo peor que he hecho ha quedado al descubierto. Mi horrible secreto ha salido a la luz. Ahora sí, miro a

Dominic para ver cómo reacciona a todo esto. Pero no parece conmocionado ni sorprendido. Solo parece muy triste, como si hubiera aceptado lo que ha oído sobre mí, al igual que ahora está aceptando el castigo que estas dos personas parecen haber decidido para mí.

¿Qué será?

—Así es, Grace. Sabemos lo que hiciste cuando tenías diez años. Encerraste a tu padre en ese cobertizo. Lo encerraste allí porque estaba con otra mujer. Y has vuelto a hacer lo mismo aquí. La historia tiene la curiosa costumbre de repetirse, ¿no?

No tiene sentido que lo niegue ahora porque está claro que sabe la verdad. Lo que tengo que hacer es encontrar una forma de salir de aquí antes de que pueda compartir sus conocimientos con la policía, con la que supongo que aún no ha hablado o, de lo contrario, ya me habrían encerrado. Encerrado de verdad, no de esta forma improvisada.

—¿Quién eres? —pregunto, devanándome los sesos en busca de una respuesta, pero sin lograr averiguar quién puede haber sido capaz de desenterrar este secreto de hace tantos años.

—Soy otra de tus víctimas —llega la tranquila respuesta a través del teléfono—. Soy otra persona a la que tus acciones hirieron. Más concretamente, soy el hijo de la mujer que mataste cuando decidiste cerrar la puerta de aquel cobertizo hace más de treinta años.

Tardo un par de segundos en darme cuenta de la terrible verdad.

Es el hijo de Amy.

Clark es Joshua.

—No. —La palabra escapa de mi boca junto con lo que parece todo el aire de mis pulmones.

—Sí —responde Joshua—. Tú mataste a mi madre. Nos ha llevado mucho tiempo averiguarlo, pero fuiste tú. Eras la única otra persona que sabía lo del cobertizo. ¿Sabes cómo lo descubrí? Fui a ver a tu madre. Fue hace tres meses. La localicé en internet y fui a hablar con ella. Quería ver cómo estaba. Quería ver si todavía estaba luchando

para hacer frente a lo que pasó hace tantos años. ¿Y adivina qué?, lo estaba. De hecho, parecía estar sufriendo más que yo.

No necesito que Joshua me diga lo mal que lo está pasando mi madre desde que murió mi padre, pero sí necesito saber de qué hablaron.

—¿Qué le dijiste? —Y me pregunto si habrá sido mamá quien le metió en la cabeza la idea de que yo tenía algo que ver con la muerte de papá, aunque siempre he pensado que ella no lo sabía, como tampoco la policía.

—No fue lo que yo le dije, sino lo que ella me dijo a mí. Me costó un poco entrar en su casa. Al principio me rechazó cuando le dije quién era. Dijo que no quería que le recordara a ese hombre infiel y a su amante y me dijo que me fuera. Pero me di cuenta de que estaba borracha, así que todo lo que tuve que hacer fue ir al supermercado más cercano, coger unas cuantas botellas de alcohol y, sorpresa, sorpresa, la siguiente vez que llamé a su puerta estaba más receptiva a recibir a un invitado.

Mi mano aprieta el teléfono mientras permanezco temblando en la cabaña, desesperada por salir y alejarme de este hombre que sabe demasiado.

—Quería hablar con ella —continúa Joshua—. No tenía ningún plan. Solo quería repasar lo que sucedió cuando era niño. Como sabes, solo tenía trece años cuando mi madre murió. Era demasiado joven para entenderlo todo. Intenté hablar de ello con mi padre cuando me hice mayor, pero no quiso. Por cierto, ¿quieres saber qué le pasó? Conoció a otra persona, enseguida siguió adelante para superar el dolor. Pero nunca lo hizo porque nunca superó lo de mamá. Estaba amargado, y siguió así hasta que murió de un ataque al corazón hace dos años. Así que ahora no tengo padres, ni tampoco mi hermana Rosie.

La mención de la niña, una persona que una vez pensé que podría ser mi amiga, me hace pensar en el día en que los conocí a ella y a su hermano en la rueda de prensa. Las cosas eran muy diferentes entonces. Todos éramos muy jóvenes. Y papá y Amy probablemente seguían vivos en aquel cobertizo.

—¿Dónde está Rosie? —pregunto. No es que me importe, pero tengo que saberlo.

—Hoy no ha podido venir —me dice Joshua con calma—. En realidad, no estoy siendo sincero. Ella podría estar aquí hoy, pero eligió no estar. Dijo que no podía confiar en ti después de lo que hiciste. Pero, aunque ella no ha venido, sí lo ha hecho alguien muy cercano a ella. Te presento a Kamilla, la hija de Rosie.

Por fin sé cómo se llama la mujer que se ha estado acostando con mi marido, pero no es el nombre lo que me importa ahora, sino quién es. La hija de Rosie. Esa niña que conocí rodeada de policías y periodistas en la rueda de prensa ha crecido y ha tenido su propia hija, y ahora esa niña está delante de mí como una mujer joven, una mujer joven que se ha acostado con mi marido. Así que supongo que no fue una aventura cualquiera. Supongo que sedujo a Dominic para acercarse a mí. Y, por supuesto, Joshua lo confirma.

—Tu marido no es el semental que creía —dice Joshua, mirando a Dominic y ofreciendo un encogimiento de hombros a modo de disculpa—. Pero no te preocupes, le hemos explicado todo y ahora está de nuestro lado.

—¿Cómo que se lo habéis explicado todo?

—Tu padre. Nuestra madre. Tú atrapándolos. Vamos, Grace. Sígueme el ritmo o nunca saldrás de ahí.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, aún insegura y muy asustada por lo que pueda pasar ahora que mi secreto ha salido a la luz.

—Como te he dicho, fui a ver a tu madre y estuvimos hablando de nuestra pérdida. Hablaba sobre todo yo debido a lo borracha que estaba ella, sentada frente a mí y dando tragos a una botella. Pero durante la conversación me dijo algo muy interesante. Le pregunté, por pura curiosidad, si de verdad no tenía ni idea de la existencia del cobertizo de su marido. Ella le dijo a la policía en su momento que no, pero podría haber estado mintiendo, ¿no? Bueno, me volvió a confirmar que no sabía de su existencia, y yo la creí, incluso a pesar del alcohol, así que tuve la certeza de que ella no era quien había cerrado esa puerta. Y entonces le pregunté por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Le pregunté si podrías haber sabido lo del cobertizo.

Mamá tuvo que decir que no. Ella no sabía que yo lo sabía. Era un secreto mío y de papá. Bueno, mío, de papá y de Amy.

—Dijo que tú tampoco lo sabías —me dice Joshua, lo que suena prometedor—. Pero luego dijo algo más cuando le pregunté cómo era tu relación con tu padre. Comentó que estabas más unida a él que a ella antes de que falleciera. Que eras más niña de papá a medida que crecías. Mencionó que a veces salíais juntos los domingos por la tarde. Tiempo de padre e hija. Él trataba de animarte porque te acosaban en el colegio. Sin embargo, cuando la presioné al respecto, tu madre no pudo decir a dónde ibais. Porque ella no lo sabía. Fue entonces cuando me puse a pensar y me pregunté si habrías ido a ese cobertizo. Me pregunté si tu padre te habría dejado entrar en su escondite secreto.

—Todo esto es especulación —digo porque, aunque no lo sea, podría argumentar que lo es ante un tribunal.

—Sí, estoy seguro de que eso es lo que le dirías a la policía si yo acudiera a ellos con estas acusaciones —me dice Joshua, asintiendo con la cabeza—. Lo que necesitaría para probar mi teoría son pruebas.

—Que no tienes.

—Oh, ¿estás segura de eso?

No me gusta la confianza de Joshua.

—Tu madre se quedó dormida mientras hablábamos —continúa—. A algunos les ofenderá, pero a mí no me importó. Me dio la oportunidad de echar un vistazo a su casa. Estaba extremadamente desordenada, como ya sabrás, después de años de abandono. Pero, a pesar del estado general del lugar, tu madre se había asegurado de guardar ciertos recuerdos de forma organizada. Recuerdos de una época anterior a la desintegración de su familia. Encontré varios álbumes con fotos antiguas. La mayoría eran bastante aburridas: recuerdos familiares, fotos de bebés, los tres en la playa, tu padre construyendo tu cuna. Todo muy normal y corriente. Hasta que encontré esta.

Joshua saca entonces una foto y la pone contra la ventana, permitiéndome ver la imagen a través del cristal, y cuando lo hago, veo a mi yo más joven de pie junto a una pequeña masa de agua.

—¿Reconoces esto? —me pregunta Joshua—. No hablo de la chica de la foto porque sabemos que eres tú. Hablo del lago que hay detrás de ti. ¿Dónde está?

Sé exactamente dónde está, pero no voy a decírselo. Por desgracia, Joshua sabe la respuesta.

—Te diré dónde está. Es el lago del bosque de Rydal. Es el mismo lago junto al que estaba el cobertizo. El cobertizo que contenía los cuerpos de nuestros padres.

Sigo sin decir nada, pero mi silencio es sin duda la prueba de que no estoy en desacuerdo.

—Reconocí el lago en cuanto lo vi, pero tenía que estar seguro —continúa Joshua—. Así que cogí esta foto del álbum, dejé a tu madre durmiendo en el sofá y me fui al bosque. Fui al cobertizo, ese lugar que tanto odiaba. ¿Tienes idea de lo horrible que fue para mí ir allí? ¿Al lugar donde murió mi madre? Pero tenía que hacerlo. Tenía que ver si el paisaje de esta foto coincidía con el de detrás del cobertizo. ¿Y adivina qué? Coincidía.

Me doy cuenta de que parezco muy joven en la foto. Feliz también. Supongo que es porque entonces era inocente.

—Esta es la prueba de que habías estado antes en ese cobertizo —afirma Joshua—. Tu padre te hizo esta foto allí. Tu madre nunca se fijó en ella entre todas las demás, pero yo sí, y con ella supe que mentías. Le dijiste a la policía que no sabías nada del cobertizo. Pero lo sabías, así que tenía que haber una buena razón para que mintieras. La razón fue que tú cerraste esa puerta. Tú los mataste. Fuiste tú.

Sigo sin decir nada, pero Joshua me ve con bastante facilidad a través de la ventana y por eso se percata de las lágrimas que corren por mis mejillas. Sin embargo, aún no ha terminado conmigo.

—En cuanto sospeché de ti, fui a ver a mi hermana. Le dije que teníamos que decírselo a la policía. Pero ¿sabes lo que dijo? Que podía estar equivocado, que tal vez tú no lo habías hecho. Quería darte una oportunidad. Una oportunidad de probar que no eras capaz de algo así. Así que se le ocurrió una idea: ponerte a prueba. Quería ver cómo reaccionarías si volvías a tropezar con lo mismo. Dos personas que no

deberían estar juntas, una de las cuales te importaba profundamente. ¿Reaccionarías como una persona normal y te limitarías a gritar? ¿O harías algo más, como cerrar la puerta y mantenerlos prisioneros? Bueno, todos sabemos qué opción elegiste ahora, ¿no?

—¿Preparaste todo esto para ponerme a prueba? —pregunto, encontrando mi voz de nuevo a través de las lágrimas.

—Sí, lo hicimos —confirma Joshua—. Rosie y yo trazamos el plan. Hicimos que Kamilla sedujera a tu marido, y una vez que empezaran una aventura, sabíamos que era cuestión de tiempo que persuadiera a Dominic para estar juntos en algún lugar que tuviera una puerta con cerradura. Como esta cabaña al fondo de tu jardín, por ejemplo. Todo lo que teníamos que hacer era asegurarnos de que volvías a casa y los pillabas juntos. Ahí es donde entré yo. No estaba en ese evento de networking por casualidad esa noche.

»Estaba allí para hacerme amigo tuyo y, lo que es más importante, para asegurarme de que volvías a casa en lugar de quedarte en un hotel. Necesitábamos que los pillaras juntos. Y necesitábamos ver cómo reaccionabas. Todo lo que tenías que hacer era no cerrar esta puerta. Si no lo hubieras hecho, podría haber considerado que mi teoría era errónea y que tal vez no habías matado a nuestros padres. Pero demostraste que mi teoría era correcta. Demostraste que eras capaz de actuar irracional y peligrosamente. El camino que elegiste es ahora la razón por la que estás atrapada ahí. Y es la razón por la que pasarás mucho tiempo encerrada en el futuro, una vez que la policía venga para arrestarte.

Joshua por fin deja de hablar y baja el teléfono, contento de demostrarme que ya ha dicho todo lo que tenía que decir y creyendo que no hay nada más que hablar. Pero yo tengo algo que decir, así que le señalo mi teléfono para que sepa que tiene que ponérselo de nuevo en la oreja. Y entonces se lo digo, no una disculpa ni una felicitación por haberme pillado. Le digo las palabras de una mujer que aún confía en poder salir de esta sin castigo.

—Bien. Lo admito. Yo lo hice. Yo cerré ese cobertizo y soy la culpable de sus muertes. Lo soy y he vivido con ello todo este tiempo, lo cual es suficiente castigo, déjame decirte. Pero no voy a ir a la cárcel porque no voy a admitirlo ante la policía. No puedes probarlo. Todo lo que

tienes es esa foto, y si esa es tu mejor apuesta, buena suerte, porque estoy segura de que puedo encontrar un abogado que pueda argumentar que no prueba que lo hice. Todo lo que prueba es que estuve en el lago una vez, pero no en el cobertizo. Así que adelante, dásela a la policía y diles lo loca que estoy. Estaré bien. Me he librado de un asesinato durante treinta años y tengo la sensación de que seguiré haciéndolo durante mucho más tiempo.

Ahora me toca a mí bajar el teléfono, así que doy el paso siguiente y termino la llamada antes de dejar el móvil sobre el escritorio y encogerme de hombros, mostrándoles así que he terminado. No me preocupa la policía ni que decidan encerrarme aquí para siempre porque Dominic no se lo permitirá y, aunque lo hiciera, nunca se saldrían con la suya. Yo tuve suerte una vez, pero ellos no la tendrán.

Así que tienen que abrir esta puerta. No tienen elección.

Tarda un poco, pero Joshua parece darse cuenta, porque después de discutir con Kamilla mira hacia la puerta y sacude la cabeza. Luego se acerca y yo me dispongo a disfrutar de mi libertad una vez más. Esta será la segunda vez esta mañana que me dejan libre para salir y, al igual que la primera vez, voy a disfrutarlo.

La llave gira en la cerradura antes de que se mueva el picaporte y de repente se filtra más luz diurna. Con la puerta abierta, doy un paso hacia ella, pero, antes de que pueda llegar, entra Joshua.

Me preocupa que esté a punto de atacarme, que un arrebato violento sea ahora su única forma de vengarse de mí. Pero no lo hace. Lo único que hace es acercarse a la estantería que hay sobre el escritorio y mover uno de los libros que hay allí. Cuando lo hace, veo un pequeño aparato con una luz roja parpadeante.

—¿Hay algo más que quieras decir antes de que apague este dispositivo de grabación? —me dice Joshua, mientras lo sostiene para que lo vea mejor—. ¿O admitir que te has librado de un asesinato durante treinta años es suficiente por un día?

33

DOMINIC

TRES MESES DESPUÉS

La cabaña tenía que desaparecer. Era obvio, y mientras observaba en mi jardín trasero cómo un equipo de obreros la desmantelaba, no pude evitar desear no haberla construido nunca. Si no lo hubiera hecho, no habrían ocurrido todas esas cosas horribles. Yo no habría estado encerrado allí. Tampoco Grace. Y en última instancia, probablemente, nunca habría descubierto que mi esposa era una asesina.

Mientras la antaño impresionante estructura se descompone en trozos de madera más pequeños y manejables y cada uno de ellos es transportado desde el jardín hasta la parte trasera de un camión aparcado en la entrada, siento una pérdida enorme. Pero no tiene nada que ver con pensar en todos los momentos futuros que he perdido en esa cabaña. No me preocupa dejar de tener un lugar tranquilo para trabajar desde casa o un sitio aislado para ver la televisión y tomar una cerveza. El fin de mi «santuario masculino» no es lo que me aflige. Más bien, la pérdida que siento es por mi matrimonio y el hecho de que la mujer con la que me casé ya no está aquí, ni es probable que vuelva a estar.

Ha sido una época salvaje, y a veces pienso que empezó cuando me embarqué en mi aventura con Kamilla. Pero, en realidad, todo se desmadró cuando descubrí que no era una simple colega que se había fijado en mí, sino una mujer muy inteligente y manipuladora que me había buscado a propósito con una única intención.

Para acercarse a Grace.

Cuando empecé a darme cuenta de ello en la cabaña mientras estaba atrapado con Kamilla, el tiempo empezó a acelerarse. Después de ir tan despacio durante las primeras horas de estar prisionero, los minutos y los segundos parecieron triplicarse en velocidad una vez que Kamilla me contó que había escrito una nota a mi mujer en la que la llamaba asesina, antes de explicarme por qué le había dado ese apelativo.

La historia de lo que en teoría Grace le había hecho a la abuela de Kamilla, y a su propio padre al mismo tiempo, era espeluznante. ¿Cómo no iba a serlo la historia de una niña que encierra a dos personas en un cobertizo y las deja morir? Pero también me resultaba extrañamente familiar porque, una vez que pensé en ello, me di cuenta de que sin duda era algo de lo que mi mujer era capaz. Me había encerrado, dos veces de hecho, así que ¿por qué no podría habérselo hecho a otra persona? Por eso le había dicho a Kamilla que la creía cuando me contó lo que Grace había hecho hacía tantos años. Incluso entonces no vi de qué manera eso nos podía ayudar en nuestra difícil situación.

Ahí fue cuando Kamilla me volvió a sorprender, porque me confesó que solo había estado fingiendo que estaba desesperada desde que nos había encerrado en la cabaña. En realidad, siempre había sabido que podía salir de allí en cualquier momento, y la razón de esa confianza era que tenía a alguien que la ayudaba en el exterior. Ese alguien era su tío Joshua, que hizo su aparición poco después, cuando entró a grandes zancadas en mi jardín trasero, levantó la maceta y cogió la llave de repuesto de la cabaña de debajo de ella, antes de meterla en la cerradura y abrir la puerta con el mínimo alboroto. Al abrir la puerta, Kamilla me dijo que llevaban tiempo vigilando la casa y que por eso sabían no solo lo de la cabaña, sino también dónde guardaba yo la llave de repuesto.

También descubrí, una vez liberado, que el hombre que había abierto la puerta había estado vigilando mi casa y mi cabaña desde que nos habían encerrado. Había estado siguiendo los movimientos de Grace y, cuando le pregunté dónde estaba mi mujer, me dijo que estaba bajo custodia policial. Me explicó que sabía que había estado bebiendo, así que, cuando salió de casa y se marchó, hizo una llamada rápida a la policía comunicando la matrícula del coche y su preocupación por que la conductora estuviera ebria, consciente de que pararían a Grace, le

harían la prueba de alcoholemia y la detendrían. Quitarla de en medio durante un tiempo le dio la oportunidad de venir a abrir la cabaña y poner en marcha la siguiente parte de su plan, un plan que claramente estaba funcionando bien, al menos desde su punto de vista.

Tendría que haber sido un gran alivio salir de la cabaña, pero, después de lo que había descubierto, la abandoné con la triste sensación de que nada volvería a ser lo mismo. En cierto modo, sentí que la vida habría sido mucho más sencilla si me hubiera quedado encerrado tras esa puerta en lugar de tener que atravesarla y enfrentarme a la realidad que me esperaba al otro lado de ella. Era una realidad que sabía que implicaría que Grace tuviera que enfrentarse a los pecados de su pasado una vez que Joshua y Kamilla se las hubieran ingeniado para que quedara atrapada en la cabaña, lo cual era bastante sencillo porque todo lo que tenían que hacer era ocultarse cuando Grace llegara a casa, y era inevitable que fuera a mirar en la cabaña una vez que viera que la puerta estaba abierta.

Una vez que Grace estuvo encerrada en la cabaña y mirándonos a través de la ventana a mí y sus captores, tuve la esperanza de que, de alguna manera, hubiera otra explicación. ¿Y si, a pesar de las pruebas, Joshua, Kamilla y Rosie —una mujer a la que no había conocido, pero que no por ello estaba menos implicada en este loco complot— se habían equivocado? ¿Y si Grace era inocente y todo había sido un gran malentendido? Si lo era, tal vez hubiera una oportunidad de salvación, al menos, para uno de nosotros. Pero descubrí que no era así cuando escuché horrorizado cómo Grace gritaba por teléfono y confesaba su crimen, confesión que fue grabada por un dispositivo que Joshua había colocado allí justo después de dejarme salir.

Con aquella grabación, Grace supo que estaba jodida, y por eso ni siquiera se molestó en intentar huir mientras Joshua llamaba a la policía y Kamilla la miraba con todo el odio de una mujer a la que le han destrozado la familia. Contemplé consternado cómo esposaban a mi mujer y se la llevaban detenida, al igual que Frank y Maggie, nuestros entrometidos vecinos, que estaban fuera de su casa con caras de preocupación, miradas que estoy seguro de que se repitieron una vez que la noticia saltó a los medios de comunicación y lo leyeron todo en los periódicos durante el desayuno.

Es curioso, pero, desde que ocurrió todo, Frank y Maggie ya no nos

visitan. Parece que han perdido el entusiasmo por llamar a nuestra puerta y preguntarnos qué hemos hecho últimamente. Al menos, una cosa buena ha salido de todo esto.

Una vez que la verdad salió a la luz, Grace tuvo que hablar mucho con la policía. Como el crimen que había confesado había ocurrido cuando ella tenía diez años, existía la posibilidad de que fuera castigada por ello. Si hubiera sido unos meses más joven, la policía no habría podido hacer gran cosa, porque en el Reino Unido los delitos cometidos por menores de diez años no son imputables. Pero por encima de los diez años hay una pequeña lista de delitos que pueden ser punibles, y uno de ellos es el asesinato.

Aunque un abogado hizo todo lo posible para que Grace dijera que no tenía intención de matar a su padre ni a Amy y que fue un accidente que la muerte se produjera como consecuencia de que ella cerrara la puerta con llave, Grace descartó esa idea y dijo a la policía que en todo momento supo lo que estaba haciendo. Admitió que, a pesar de su corta edad, era consciente de que dos personas no podían vivir mucho tiempo sin comida ni agua y que, cuanto más tiempo las mantuviera allí, más probabilidades había de que murieran. Era una confesión chocante, pero parecía ser algo que Grace necesitaba sacarse de dentro, quizá solo porque cargar con la culpa durante todos esos años la había dejado con ganas de asumir su pecado en lugar de tratar de excusarlo o restarle importancia.

El resultado de la investigación y la confesión completa de Grace —que al final se mostró arrepentida y pasiva en manos de la policía— fue que mi esposa, la mujer con la que me había casado porque en ese momento pensaba que era la mejor persona del mundo, era mentalmente inestable y requería ayuda psiquiátrica después de que una evaluación la considerara peligrosa para el público.

En realidad, Grace solo es peligrosa para las personas a las que está unida, e incluso entonces el peligro solo se produce cuando esas personas le hacen daño. Ese fue el error de su padre, y también el mío. Pero, aun así, Grace dijo que constantemente tenía pensamientos de encerrar a la gente y que deseaba controlar a las personas, y aunque una parte de mí pensaba que lo decía para no tener que empezar de nuevo en el mundo exterior, su evaluador dijo que necesitaba supervisión y ayuda las veinticuatro horas del día. Por eso la enviaron

a un centro psiquiátrico, donde sigue residiendo hoy en día.

Al final, me costó mucho menos desmontar la cabaña que construirla, y cuando retiré el último trozo de madera de mi jardín, me quedé mirando lo único que había: una gran parcela de césped muerto sobre la que se alzaba la estructura. Era césped que había muerto porque había pasado demasiado tiempo sin alimentarse, y no era muy distinto del destino del padre de la pobre Grace y de su amante. También es un destino que estuvo muy cerca de ser el mío, aunque en realidad no estaba tan cerca de él como creía en aquel momento.

Kamilla tenía un secreto, al igual que Grace, y en última instancia yo solo he demostrado ser un hombre despistado e ingenuo al que las mujeres le han puesto la vida patas arriba. Supongo que se me podría perdonar por querer alejarme del sexo opuesto durante un tiempo. Pero no voy a hacerlo.

Puede que no vuelva a ver a Kamilla, y lo más probable es que tampoco vuelva a atraer a una mujer de su edad, pero hay una mujer que todavía me necesita y siento que, de alguna pequeña manera, yo también la necesito a ella. Supongo que me necesita porque me ha pedido que la visite mañana en el pabellón y le he dicho que sí a regañadientes.

Mañana voy a ir a ver a Grace y, aunque no tengo ni idea de lo que quiere decirme cuando llegue, sé que verla me dará la oportunidad de disculparme por haberla herido. Lo haré porque la verdad es que, si yo hubiera sido un buen marido, ella no habría cerrado esa puerta, igual que no habría cerrado la puerta del cobertizo si su padre no le hubiera hecho daño también. Puede que esté un poco loca, pero no se puede negar que los hombres de la vida de Grace la han defraudado mucho.

Todo lo que puedo hacer es disculparme por ello y esperar que al menos a uno de nosotros le sirva para cerrar el tema.

La pregunta es: ¿aceptará ella esa disculpa o no es algo que esté buscando todavía?

Si es esto último, ¿qué quiere?

EPÍLOGO

GRACE

Hubiera esperado que acabar en un lugar como este después de confesar un delito grave le habría dado a mi madre alcohólica la excusa perfecta para beber hasta morir. Pero extrañamente, al menos desde mi punto de vista, los últimos acontecimientos han sido el catalizador para que mi madre abandone la bebida y vuelva a abrazar la vida. Lo sé porque la vi sobria con mis propios ojos cuando vino a visitarme ayer.

Pedí que se pusieran en contacto con ella con la esperanza de que estuviera dispuesta a visitarme y escuchar mis disculpas por lo ocurrido con papá. Pero no esperaba en absoluto que aceptara la invitación. El hecho de que lo hiciera era una buena señal, pero lo fue aún más que entrara en mi habitación y tuviera mejor aspecto que en mucho tiempo.

Sus ojos eran más brillantes de lo que yo recordaba y su piel ya no estaba pálida ni manchada. Parecía que había tomado el sol y, lo que era más importante, que había alimentado su cuerpo con algo un poco más nutritivo que el vino tinto. Pero no fue su aspecto lo que más me sorprendió. Fue lo que me dijo cuando se sentó junto a mi cama y me miró a los ojos.

Me dijo que lo que había pasado había sido culpa suya, no mía.

Al principio me costó aceptarlo porque, después de todo, había sido yo quien había cerrado la puerta del cobertizo a papá. Pero mamá me explicó que, si no hubiera sido porque ella se había refugiado en el alcohol para afrontar el misterio de su desaparición, lo más probable es que se hubiera dado cuenta de que algo preocupaba a su hija y me lo hubiera sonsacado en lugar de dejarme sola en mi dormitorio mientras ella languidecía con la botella en el piso de abajo.

Para mí era obvio que mamá lo creía de verdad, aunque yo no pensaba que fuera tan sencillo, pero por esa razón había decidido dejar de beber. En lo que a ella se refería, lo había estado haciendo porque la vida había sido cruel con ella, pero, después de que se supiera la verdad sobre la muerte de papá, pensó que el hecho de que me hubiera descuidado era lo que realmente lo había provocado.

Fue un gran alivio reconciliarme con mi madre y, a pesar de que mi vida dista mucho de estar en un estado que cualquier otra persona envidiaría, las cosas me van un poco mejor ahora que en el pasado. Al menos, he recuperado a uno de mis padres. Pero un nuevo día trae consigo a un nuevo visitante, y hoy le toca a mi marido hacer el recorrido hasta la habitación. Sin embargo, no espero que nuestro encuentro vaya tan bien como lo fue el de mi madre.

Apenas he visto a Dominic desde aquel día en el jardín en el que al final dije la verdad. Más bien, he estado esperando a que me avisara de que quería divorciarse de mí, y no puedo culparlo por ello. Pero aún no me han entregado los papeles del divorcio, así que técnicamente sigo casada, aunque no me siento así sentada en esta cama, en una habitación muy anodina, sin ni siquiera un ramo de flores como compañía. Pero mi soledad termina cuando uno de mis enfermeros asoma la cabeza por la puerta y me dice que ha llegado mi visita.

No estoy segura de que vaya a cambiar mucho las cosas, pero me coloco el pelo detrás de las orejas para mejorar mi aspecto antes de que mi marido entre en la habitación y me vea sentada en la cama. Cuando lo hace, su expresión se suaviza y, a pesar del humor con el que haya venido, es incapaz de ocultar su sorpresa al ver el aspecto que tengo.

No voy a disculparme por que el maquillaje sea la menor de mis preocupaciones aquí, pero es una pena ver cómo un hombre que antes me miraba como si fuera la mujer más guapa del mundo ahora casi se compadece de lo que he llegado a ser.

—Hola —digo, señalando la silla vacía junto a mi cama—. ¿Cómo estás?

Dominic toma asiento y, después de que sus ojos se hayan paseado por

la totalidad de esta pequeña y escasamente amueblada habitación que ahora llamo hogar, me responde:

—Bien. ¿Y tú?

—No me puedo quejar.

Decido no entrar en todos los exámenes, psicoanálisis y sesiones de terapia que he soportado desde que estoy aquí, ni en las interminables noches de examen de conciencia mientras me he sentado despierta en esta cama, mirando por la ventana y deseando que mi vida hubiera seguido otro camino. Una de las cosas que más he deseado es no haber dejado la escuela aquel día, cuando tenía diez años. Lo único que tenía que hacer era quedarme en ese patio de recreo y toda mi vida habría resultado diferente. Papá y Amy habrían terminado de acostarse en el cobertizo y habrían vuelto con sus familias, y yo nunca me habría enterado de su aventura, lo que significaría que podría haber crecido y haber sido una persona normal sin la insoportable culpa sobre mis hombros. O tal vez no sea tan sencillo y no importa lo que hiciera, pues estaba destinada a acabar en un lugar como este de una forma u otra. Puede que simplemente naciera con un tornillo suelto y estuviera destinada a volverme loca. De cualquier manera, es mucho más fácil decirle a Dominic que «No me puedo quejar» que contarle todo eso.

Me pregunta si siento que este lugar me está ayudando o no, y le digo que creo que sí, aunque no estoy segura de hasta qué punto toda la medicación que tomo tiene algo que ver. Me siento somnolienta y aletargada todo el tiempo, muy lejos de la enérgica mujer que encerraba a otros en las habitaciones, pero tal vez esa es la cuestión.

—¿Adivina qué? —dice Dominic justo cuando nuestra conversación básica está en peligro de agotarse—. La cabaña ha desaparecido. La desmontaron ayer.

—¿Tu «santuario masculino» de hombre ya no existe?

—Me temo que no.

—Aleluya.

Dominic no puede evitar reírse de mi reacción ante la desaparición de

su preciosa cabaña, aunque en realidad me entristece un poco oír que la han desmantelado. Para él, deshacerse voluntariamente de ella debe significar que ha sido mancillada para siempre sin posibilidad de reparación en su mente y no debe haberse visto capaz de que pensar en relajarse allí de nuevo. Es una pena, porque a pesar de lo que hizo dentro con Kamilla, en cierto modo le tendieron una trampa tanto como a mí, y si yo caí en ella, no puedo guardarle rencor por haber caído él también.

—Vaya pareja hacemos —digo para tratar de aligerar un poco más el ambiente.

Dominic no sonríe ni dice nada. Se limita a mirar a su alrededor y ver en lo que se ha convertido nuestro matrimonio. Visitas. Enfermeras. E, irónicamente, puertas cerradas, porque al final me han considerado no apta para dejar este lugar, así que no puedo salir sin permiso.

A menos que tuviera una llave, por supuesto. Entonces podría salir. Una llave como la de la enfermera que me saca a hacer ejercicio a las dos de la tarde todos los días. Damos un paseo por el patio cerrado y, aunque no es gran cosa, se está bien al aire libre. Pero sería aún mejor poder volver a casa y estar con mi marido, así que, cuando me deja y me preparo para la siguiente sesión de ejercicio, se me ocurre una idea: quitarle la llave a la enfermera y usarla para salir de aquí. Pero para ello tendría que distraerla. Tal vez podría quitársela justo cuando volvemos del patio y, cuando la tenga, podría cerrarle la puerta mientras estoy dentro. Entonces solo tendría que atravesar el edificio y salir por la puerta principal. Claro que salir de aquí significaría encerrar a otra persona, cosa que he prometido no volver a hacer nunca jamás.

Pero una vez más no puede hacer daño, ¿verdad?